



DEBATES sobre Trabajo Infantil Rural



Experiencias y percepciones
del trabajo infantil en comunidades nativas
y campesinas en tres regiones del Perú. Estudio de casos

Experiencias y percepciones

del trabajo infantil en comunidades nativas y
campesinas en tres regiones del Perú
Estudio de casos

Doris León Gabriel

Código 14205

LEÓN GABRIEL, Doris

Experiencias y percepciones del trabajo infantil en comunidades nativas y campesinas en tres regiones del Perú
Estudio de casos.

Lima: *desco*, DyA, WL, 2015.

88 p.

Trabajo infantil rural / Comunidades campesinas / Comunidades nativas / Huancavelica / Junín / Pasco / Perú

La publicación de este libro se realiza en el marco del Proyecto Semilla (www.semilla.org.pe), en el que participan el Centro de Estudios y Promoción del Desarrollo (*desco*), Desarrollo y Autogestión (DyA) y World Learning (WL).

El financiamiento ha sido provisto por el Departamento de Trabajo de los Estados Unidos de Norteamérica bajo el Acuerdo de Cooperación N° IL22633-12-75K. Los contenidos no necesariamente reflejan el punto de vista o políticas de dicho Departamento. La mención de nombres de marcas, productos comerciales u organizaciones tampoco implica el respaldo del gobierno de los Estados Unidos de Norteamérica.

Tirada: 1000 ejemplares. Primera edición

Dirección y seguimiento de investigación: Maró Guerrero e Iván Mendoza

Corrección de estilo y cuidado de edición: León Portocarrero Iglesias

Concepto gráfico: Wilber Dueñas

Diagramación: Juan Carlos García M. (511) 226-1568

Foto de carátula: Warren Borda

Fotos interiores: Archivo Proyecto Semilla

ISBN: 978-612-4043-73-4

Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca Nacional del Perú N° 2015-16190

Impresión: Tarea Asociación Gráfica Educativa

Pasaje María Auxiliadora 156 - 164. Lima 5 - Perú. (511) 424-3411

© *desco*

Centro de Estudios y Promoción del Desarrollo

León de la Fuente 110. Lima 17 - Perú. (511) 613-8300

www.desco.org.pe

© DyA

Centro Desarrollo y Autogestión

León de la Fuente 110. Lima 17 - Perú. (511) 613-8300

www.dya.org.ec

© WL

World Learning

León de la Fuente 110. Lima 17 - Perú. (511) 613-8300

www.worldlearning.org

Noviembre de 2015

Contenido

Introducción	7
1. Planteamiento de la investigación: objetivos y metodología	8
2. Población de estudio	9
a) Los asháninkas de Junín	11
b) Los yáneshas de Pasco	12
c) Choclococha, comunidad ganadera en Huancavelica	15
d) Pampapuquio, comunidad agrícola en Huancavelica	15
01 Primer caso: los asháninkas y yáneshas de la selva central	17
1. Las labores familiares	18
1.1. Las labores de los varones	19
1.2. Las labores de las mujeres	22
1.3. Aprendizajes y cambios en las labores	24
1.4. Percepciones sobre las labores familiares	27
2. El trabajo	37
2.1. Motivaciones de inserción al trabajo infantil	39
2.2. Migración laboral	42
2.3. Percepciones de las desventajas y el peligro en el trabajo infantil	45
3. Recreación y relación con el mundo urbano	48

02	Segundo caso: campesinos y pastores de los andes centrales Huancavelica)	51
1.	Las labores familiares	52
1.1.	Las labores de los varones	52
1.2.	Las labores de las mujeres	54
1.3.	Aprendizajes y cambios en las labores	55
1.4.	Percepciones sobre las labores familiares	57
2.	El trabajo	64
2.1.	Motivaciones de inserción al trabajo infantil	65
2.2.	Migración laboral	67
2.3.	Percepciones de las desventajas y el peligro en el trabajo infantil	68
3.	Recreación y relación con el mundo urbano	70
03	Síntesis comparada de las tres regiones estudiadas	71
1.	El trabajo familiar	72
2.	El trabajo remunerado	75
3.	La migración laboral	76
4.	La idea del peligro	77
5.	Perspectivas culturales de crianza, educación y trabajo	79
5.1.	El aprendizaje lúdico	79
5.2.	Concepciones de niñez y cambios en la adolescencia	79
5.3.	La autonomía entre las familias nativas amazónicas	81
5.4.	Trabajo colectivo y planificación en los Andes	82
5.5.	Diálogo familiar y relativización de otros agentes en la socialización adolescente	83
5.6.	Ideales de educación	84
04	Bibliografía	87

Introducción

El presente texto es el resultado de un breve estudio de casos sobre el trabajo infantil en tres regiones del Perú donde interviene el Proyecto Semilla: Junín, Pasco y Huancavelica. El trabajo de campo correspondiente se llevó a cabo en dos comunidades por cada región (en total seis comunidades), elegidas por estar fuera del ámbito de atención directa del proyecto, a fin de reducir los sesgos que su presencia pueda ocasionar en la información proporcionada por las familias. La aproximación a estas regiones cultural y geográficamente distintas desde la perspectiva de sus protagonistas, pretende caracterizar las actividades realizadas y compararlas reconociendo la diversidad de contextos sociales, imaginarios culturales y modos de integración al trabajo.

El tema del trabajo infantil ha sido ampliamente abordado y discutido, desde lo que se conceptualiza como tal, con sus diversas apreciaciones y enfoques, hasta sus consecuencias en el desarrollo de los niños, niñas y adolescentes.

Datos de la Encuesta Nacional de Hogares (ENAH) 2010 del Perú muestran que cerca del 28.3% del total de los niños, niñas y adolescentes entre 6 y 17 años se encuentra trabajando, de los cuales el 52.1% se concentra en la zona rural. A pesar de estas cifras, cabe recalcar que las investigaciones sobre el trabajo infantil en zonas rurales son escasas (Huber 2014, Alarcón 2011) y muestran la necesidad de un enfoque desde el contexto social y cultural específico. Por ello, el Proyecto Semilla busca aportar al debate sobre el trabajo infantil rural este estudio etnográfico, el cual pone énfasis en las propias percepciones de las familias sobre el trabajo que realizan los niños, niñas y adolescentes, tanto en la esfera doméstica como fuera de ella, mediante su inserción al mercado de trabajo local y nacional, así como en los casos de migración laboral. Asimismo, para el desarrollo de un mejor análisis, hemos optado por presentar las actividades estudiadas como labores familiares o “trabajo familiar no remunerado”, por un lado, y el trabajo remunerado, por otro, pues las percepciones sobre estos tipos de trabajo son distintas según las experiencias que, además, cambian en el tiempo, así como la problematización de los posibles peligros o dificultades de su realización.

1. Planteamiento de la investigación: objetivos y metodología (separador numero) separador titulo

El objetivo central de este estudio es profundizar en el conocimiento de las percepciones existentes sobre el trabajo infantil rural, sus características y dinámicas, tanto en la Amazonía como en el mundo andino. Para el primer caso se analizarán poblaciones indígenas de asháninkas y yáneshas (Pichanaki - Junín) y para el segundo se estudiará población de las comunidades campesinas andinas de Huancavelica.

Así mismo, se indagará en las percepciones que la propia población tiene acerca del trabajo infantil, en cómo lo entienden, cómo lo valoran y sobre las probables diferencias que establecen por edad y género para su desempeño.

Se incidirá también en la dinámica del trabajo infantil en las tres zonas, especialmente en las actividades agropecuarias, tomando en cuenta las modalidades de participación de los niños, niñas y adolescentes en función del género y de la edad, a fin de captar sus variaciones y peculiaridades. El presente estudio tiene una visión comparativa, por lo que establece semejanzas y diferencias entre las tres zonas elegidas. Es particularmente destacable la oportunidad de haber podido desarrollar un estudio en un tema tan poco tratado en la población indígena amazónica.

Asimismo, la presente investigación es de naturaleza cualitativa y basada íntegramente en un breve trabajo de campo realizado en dos períodos. Para ello se recurrió a la observación participante, la organización de grupos focales con niños, niñas y adolescentes, y a la realización de entrevistas y conversaciones informales con padres de familia, profesores y autoridades de las comunidades¹.

En cada región se realizó un promedio de ocho grupos focales con niños, niñas y adolescentes, con cinco a seis participantes en cada uno de ellos (cuatro grupos por comunidad), divididos por edades y por género, a fin de captar la diversidad de labores atribuidas en base al género

1 El trabajo de campo se llevó a cabo durante el mes de noviembre y la primera quincena de diciembre del 2014.

y a los cambios en el aprendizaje de las actividades a través del tiempo. Los grupos de edades con los que se trabajó fueron de 6 a 8 años, de 9 a 11 años, de 12 a 14 años y de 15 a 17 años. Solo se realizaron dos grupos focales mixtos, uno en Junín y otro en Pasco, por falta de disposición de tiempo, y solo dos grupos focales en una comunidad ganadera de Huancavelica, debido a la ausencia de niños y niñas.

Para trabajar con los chicos y chicas, estos fueron ubicados en las escuelas primarias y secundarias de sus comunidades, por lo que todos los participantes de la investigación son estudiantes. Esta característica es importante de destacar ya que resulta parcial en la interpretación de la importancia e influencia del trabajo en su formación educativa.

A fin de comparar los diversos contextos y actividades relevantes, en cada región se visitaron dos comunidades, seleccionadas estas últimas por su distinto grado de conexión a la ciudad y por los servicios básicos con los que cuentan, los cuales pudieran ejercer influencia en las dinámicas de socialización y de trabajo de los chicos y chicas.

En cada región se realizó un promedio de ocho grupos focales con niños, niñas y adolescentes

2. Población de estudio

Para este estudio en total se visitaron seis comunidades, dos por cada región examinada. En cada región se investigó un grupo étnico y cultural distinto: en Junín trabajamos

Cuadro nº 1
Ubicación geográfica de las zonas de trabajo de campo

Comunidad	Distrito	Provincia	Región	Número de familias	Grupo étnico/tipo de comunidad
Santa María de Autiki	Pichanaki	Chanchamayo	Junín	50	Asháninka
Impitato Cascada	Pichanaki	Chanchamayo	Junín	107 (sector principal)	Asháninka
San Pedro de Pichanaz	Palcazú	Oxapampa	Pasco	30 (sector San Francisco)	Yánesha
Ñagazú	Villa Rica	Oxapampa	Pasco	100 (aprox.)	Yánesha
Pampapuquio	Paucará	Acobamba	Huancavelica	100 (aprox.)	Agricultores
Choclococha	Santa Ana	Castrovirreyna	Huancavelica	290 (45 aprox. viviendo ahí actualmente)	Ganaderos

A excepción de Santa Ana, todos los distritos tienen menos de la mitad de su población con nivel secundaria

con comunidades nativas asháninkas, en Pasco con comunidades nativas yáneshas y en Huancavelica con una comunidad agrícola y otra ganadera.

Según proyecciones del Ministerio de Desarrollo e Inclusión Social (MIDIS), al 2013 las regiones investigadas, a

excepción de Junín, presentan índices de pobreza superiores al promedio nacional de 23.9%: Huancavelica y Pasco tienen 46.6% de nivel de pobreza, mientras que Junín 19.5%. Sin embargo, existen diferencias significativas al interior de cada región. Para ubicarnos mejor en el contexto socioeconómico de las comunidades veamos el Índice de Desarrollo Humano (IDH) a nivel distrital, que muestra información muy variada sobre educación e ingresos en los lugares estudiados. Ahí encontramos que en Huancavelica (la región con los índices de pobreza más altos en el país) están el distrito de Santa Ana (donde se ubica la comunidad ganadera de Choclococha), con los más altos índices comparativos del nivel educativo (66.67%) e ingreso familiar, junto con el distrito con menor nivel de ingreso, Paucará. Por otro lado, a excepción de Santa Ana, todos los distritos tienen menos de la mitad de su población con nivel secundaria, siendo Palcazú, en Pasco, el que tiene las cifras más bajas (26.78%). Este panorama confirma que si bien los lugares estudiados tienen en general niveles considerables de pobreza y un limitado acceso a la educación, hay importantes variaciones que inciden en las actuales condiciones en que se realiza el trabajo infantil, tal como veremos en cada caso. Recordemos, además, que se trata de cifras a nivel distrital y que la variación a nivel de comunidad rural, ya sea andina o amazónica, puede ser también significativa.

Cuadro nº 2
Índice de Desarrollo Humano distrital en las zonas de estudio

Distrito	Población 2012	Población con educación secundaria completa 2012	Ingreso familiar <i>per cápita</i> (N.S. mes) 2012	Índice de Desarrollo Humano
Pichanaki	62 216	44.23%	407.8	0.3785
Villa Rica	19 776	36.04%	508.3	0.3821
Palcazú	10 039	26.78%	309.9	0.2901
Paucará	31 798	39.79%	158.9	0.2307
Santa Ana	2108	66.67%	1347.4	0.5853

Fuente: Índice de Desarrollo Humano (IDH) departamental, provincial y distrital - Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD) 2012.

a) Los asháninkas de Junín

El trabajo de campo entre los asháninkas se realizó en dos comunidades nativas del distrito de Pichanaki, provincia de Chanchamayo, región Junín. Pichanaki es el segundo distrito con mayor población asháninka de la región, albergando a 9806 pobladores de dicha etnia (INEI 2007)². En Junín existen 25 comunidades asháninkas organizadas en la Asociación Central de Comunidades Nativas (ACECONAP). El II Censo de Comunidades Indígenas de la Amazonía 2007 muestra que la asistencia escolar de la población asháninka en la región Junín es de un 84.6% entre los 6 a 17 años, pero que va decayendo conforme aumenta la edad, especialmente a partir de los 15 años, en aproximadamente un 9%, lo que indica una frecuente deserción escolar en la secundaria (INEI 2007: 152). Asimismo, este censo señala que el 14.1 % de la Población Económicamente Activa (PEA) asháninka de la región tiene 14 años y que el 37.4 % oscila entre los 15 a 19 años. Y si bien no se precisan más datos de la población menor a estos rangos de edades que esté trabajando, aun con las limitaciones de la medición oficial y tal como lo corroboramos durante el trabajo de campo en las dos comunidades, hay una gran presencia de menores de edad en la economía de las familias asháninkas.

Realizamos el primer trabajo de campo en la comunidad nativa Santa María de Autiki, donde trabajamos con niños y niñas de 6 a 12 años, estudiantes de la escuela primaria de la comunidad. Santa María está conformada por 50 familias y se encuentra aproximadamente a una hora en auto del distrito de Pichanaki. Cuentan con electricidad pero solo un reducido número de familias posee televisor (4) y el servicio de cable (2), por lo que el consumo mediático consiste básicamente en la radio y en películas o programas a través del DVD. Cuentan con señal de telefonía celular pero no con servicio de agua potable ni puesto de salud. Santa María tiene una escuela de educación inicial, de unos 15 niños y niñas aproximadamente, y otra de primaria bilingüe unidocente, a la que asisten alrededor de 30 niñas y niños repartidos en dos aulas. Los estudiantes de secundaria tienen que acudir al centro poblado de San Juan a más de una hora de camino.

La principal actividad económica de sus miembros es la agricultura de plátano, café y achiote, para la venta, y en menor proporción cultivan yuca, limón, maíz, frejol, mango y piña, entre otros, para autoconsumo. Uno de los cultivos comerciales más importantes en las comunidades de este distrito es el café, el cual, al momento del trabajo de campo, atravesaba por problemas en la producción debido a la plaga de la roya, la que destruyó la mayoría de cultivos de una de las variedades más comunes (caturra). Esto afectó seriamente la economía de las familias. Incluso una de las familias de la comunidad Impitato Cascada señalaba a la roya como un causal para que sus hijos salgan a trabajar fuera de la comunidad en búsqueda de ingresos económicos que sustituyeran la pérdida de sus sembríos de café. Este mismo problema puede haber sido un factor para que algunas otras familias afectadas también opten por enviar a sus hijos lejos a trabajar.

En la comunidad Impitato Cascada trabajamos con adolescentes varones y mujeres de 13 a 17 años, estudiantes del colegio secundario de la comunidad. Impitato está conformada tres sectores, siendo el que visitamos el principal, habitado por 109 familias. Es la comunidad nativa más grande del distrito de Pichanaki, con 3900 ha. Se ubica aproximadamente a 40 minutos en auto de Pichanaki, poseen electricidad y gran parte de las familias cuenta con el servicio de cable. Lo que no tienen es señal de telefonía celular, aunque cuentan con el servicio de un teléfono satelital público. Así mismo, algunos poseen conexión domiciliaria de agua pero no agua potable. Hay un puesto de salud en la comunidad y tienen los tres niveles educativos: inicial, primaria y secundaria polidocente, pero solo el nivel primario es bilingüe. Los miembros de la comunidad se dedican principalmente a la agricultura de plátano, yuca, papaya, café, mango, cacao, naranja y maíz, siendo el café y el plátano los principales cultivos para la venta.

Una de las cosas más resaltante de Impitato Cascada es que está bajo la autoridad de una jefa muy joven (con 30 años), elegida hace un año, hija de una de las familias fundadoras de la comunidad. Ella, poco tiempo antes de su elección, no vivía en la comunidad, pues se educó en Lima y en Satipo,

2 Instituto Nacional de Estadística e Informática (INEI) - II Censo de Comunidades Indígenas de la Amazonía Peruana, 2007.

ni habla la lengua asháninka. Estas dos particularidades proveen ciertas ventajas y desventajas en su ejercicio de autoridad. Al provenir de una familia donde varios de sus miembros alcanzaron la profesionalización, condensa ciertos ideales de progreso a través de la educación (aspiración que está muy presente en los discursos de las familias más jóvenes respecto a sus hijos), aunque el desconocimiento de la lengua nativa y su juventud le generaron al principio ciertas reticencias de parte de los comuneros mayores y más conservadores. Esto es importante de mencionar porque muestra ciertos cambios en la organización de la comunidad y nos da luces sobre los ideales en torno a la educación que existen en las familias.

En ambas comunidades asháninkas, Santa María e Impitato, la comercialización de sus cultivos la realiza cada familia de modo independiente, es decir, no hay una organización para la venta, tal como existe en una de las comunidades yáneshas.

Una diferencia cultural notable entre las comunidades asháninkas de Junín y las comunidades yáneshas estudiadas en la región Pasco es la vigencia de la lengua materna asháninka, la que es enseñada desde muy pequeños a los niños y niñas en sus familias, y en el caso de Santa María de Autiki, también en la escuela primaria. Así tenemos que en las comunidades asháninkas de Junín, niños, niñas, adolescentes y padres de familia usan su idioma constantemente, en contraste con lo que veremos posteriormente entre los yáneshas. Dicha vigencia lingüística, o la pérdida de la lengua original, puede constituir un factor para una mayor o menor recepción de referentes culturales ajenos a la cultura tradicional de las comunidades.

En síntesis, las comunidades asháninkas visitadas están conformadas por familias agricultoras, donde el café y el plátano son los principales cultivos comerciales, en tanto otros productos como la yuca se destinan al autoconsumo. Ambas comunidades tienen un relativo acceso a la capital distrital, aunque su magnitud y disponibilidad de servicios básicos es distinta, siendo Impitato Cascada la que tiene mayor presencia del Estado mediante escuelas en los tres niveles y un puesto de salud, del que carece Santa María. Y si bien ambas experimentan deficiencias en servicios básicos, sobre todo en el acceso a agua potable, poseen un mayor acceso a electricidad, siendo Impitato Cascada la que

tiene mayor conectividad de medios de comunicación como la televisión, la música y los celulares, los que se han vuelto importantes en la socialización de los niños y niñas.

b) Los yáneshas de Pasco

La investigación entre los yáneshas se realizó en dos comunidades nativas de la región Pasco, siguiendo la misma lógica de comparar comunidades de acuerdo a su grado de conexión con la ciudad y su acceso a servicios básicos. Esta vez las comunidades investigadas están ubicadas en dos distritos diferentes de la provincia de Oxapampa: Villa Rica y Palcazú. Así, según el censo del 2007, el distrito de Villa Rica alberga una población de 1262 yáneshas, mientras que en Palcazú se encuentran 1375 (INEI 2007: 199).

A nivel de la región Pasco la asistencia escolar de los yáneshas entre 6 a 17 años es de 81.4 %. Sin embargo, esta asistencia no es uniforme respecto a la edad pues el 91.6 % inicia a los 6 años pero decae al 80% después de los 13 años (INEI 2007: 206). Así, de un total de 3265 habitantes mayores de 15 años, 1707 acaba solo la primaria frente a 1071 que culmina la secundaria (INEI 2007: 206). En contraste con los asháninkas de Junín, según cifras oficiales, los yáneshas de Pasco tienen una mayor población relativa de adolescentes en la PEA desde los 14 años, aunque tampoco hay cifras para los menores de esta edad: el 25.2% de la PEA tiene 14 años de edad y el 42.6% oscila entre los 15 a 19 años (INEI 2007: 209).

En primer lugar visitamos la comunidad Ñagazú, ubicada en el distrito de Villa Rica, donde trabajamos con niños y niñas de 6 a 11 años, estudiantes de la escuela primaria de la comunidad. Ñagazú se encuentra a unos 15 minutos de Villa Rica en auto (a unos nueve kilómetros) y está conformada por aproximadamente 100 familias. Si bien la mayoría de viviendas es de madera, algunas son de material noble, estas cuentan con fluido eléctrico, conexión domiciliar de agua no potable, servicio de cable y señal de telefonía celular. La comunidad cuenta con un puesto de salud y los tres niveles de educación: inicial, primaria y secundaria polidocente, aunque no es bilingüe. Sus miembros se dedican a la agricultura, sobre todo de café, cultivando además plátano, pituca, yuca, frijol, limón dulce, maíz, ají, papaya, palta, caigua, entre

otros. Al igual que en las comunidades asháninkas, el café es su principal fuente de sustento económico pues lo producen para la venta, siendo el resto de cultivos básicamente para el autoconsumo. Varios miembros de la comunidad se han organizado recientemente en una asociación de productores de café para la producción y comercialización colectiva de su producto (al momento de nuestra visita estaban preparando viveros a través de trabajos comunales).

Ñagazú posee un grado notable de inserción a la ciudad por su cercanía, además del uso común entre las familias, sobre todo entre las y los más jóvenes, de medios de comunicación como celulares, radios y televisión. Otra característica resaltante en esta comunidad es la presencia de algunas personas migrantes procedentes de lugares como Huancayo, La Merced u otros que han formado familia con los y las yáneshas. No se dispone de cifras sobre la cantidad de colonos o familias biculturales existentes, pero en el trabajo de campo se apreciaron unos cuantos casos, existiendo referencias sobre la formación de parejas con migrantes, situación que se contrasta con lo observado en las comunidades asháninkas donde no se reportaron parejas mixtas, aunque en Santa María de Autiki vivían dos familias yáneshas y en Impitato Cascada había presencia de algunos estudiantes colonos que asistían a la escuela secundaria provenientes de comunidades cercanas pero que no vivían en Impitato. Quizás su cercanía a la ciudad y el constante contacto con personas de diferentes regiones haya hecho prevalecer el uso del castellano por encima de su idioma materno, que no usan ni para comunicarse entre ellos, una diferencia notable con los asháninkas de las comunidades estudiadas, quienes hablaban en su idioma casi todo el tiempo, indistintamente de su edad. Al consultar sobre ello a algunas madres que hablan el yánesha, estas comentaban que no se lo enseñan a sus hijas e hijos quizás por “vergüenza” y porque ellos no quieren aprenderlo, a pesar de que hasta hace un par de años había un profesor que se los enseñaba en la primaria. Lo cierto es que de aproximadamente 20 niñas y niños con los que conversamos, solo tres sabían hablar yánesha. Además, es muy común la migración desde otras comunidades yáneshas como San Pedro de Pichanaz y la localidad de Loma Linda, a un par de horas de esta comunidad, donde muchos niños

A nivel de la región Pasco la asistencia escolar de los yáneshas entre 6 a 17 años es de 81.4 %

y niñas mantienen contacto con sus familiares al regresar frecuentemente, por ejemplo en vacaciones escolares. Otro dato importante recogido en el campo es la migración laboral de los padres a comunidades cercanas a las mencionadas, u otras más lejanas en el distrito de Iscozacín, para trabajar en jornadas agrícolas.

La otra comunidad yánesha estudiada fue San Pedro de Pichanaz, específicamente el sector San Francisco (esta comunidad tiene tres sectores en total). San Pedro de Pichanaz se ubica en el distrito de Palcazú, provincia de Oxapampa, a dos horas de la ciudad de Villa Rica. En este lugar trabajamos con adolescentes de 12 a 17 años de edad pertenecientes a la escuela secundaria.

Este es un sector pequeño conformado por 30 familias, donde no se cuenta con conexión de agua, obteniéndola de las quebradas o piletas; no se tiene fluido eléctrico, recogiendo luz eléctrica a través de paneles solares; ni se tiene señal de telefonía celular, aunque existe un teléfono satelital público.

Y si bien la comunidad no tiene un puesto de salud, sí cuenta con educación inicial (PRONOEI³), primaria bilingüe unidocente y secundaria polidocente.

3 Programa No Escolarizado de Educación Inicial (PRONOEI).

La principal actividad económica de esta comunidad es la agricultura de cacao, pituca y plátano. Además, en menor proporción, cultivan café, achiote, papaya, naranjas y ají, básicamente para la venta, y yuca y maíz, entre otros alimentos, para el autoconsumo.

En comparación con Ñagazú, su grado de conexión y servicios urbanos es mucho menor, aunque a pesar de las distancias, las y los adolescentes hacen referencia al uso eventual de medios de comunicación en sus visitas a la ciudad de Villa Rica y en sus experiencias de migración a otras ciudades durante sus vacaciones escolares.

Y si bien el uso de su idioma materno es mayor que en Ñagazú, de igual manera no se usa entre las niñas, niños y adolescentes, y, según ellos mismos, tampoco se utiliza mucho en casa. Los niños y niñas conocen algo del idioma yánesha porque se les enseña en la escuela primaria, aunque varios decían no gustar de él.

En resumen, las comunidades yáneshas estudiadas se dedican básicamente a la producción agrícola, como los asháninkas, donde el café (sobre todo en Ñagazú) y el cacao (en San Francisco) son los principales cultivos para la venta. Ñagazú, por su cercanía a la capital distrital, tiene un contacto más fluido con el mercado y una influencia urbana más marcada que San Francisco. Así mismo, en ambas

comunidades varios miembros migran temporalmente entre comunidades yáneshas, donde se localizan sus parientes, en búsqueda de trabajo o de visita. En contraste con las comunidades asháninkas, los yáneshas de nuestro estudio muestran además una mayor apertura a la influencia urbana, la que se expresa, por ejemplo, en el progresivo abandono de su idioma por el castellano y la fácil incorporación de referentes urbanos entre las y los más jóvenes.

Si comparamos información estadística de ambos grupos étnicos en cada región, veremos también diferencias notables en cuanto a educación. Por ejemplo, el nivel de analfabetismo entre los asháninkas de Junín es casi el doble de los yáneshas de Pasco, aunque la reducción de la asistencia escolar a mayor edad es similar en ambos grupos. Si bien hay diferencias entre las dos comunidades yáneshas por un lado, y las dos asháninkas por el otro, las cifras oficiales tienen un correlato en los resultados cualitativos en cuanto al acceso a la educación. Es que incluso la comunidad yánesha más alejada a la capital distrital cuenta con los tres niveles educativos, mientras que la comunidad asháninka más alejada solo cuenta con nivel inicial y primaria. Hay que tomar en cuenta esta información por lo que significa en el acceso a servicios del Estado y a oportunidades que pueden incidir en la salida fuera de las comunidades, tal como veremos en el trabajo etnográfico.

Cuadro nº 3
Algunas características educativas de los grupos étnicos estudiados

Grupo étnico por región	Población total	PEA total	PEA 14 años	Analfabetismo	Asistencia escolar 5 -17 años	Asistencia escolar a los 6 años	Asistencia escolar a los 17 años
Asháninka / Junín	64 107	57%	14.1%	17.3%	84.6%	89.1%	46.9%
Yánesha / Pasco	5407	62%	19%	9.1%	81.4%	88.5%	42.4%

Fuente: II Censo de Comunidades Indígenas de la Amazonía Peruana, 2007.

c) Choclococha, comunidad ganadera en Huancavelica

El trabajo de campo en Choclococha se realizó con niños y niñas de 7 a 11 años, estudiantes de la escuela primaria de la comunidad. Esta comunidad ganadera se ubica en el distrito de Santa Ana, provincia Castrovirreyna, en la región Huancavelica, a dos horas en auto desde la ciudad de Huancavelica. Choclococha es una comunidad de pastores a 4650 msnm, cuya actividad principal es la crianza de alpacas y llamas, y en menor medida de ovejas. Según algunos comuneros, la crianza de alpacas ha disminuido en los últimos años por la migración y otros factores. El ganado es vendido en pie en regulares cantidades, y eventualmente también su carne y lana. En los últimos tiempos otra fuente económica importante es la crianza de truchas, actividad que está en manos de una empresa llamada Pacsac, de propietarios chilenos, que desde hace aproximadamente seis años se encuentra en la zona y donde laboran gran parte de las familias de la comunidad.

De acuerdo a su padrón, la comunidad de Choclococha está conformada por 290 familias. Sin embargo, solo unas 50 viven realmente en la zona, pues el resto está en la ciudad de Huancavelica la mayor parte del año. Según algunas autoridades locales, los migrantes mantienen sus viviendas en la comunidad y participan de las reuniones comunales periódicas con el fin de acceder a los beneficios del pago anual que efectúa una mina ubicada en el entorno a modo de bono por responsabilidad social⁴. Probablemente la incorporación del negocio de truchas y los ingresos por las dos minas activas en el distrito⁵ (mas no en territorios de la comunidad) expliquen las altas cifras promedio de ingreso familiar *per cápita* (Sl.1347. 4) que señala el IDH 2012 para Santa Ana.

Por ser una comunidad de altura, el asentamiento de la población es bastante disperso, pues las familias que se dedican a la ganadería suelen ubicar sus estancias lejos del centro de la comunidad para estar más cerca a los lugares

de pastoreo. Existen unas 65 estancias en las aturas, pues según la cantidad de animales que tengan, una familia puede poseer más de una estancia.

Desde hace varias décadas, la población de Choclococha se ha ido reduciendo, al principio como secuela de la violencia política de los años 80 que afectó la zona, provocando desplazamientos de varias familias que luego ya no regresaron. Este también puede ser un factor por el cual en la comunidad casi no se habla el quechua. Salvo excepciones, los niños y niñas no lo han aprendido, lo cual contrasta enormemente con la siguiente comunidad estudiada (Pampapuquio). Todo esto ha hecho que la presencia de los niños, niñas y adolescentes sea prácticamente nula, pues además, como la comunidad solo cuenta con educación inicial y primaria, los hijos e hijas de los comuneros migran a estudiar a la ciudad de Huancavelica. Choclococha cuenta con una escuela primaria unidocente (con solo 11 alumnos) y un puesto de salud.

En cuanto a los servicios, la comunidad cuenta con fluido eléctrico (varias familias poseen el servicio de cable), se tiene señal de telefonía celular y varios disponen de conexión domiciliar de agua no potable (que proviene de una laguna), mientras que otros traen agua de un puquial o lavan su ropa en el río.

d) Pampapuquio, comunidad agrícola en Huancavelica

El trabajo de campo en Pampapuquio se realizó con adolescentes de 12 a 17 años, estudiantes del colegio de secundaria de esta comunidad. Pampapuquio se encuentra en el distrito de Paucará, provincia de Acobamba, región Huancavelica, a dos horas y media en auto desde la ciudad de Huancavelica. El centro poblado de la comunidad conserva algunos elementos de la organización social comunal, como la autoridad personificada en el presidente, aunque también cuenta con alcalde y teniente gobernador distritales.

4 Sin embargo, ninguna de las familias entrevistadas mencionó que algún miembro de la comunidad trabajase en las minas. Solo indicaron que antiguamente varios comuneros laboraban en una mina de plomo que actualmente se encuentra inactiva.

5 Información extraída de medios informativos locales.

Su principal actividad económica es la agricultura tanto para autoconsumo como para venta a pequeña escala. Los principales cultivos para el mercado son la papa, cebada y habas, mientras que para el autoconsumo cultivan trigo, avena, mashua, tarwi, quinua⁶, oca, olluco, maíz, entre otros.

Pampapuquio está conformada por más de 100 familias⁷. Ahí se cuenta con fluido eléctrico, servicio de cable, conexión domiciliaria de agua pero no potable, señal de telefonía celular y un centro de salud. En cuanto a educación, tiene los tres niveles (inicial, primaria y secundaria) polidocente. Además, el centro poblado posee una red de Internet libre (WIFI) y existe un pequeño negocio con dos cabinas de Internet.

La relación de la comunidad con el distrito Paucará es muy fluida debido a su cercanía (está a unos 10 minutos), lo cual permite un mayor contacto de los niños, niñas y adolescentes con el medio urbano, así como a una diversidad de oportunidades de trabajo para ellos y sus familias, sobre todo a la creciente oferta laboral de los gobiernos locales, que requieren de obreros para la construcción. Esta cercanía también favorece la inserción al mercado, como sucede con la feria dominical de Paucará, la más grande de la provincia,

donde las familias acuden a abastecerse de productos y bienes necesarios, al igual que para vender sus cultivos.

Por otro lado, todas las familias son bilingües y tanto padres como hijos hablan cotidianamente su lengua materna, el quechua, la que para algunos padres es una fuente de identidad importante.

Las diferencias entre ambas comunidades de Huancavelica empiezan con la actividad productiva a la que se dedican, ganadería y agricultura, aunque ninguna de las dos se limita solo a ellas. La relación con el mercado y una mayor presencia de servicios del Estado, sobre todo del sector Educación, son un plus para la comunidad de Pampapuquio, mientras que los niños y niñas de Choclococha tienen que migrar para acceder a una mejor formación. Y si bien el nivel de conexión a través de medios de comunicación es similar en ambas comunidades, la mayor distancia de Choclococha a los centros urbanos la mantienen, hasta cierto punto, aislada. Ese relativo aislamiento geográfico de la comunidad ganadera, sumado a la ausencia de una oferta laboral para los menores de edad, contrasta con el dinamismo de la agricultura en Pampapuquio, muy vinculada al mercado y a la ciudad de Paucará.

6 Llama la atención que la quinua no sea un producto principalmente destinado a la venta debido a su alta demanda actual. Las y los adolescentes dijeron que su producción era reducida y que por eso su cultivo se dirige básicamente al autoconsumo.

7 Las familias y autoridades consultadas no pudieron precisar un número exacto de familias en su comunidad.

01

Primer caso:
los asháninkas y
yáneshas de la
selva central

1. Las labores familiares

Las actividades que realizan los niños, niñas y adolescentes asháninkas y yáneshas en el entorno familiar pueden dividirse en actividades domésticas y actividades agropecuarias. Si bien no existen muchas diferencias entre las actividades que realizan desde niños y niñas hasta que son adolescentes, sí las hay en lo que se refiere al género, sobre todo en las percepciones sobre lo que realizan conforme van creciendo, además de las influencias que van recibiendo de otros agentes sociales más allá de la familia y de la escuela de la comunidad.

La inserción a las actividades domésticas y productivas de la familia se produce desde muy temprana edad, dándose cambios de modo progresivo en cuanto al uso de la fuerza, la frecuencia y el tiempo dedicado a las labores. La participación de los niños, niñas y adolescentes no se produce en base a la edad, sino de acuerdo a sus propias capacidades desarrolladas en el tiempo. De este modo, es posible que tanto niños y/o niñas de cinco como de ocho años empiecen a usar el machete para limpiar los cafetales u otros cultivos

como la yuca y el plátano. Así, el desarrollo continuo de sus capacidades y sus ganas de realizar las diferentes actividades determinarán su inserción a las labores familiares.

Una de las cosas más saltantes y que en varios casos explica el disfrute de las labores productivas por parte de las niñas y los niños de 6 a 11 años, aproximadamente, es que ven estas actividades como un juego. Sus madres los llevan a la chacra desde bebés por lo que esta se vuelve un espacio habitual en el que pueden también jugar trepándose a los árboles y buscando frutas silvestres. Y como la vida de la familia gira en torno a la producción agrícola, los niños y niñas no son ajenos a esta dinámica, colaborando tanto con las labores domésticas como con las del campo. Esta percepción lúdica del trabajo familiar, desde luego, no es homogénea ni estable en el tiempo, experimentando un cambio progresivo. Por ello, haremos un recorrido por estas labores, y posteriormente por el trabajo remunerado, al igual que a través de los cambios en las percepciones y actividades de los niños y niñas en su paso hacia la adolescencia, conservando también una diferenciación de género.



1.1. Las labores de los varones

Las labores familiares se diferencian por género y, aunque esta distinción no es del todo rígida, nos ayuda a introducirnos en las características más saltantes de la participación infantil. Por lo general, se sabe que en el espacio rural son las mujeres quienes se ocupan sobre todo de las tareas domésticas y los varones de las agrícolas; pero en el caso estudiado hay diversos matices, pues varios niños cocinan y gustan de hacerlo, mientras que varias niñas también participan en las labores agrícolas que, en parte, al menos durante la niñez, no difieren significativamente de lo realizado por los varones.

Las labores domésticas más frecuentes que hacen los niños desde aproximadamente los cuatro o cinco años edad es traer leña y agua para cocinar. La cantidad de peso que cargan varía de acuerdo a su fuerza y, por lo general, realizan esta actividad entre dos o más hermanos. Estas tareas también las ejecutan los niños asháninkas en la escuela para ayudar a las madres que preparan el desayuno del Programa Qali Warma⁸. Si bien estas labores pueden presentar ciertas dificultades, en un inicio no son percibidas por los niños y niñas menores como difíciles, siendo los adolescentes quienes se quejan, especialmente del recojo de la leña, sobre todo cuando se trata de traerla de lugares lejanos, dependiendo de la ubicación de su casa, y si se debe utilizar el machete para cortarla.

P1: Ayudamos en la cocina, traer leña y agua.

-¿Y eso es lejos?

P2. Sí, es lejos. Tienes que subir, traer cortado, bajar.

-¿Y desde cuándo hacen eso?

P3. Desde niños. Cuando tienes 7 años ya te dicen que vayas. Ya estás cargando leña.

(Grupo de varones de 15-17 años,
Impitato Cascada, Junín).

Algunos niños, sobre todo los mayores de 9 a 11 años, ayudan a cocinar a sus mamás o cocinan con sus hermanos cuando ellas están en la chacra. Incluso en algunas ocasiones llegan a cuidar de sus hermanos menores. También realizan algunas labores de limpieza como barrer y lavar parte

de su ropa (la ropa interior). Los niños asháninkas más pequeños, de 6 a 8 años, manifestaron una visión más rígida de la división de género en torno a las labores domésticas, específicamente en cuanto a la cocina.

V1: Mujeres nomás cocinan, los hombres no cocinan.

-¿Los hombres no cocinan?

M1: Las mujeres nomás.

V2: Los hombres nomás trabajan.

(Grupo mixto de 6 a 8 años, Santa María de Autiki, Junín).

De la última frase se desprende además que las labores domésticas por lo general no son vistas como trabajo, al menos no uno equiparable al agrícola. Se refieren a dichas labores simplemente por su nombre, o incluso como ayuda, pero no como trabajo a secas, como sí se refieren a las labores de la chacra. Esta idea rígida de la labor por géneros parece ir cambiando un poco con el tiempo, pues conforme van creciendo los chicos dicen ayudar a cocinar, llegando incluso a hacerlo solos, aunque sea esta una labor de las mujeres. Así, en la medida en que van creciendo, los adolescentes asháninkas señalan que tanto varones como mujeres cocinan porque son "iguales".

P1: Ayudamos a cocinar, ayudamos.

P2: Siempre las mujeres les va ganar también, nosotros preparamos un poco, traemos a veces cuando no hay, traemos leña, traemos, ponemos a trabajar, venimos, acompañamos, eso no más pues. Si hay bulto, cargamos. En cambio las mujeres, si tienen sus hijitos, cuidan, después lavan ropa, cocinan.

P2: Hacen más que los varones.

(Grupo de varones de 9 a 11 años,
Santa María de Autiki, Junín)

-¿Y cocinar? ¿Todos cocinan?

[Mayoría] Sí.

-Yo pensé que solo las mujeres eran las que cocinaban como me dijeron en otro sitio.

P1. No, todos somos iguales.

(Grupo de varones de 15-17 años,
Impitato Cascada, Junín).

8 En cuanto a los niños yáneshas no accedimos a esta información porque trabajamos únicamente con los adolescentes.

Es necesario considerar que la inserción de los varones en las labores domésticas de cocina y limpieza es a veces alimentada por diversos factores familiares y sociales, entre ellos la ausencia de los padres por migración laboral temporal a las ciudades u otras comunidades, o sus largas temporadas de permanencia en las chacras, cuando estas se ubican lejos de sus casas. Dichas situaciones obligan a los hijos varones al aprendizaje de diversas tareas del hogar y a valerse por sí mismos. En la comunidad Impitato Cascada de asháninkas y San Francisco de yáneshas, por ejemplo, algunos niños y adolescentes vivían solo con sus hermanos, pues los padres salían a trabajar fuera de la comunidad, mientras que otros, como en el caso de los yáneshas, alquilaban habitaciones en sectores vecinos por toda la semana para poder asistir a la escuela, haciéndose cargo de sus propias necesidades hasta los fines de semana cuando regresaban a sus casas. En Impitato también hay algunos niños y adolescentes que viven con sus abuelos o

tíos, que poco pueden hacer para ocuparse de tantos hijos, nietos y sobrinos⁹.

En el caso del trabajo en la chacra, como el contacto con ella se da desde bebés cuando son llevados por sus madres, conforme van creciendo empiezan a hacer actividades como el “macheteo”, siendo esta una de las labores más frecuentes por el constante crecimiento de plantas y hierbas. El uso del machete es imprescindible en la vida de la comunidad para cortar las plantas o simplemente para hacerse camino en el monte. Por ello los niños empiezan a manipularlo desde los cuatro o cinco años, aunque no necesariamente de modo sistemático, sino también cargándolo en el camino a la chacra, tal como pudimos observar. Se trata de machetes de 40 a 50 cm de largo, aproximadamente, aunque los hay de menor tamaño. Los niños empiezan macheteando pequeñas partes de sus chacras de plátano o yuca, ayudando a sus padres, tanto solos como con sus hermanos, haciéndolo mientras crecen.



9 Además, al parecer los padres de estos niños no se hacen cargo de sus gastos, pues vienen cada dos o tres años.

V1: Yo trabajo en la chacra y macheteo.

V2: Chambeando, le acabo y mi papá me dice ya vamos a la casa para comer. Luego me dice para traer agua. Chambea, machetear. Como está la hierba en las matas de yuca, nosotros le cortamos y cuando se seca le quemamos, le ponemos ahí filas de yuca. [Hago] con mi papá.

(Grupo mixto de 6 a 8 años, Santa María de Autiki, Junín)

Otras de las tareas a realizar en la chacra son la cosecha y la siembra, especialmente de café, achote y plátano, que se realizan en familia. Desde pequeños los niños ayudan con el embolsado de café para sus viveros familiares y la siembra de otros cultivos, como el plátano y la yuca (esta ayuda implica solo la colocación de las semillas y plantas). Durante la cosecha se encargan del recojo del café, plátano, cacao y ají, principalmente. Conforme van creciendo participan de más actividades previas de la siembra, como ayudar a hacer los pozos y cortar las plantas, lo que implica mayor fuerza y habilidad. La mayoría de veces realizan estas labores luego de ir a la escuela, pero sobre todo los fines de semana, especialmente los domingos, pues los sábados gran parte va a la iglesia evangélica o adventista de sus comunidades.

P1: Yo sábados y domingos me voy a mi chacra a cultivar. Yo cultivo maíz, yuca, caigua y ají. Solamente macheteo.

P2: Café ahí está la semillita, lo metes, si ya está poceado¹⁰, y crece.

P3: Primero tienes que embolsar 5000 o 6000 bolsas.

P2: Mil es una cuadra, 500 es media cuadra.

P3: Y si tienes cantidad para embolsar, así vas poniendo en tu vivero y cuando terminas, cuando está creciendo semillas, luego poceas y le repicas con un palo. Haces hueco al medio y se le corta. Como tiene así la raíz [explica con un dibujo en la pizarra].

P1: Y cuando les estaba ayudando con el maíz a mi papá, yo también estaba sembrando. Teníamos que cortar un palo delgado con punta, hacer así la tierra y cuando hacía hueco tenías que poner tres o cuatro maíces.

P3: Yo siembro plátanos. Así le cortas las hojas y la raíz, luego ya está poceado, le echas cal y tierra.

(Grupo de varones de 9 a 11 años, Ñagazú, Pasco)

Por otro lado, muchos niños van a cazar de noche al monte junto con sus padres, debido a que los animales son nocturnos y es más fácil atraparlos en ese momento. Algunos niños de entre 9 y 11 años dicen que ya saben cazar solos, unos usando la flecha y otros la escopeta, cazando sobre todo aves. La pesca también es una actividad que van realizando desde pequeños, junto a sus padres, aprendiendo poco a poco a pescar con anzuelo, con el uso de hierbas para matar al pez y/o elaborando trampas para "encerrar" al pez con piedras del río. Tanto la pesca como la caza son las actividades favoritas de los niños, quienes al crecer las realizan en grupos de amigos a manera de distracción, aunque a veces también lo hacen para obtener el alimento necesario para sus hogares.

Los adolescentes de Impitato Cascada y San Francisco dedican mayor tiempo y esfuerzo a las labores agrícolas, ocupándose de estas eventualmente de lunes a viernes, siendo sobre todo los fines de semana cuando pueden dedicarle todo el día o media jornada. Cuando más grandes son, también ayudan de vez en cuando a sus papás a hacer el rozo y la quema, aunque afirman que son sobre todo los adultos quienes se encargan de cortar los árboles y plantas más grandes, pues es una labor que requiere de mucha habilidad y experiencia para esquivar los árboles que pueden caer encima, recalcando además que el rozo no es algo que hagan solos, sino con sus padres. Por otro lado, algunos adolescentes yáneshas refirieron hacer fumigación eventualmente mediante el uso de mochilas fumigadoras.

P1: No, claro, para plantar el kion es un poco trabajoso, primero tienes que rozar todito, luego pocear, sembrar, aporcar. En cambio, no es como el café, tú lo haces embolsar y lo plantas, das su vuelta y lo plantas y listo. El plátano también, igual, casi cada producto tiene su diferencia (...). Por ejemplo, si un niño no puede, si

¹⁰ "Pocear" significa hacer un pozo, cavar para poder sembrar ciertos productos, lo cual demanda cierto esfuerzo que solo pueden realizar los adultos solos o con la ayuda de sus hijos.

plantamos kion él nomás riega, y los mayores ya van plantando.

P2: Por ejemplo, los sábados voy a la chacra a hacer hasta el mediodía, domingo ya me hago mi maratón desde las 5 de la mañana, me pongo a hacer mis tareas. De ahí en la tarde ya ayudo en la casa, nomás (...). Como estudian de lunes a viernes, yo con mis cuatro hermanos. Hasta medio día, de ahí regresamos.

P1. Lo mío, saldré a las 7, estaré ahí a las 8, 9, 10. Recién estoy llegando a mi chacra, después empiezo a trabajar.

(Grupo de varones de 15-17 años,
Impitato Cascada, Junín).

1.2. Las labores de las mujeres

Las labores de las niñas en casa son cocinar, limpiar, lavar su ropa, cuidar a los hermanos menores y, eventualmente, dar de comer a los pollos. En principio empiezan ayudando a sus mamás en las mencionadas actividades o compartiendo las tareas con sus hermanos hasta que se van haciendo autónomas con el tiempo. La ayuda en la cocina a veces se extiende a la escuela, por ejemplo para la preparación de alimentos del Programa Qali Warma. Otra actividad que realizan las niñas desde los 7 u 8 años es el lavado de su ropa. Luego, ya adolescentes, varias lavan la ropa de sus hermanos menores y/o de toda la familia (también encontramos casos en que realizan el lavado de toda la ropa familiar desde los 9 años).

P1: Yo me despierto a las seis, barro mi casa, cocino mi arroz...

P2: Yo ayudo a mi hermano, lo que va inicial, y yo le lavo [su ropa].

P3: Hay veces, me voy cocinar, mi mamá me dice “ayúdame a pelar papa”, me dice, “vaya a moler alfalfa donde la abuela”.

(Grupo de mujeres de 9 a 11 años,
Santa María de Autiki, Junín).

El cuidado de los hermanos menores es una tarea que implica hacerse cargo de su limpieza y alimentación, algo que demanda gran parte de su atención y tiempo, a menudo mientras sus madres se dedican a otras labores en la chacra o atendiendo a los hermanos más pequeños.

P1: Yo les cuido a mis hermanitos. Le baño, le cambio.

P2: Cuando mi hermanito se ensucia, yo le baño y le cambio su ropa.

P3: Como mi hermanito tiene dos añitos, ya hace el dos o miccionar, a veces le gana, y yo le tengo que cambiar. Tengo que bañar y cambiar.

P2: Yo cuando me ensucio mi mamá me dice para lavar mis zapatillas yo lavo, también mi ropa cuando todo está sucio. Yo con mi hermano nos ayudamos. Le enjuago y le cuelgo, él está lavando.

(Grupo de mujeres de 9 a 11 años,
Ñagazú, Pasco).

Por otro lado, aunque las niñas también manifiestan machetear en la chacra desde pequeñas, su labor más frecuente ahí es cosechar yuca y plátano, refiriéndose a ello como “sacar yuca para cocinar”, especialmente para hacer masato. De igual modo, las niñas también participan de la siembra de plátano, yuca y café, aunque por lo general se encargan de plantar y colocar las semillas, más no de la labor previa que implican algunos cultivos, como el plátano, la yuca y el kión, que consiste en “pocear”, donde vimos que sí ayudaban con más frecuencia los niños varones, más aun cuando llegan a adolescentes.

P1: Macheteo.

P2: Yo también macheteo.

P1: Chupo caña para descansar. Siembro choclo y café. Cosecho café.

P3: Cultivo plátano, yuca.

-¿Pero acaso para sembrar plátano no se hace un pozo muy grande?

P1: No, chiquito nomás.

P4: No, en bolsa se hace, una plantita crece [del café].

- Pero ustedes ¿hacen eso solitas o con su papá o alguien?

P1: Con mi papá, con mi mamá.

P4: A veces yo le ayudo a mi mamá a embolsar.

(Grupo de mujeres 6 a 8 años,
Ñagazú, Pasco)

P1: Yo salgo de la escuela, voy a la chacra, saco yuca para hacer masato.

P2: A veces sacamos mamón [de plátano] para vender. Sacamos yuca. Yo voy a la chacra y llevo, llevo semillas, llevo semillas y, como se llama, hago un hueco para sembrar yuca. Tapo hueco y yo siembro yuca.

P1: Sí, yo a veces, yo le ayudo a mi abuela, porque mi abuela ya está vieja, yo le ayudo a cosechar su achote, y luego me dice, dele de comer a mi pajarito. Y voy a la chacra hay veces, siembro mi yuca, siembro mi maíz, frejol.

P2: Yo saco choclo con mi mamá, choclo para que salga todos sus húmedos y voy a vender con mi papá.

(Grupo de mujeres de 9 a 11 años,
Santa María de Autiki, Junín).

La pesca es otra actividad que también realizan las niñas con sus padres o en grupo, con sus hermanos y otros familiares, aunque en mucho menor medida que los varones.

P1: Pescamos matando primero...

P2: Trae piedra, póngalo, póngalo, ya está seco y echan un poco de... huacos, echan huacos y sale pescaditos, pescaditos y atrapan, sacamos.

P3: Yo, voy al río con mis padres y mis tíos. Primero chancamos vascos (¿?), y llevamos bien chancadito, y después hay que ponerle sal porque seca bien.

P4: Yo voy con mis hermanos, mis hermanas, con mi papá, mis tíos y mi familia voy. Mi abuela cosecha, cosecha vascos y luego le echa (...) luego se guarda así, lo llevamos, buscamos un río que está bien bonito, que no esté grande. Buscamos guano, colocamos piedra y luego echamos, luego se seca y luego le echamos huaco y los pescaditos salen.

P2: Yo también voy con mi hermana, hay veces, con mi hermanita, voy a carachamear.

(Grupo de mujeres de 9 a 11 años,
Santa María de Autiki – Junín)

Sin embargo, con el paso del tiempo las mujeres ya adolescentes dejan de ir a pescar, como lo señalaron las adolescentes de 15 a 17 años en Impitato Cascada, quienes afirmaron que esa era una tarea de los varones. En el caso de las chicas yáneshas de San Francisco, estas decían pescar muy de vez en cuando, sobre todo en el contexto de sus paseos al río con grupos de amigos y amigas, cuando se dedicaban a “carachamear”, es decir, pescar pequeñas carachamas.

Hasta aquí podemos identificar algunas características comunes en las labores de mujeres y varones en el entorno familiar. En primer lugar, si bien hay una tendencia a que las mujeres se dediquen a lo doméstico y los varones a lo agropecuario, ambos géneros cumplen tareas en los dos ámbitos, siendo su participación mayor mientras crecen. Lo más típico de los varones es su mayor dedicación a labores agrícolas, simbolizadas en el uso del machete, y otras actividades como la pesca, siendo la ayuda en la crianza y el cuidado de los hermanos menores lo típico de las mujeres.

Así tenemos que el aprendizaje es progresivo y que no está determinado por una edad cronológica, sino por las capacidades que niños y niñas desarrollan cotidianamente en contacto con los demás miembros de la familia y la comunidad en general, todos inmersos en tareas diversas. Esto nos lleva a la siguiente característica, particularmente de las labores agropecuarias: son labores compartidas, tareas que se realizan en conjunto entre padres e hijos y que solo de acuerdo a las habilidades o fuerza desarrolladas en el tiempo, los hijos pueden realizar independientemente de los padres, aunque que por lo general se efectúan de modo colectivo. La cosecha de productos como la yuca y el plátano, realizada principalmente por las mujeres, puede efectuarse individualmente por ser productos de cosecha frecuente que a menudo se recogen por la mañana o la tarde para cocinarlos en el momento.

Al respecto del trabajo familiar, este forma parte primordial de la socialización de niños, niñas y adolescentes, ocupa buena parte de su tiempo, no existiendo una división u organización rígida de sus actividades en el día. Las labores domésticas de limpieza y cocina se dan casi diariamente, mientras que el cuidado de hermanos menores que recae sobre las mujeres depende de la cantidad de hermanos y las ocupaciones de la madre en el hogar o la chacra, que instan a las hijas a hacerse cargo de ellos. Las labores agropecuarias dependen de la etapa del ciclo productivo en que se encuentren, por lo que es lógico que en época de siembra y cosecha se necesite más de los hijos como mano de obra.

En general, los chicos y chicas insisten en que se dedican a la chacra los fines de semana, especialmente los días sábados (a jornada completa, aproximadamente de 8am a 4pm), y en épocas de mayor productividad (por las mañanas para

cosechar o en las tardes para machetear las parcelas luego de ir a la escuela). Así tenemos que no hay una clara consciencia del tiempo dedicado a las tareas familiares, puesto que los períodos productivos son cambiantes, teniendo los chicos y chicas cierto margen de libertad para manejar el tiempo que le dedican a estas labores. Por ello, en este caso, el tiempo dedicado no es un criterio rígido para considerarlas, en contraste con su calificación del trabajo remunerado, el cual les exige un horario determinado, tal como veremos luego.

1.3. Aprendizajes y cambios en las labores

Hemos visto que el aprendizaje de las labores es progresivo y que no depende de una edad fija para su inicio, sino de las capacidades de cada niño y niña. La iniciativa propia y las ganas de participar en las labores son generalizadas pues todos los miembros de la familia y la comunidad realizan alguna actividad dentro de ella. Los niños y niñas empiezan a modo de juego y con entusiasmo sus primeras actividades viendo cómo las realizan sus padres e imitándolos. Como desde muy pequeños son llevados a la chacra, hay un ambiente de estímulo constante al aprendizaje y participación.

Bueno, la edad, por ejemplo, cuando ya tienen cinco años más o menos, porque mi hijito el último tiene cuatro años pero él también ya me ayuda a traer agua. Cuando le digo “hijito, me falta agua”, él me dice “ya, mamita, me voy a traer”, y lleva su galoncito. Ellos también piden, no quieren quedarse (...) en su etapa de cuatro a cinco años ellos van, más quieren ayudar, quieren ya agarrar el machete, el varoncito más, quieren ir a la chacra y machetear. Así como mi hijito de cuatro años me dice: “yo me voy a la chacra mamá. Yo me hago una cuadra macheteando en un día”.

(Madre, 44 años, Santa María de Autiki, Junín)

P1: No, mi mamá nos lleva pe' para acostumbrarnos.

P2: Desde seis, cinco, seis.

-¿Y desde esa edad ya van haciendo?

P3: A mirar.

P4: Cuando estaba bebé.

P5: Mirando para aprender pe' a sembrar.

- ¿Cómo han aprendido eso?

P1: Mirando.

P2: Mirando, observando nomás.

(Grupo de varones de 9 a 11 años, Santa María de Autiki, Junín).

Si bien, tal como nos señalan los testimonios, la observación y la imitación son las principales maneras de aprender, también son comunes las enseñanzas directas de los padres o hermanos mayores. Durante la niñez, según los testimonios sobre el aprendizaje mediante la enseñanza paterna, por lo general son las madres quienes enseñan a las hijas y los padres a los hijos, como una reproducción de los roles tradicionales de género que algunas veces está dirigida explícitamente a la formación futura de sus propias familias.

P1: Así yo le veo a mi mamá, cuando se va sola, yo digo “voy a seguir a mi mamá para aprender cómo” (...) mi mamá me dice “hija, vamos a la chacra, cuando vas tener tu esposo vas a estar acá en la casa”. Vamos a aprender ahí a la chacra.

P2: Me ha enseñado mi mamá, a lavar ropa.

P3: Y a mí me ha enseñado mi mamá, acostumbrado a hacer masato, ir a la chacra. Y hacer esas cosas.

P4: A mí me han enseñado a hacer masato.

(Grupo de mujeres de 9 a 11 años, Santa María de Autiki, Junín)

P1: Yo de 6 años. Me llevó mi papá a mi chacra. Ahí hemos sembrado plátano y teníamos que machetearlo. Así me ha enseñado mi papá qué es el chafle, la lima, cómo se afila y con eso se machetea.

P2: Yo de cinco años. A mí me han enseñado mi hermano y mi papá.

P1: A veces vamos con mis hermanos y mi mamá. Todos hacemos, avanzamos. Mi mamá cocinaba y mi hermano y yo avanzábamos, embolsamos. Así hemos hecho.

(Grupo de varones de 9 a 11 años, Ñagazú, Pasco).

Las niñas asháninkas en su mayoría refieren haber aprendido a cocinar y limpiar mediante la enseñanza de sus madres. En contraste, la mayoría de niños afirma que las labores agrícolas las aprendieron a través de la observación e imitación de los padres. Esta diferencia sugiere quizás estilos distintos en los géneros, así como una tendencia de los varones a exaltar en sus discursos cierta independencia e iniciativa propia,

lo que se relativiza con el tiempo, pues los adolescentes, niños y niñas mayores tienen respuestas variadas sobre su aprendizaje, incidiendo más en aprendizajes autónomos.

-¿Ustedes cómo aprendieron a hacer eso?

P2: Mirando como hacían nuestros papás.

P1: Machetear, nos enseñan nuestros papás.

P2: Así, vamos a agarrar chafle.

(Grupo de mujeres de 12 a 14 años,
Santa María de Autiki, Junín).

P4: Depende de cada uno su capacidad. Tú sabes, a veces lo llevan para que jueguen, tú sabes cómo son los niños.

P2: Desde bebitos lo llevan, porque todos los hermanos mayores se van y no hay quien los cuide en la casa. Por eso lo llevan nomás.

P5: Fui a la chacra desde los 10 años.

-¿Lo primero que aprendiste?

P5: Ayudé a cultivar café.

-¿Y cómo aprenden lo de la chacra?

P3: Mirando. Observando.

P4: Todo viene de la observación.

(Grupo de varones de 15 a 17 años,
Impitato Cascada, Junín).

Según los padres y madres, sus hijos e hijas hacen las labores por igual en tanto todos ayudan en lo necesario en la casa y la chacra, es decir, no hay un reparto sistemático sino una colaboración mutua. Asimismo, hay una labor complementaria entre hermanos de acuerdo a la fuerza y otras capacidades físicas también regidas por el género, como que las mujeres se encargan sobre todo de lo doméstico y lo agrícola, que requiera de menos fuerza, mientras los varones de la pesca y caza, pero especialmente del trabajo de chacra, que implica mayor destreza y esfuerzo, como el ayudar a hacer los pozos y cortar las plantas.

De las niñas, que no pueden hacer ellas es rajar la leña. Las niñas no pueden porque es para los varoncitos, ellos son los que rajan la leña. El varoncito raja la leña y la mujercita carga la leña. Ellos se ayudan. Mis hijitos, en caso de ellos así son.

(Madre, 44 años,
Santa María de Autiki, Junín).

Nosotros como asháninkas enseñamos la pesca, por ejemplo, cómo pescar, cómo deben cazar un animal, qué deben sembrar. Ellos cada uno. La niña ayuda a su mamá a cocinar, lavar ropa, sacar leña. Al varón le enseñan a trabajar, sembrar árboles, eso le enseñamos nosotros.

(Padre, 44 años, Santa María de Autiki, Junín).

Aun así, se debe recalcar que las diferencias en las visiones y roles de género en el aprendizaje no son del todo rígidas. Entre los yáneshas hay más matices en el aprendizaje y realización de actividades, pues las chicas dicen haber aprendido lo agrícola mirando a sus padres y varios niños ya cocinan desde pequeños, preparan masato y realizan otras tareas domésticas. Posiblemente, como vimos antes, esto sea estimulado por la migración laboral de sus padres, que los empuja a valerse por sí solos desde pequeños, y por el traslado de varios adolescentes a comunidades vecinas la mayor parte de la semana para asistir a la escuela (en particular los yáneshas de San Francisco). Sobre esto último, se encontraron casos donde grupos de hermanos se instalaban en cuartos alquilados durante la semana de clases, habiendo incluso adolescentes que vivían solos.

P1: Yo aprendí mirando a mi papá.

P2: Yo aprendí a sembrar yuca, como la yuca tiene sus ojitos, yo los ojitos le metía en el barro y mi mamá lo sacaba. Mirando. Frijol también aprendí mirando, mi mamá lo echaba en la tierra, yo con palito escarbando, no tan hondo, mi mamá sí hace hueco con palo. También aprendí a sembrar maíz.

P3: Yo aprendí cuando mi mamá me ayudaba a sembrar y machetear. Mi abuelo Enrique también me enseñaba a sembrar frijol, yo con palito escarbaba, yo ponía el frijol, le echaba agua y empezaba a crecer. Así aprendí.

(Grupo de mujeres de 9 a 11 años, Nagazú, Pasco).

P1: Yo desde los 5 años ya iba.

P2: Desde los 4 añitos ya nos llevan a la chacra, te enseñan.

P1: Algunos cuando les llevan les hacen sembrar frijol y cuando ya están grandes cultivan yuca, sacar yuca, eso de chicos no pueden. Desde los 10 años empiezan. Pero desde chiquitos, 6 años ya machetea. De ahí cultivamos, cosechamos, sembramos.

(Grupo de mujeres de 15 a 17 años,
San Francisco, Pasco).

La autonomía, la iniciativa y capacidad propias son constantemente resaltadas por hijos y padres, pues para ellos constituyen valores fundamentales en su aprendizaje. No obstante, hay algunas diferencias en sus discursos sobre una inserción temprana y variada en las actividades familiares. Los padres tienden a minimizar o negar la magnitud de las actividades que realizan sus hijos, afirmando que ellos solo se dedican a estudiar o van a la chacra básicamente a jugar; mientras los niños y niñas tienden a sobredimensionar lo que hacen, afirmando que ciertas labores las realizan solos sin ayuda de sus padres. Es en el contraste de ambos discursos y la observación donde podemos reconocer un punto medio en el que los niños y niñas sí hacen ciertas actividades solos, aunque no siempre con el grado de frecuencia e intensidad que ellos afirman, pero tampoco como lo minimizan los padres. Es fácil comprobar que los niños hacen labores desde muy pequeños por el conocimiento que tienen sobre las actividades agrícolas y el detalle con que narran su realización. Sumado a ello está el hecho de que el entorno mismo acrecienta sus habilidades. Por ejemplo, y esto lo vimos en ambos colegios de secundaria de yáneshas y asháninkas, los estudiantes llevan un curso de producción agropecuaria donde aprenden y complementan sus conocimientos y prácticas agrícolas sobre cultivos de la zona mediante la elaboración de huertos.

Investigaciones sobre el trabajo infantil rural, como las de Huber (2014), en las mismas regiones de este estudio, y de Alarcón (2011), en Huancavelica, han resaltado el carácter formativo de las labores familiares en el desarrollo de habilidades y valores éticos. Habría que agregar a ello que en comunidades nativas como las estudiadas existe en los niños y niñas una iniciativa propia que es alimentada por el contexto sociocultural para participar de la vida productiva y de un proceso de preparación que los hace relativamente autónomos desde pequeños. Iniciativa que estimulada por los padres no solo por una necesidad económica, sino porque el conocimiento del trabajo agrícola es primordial en su cultura. La voluntad de acción es un valor para todos, también para los niños y niñas, es una actitud que no se reprime sino que se alienta porque no hay una idea de especial vulnerabilidad de las y los menores que frene su participación en las tareas familiares.

Los niños y niñas, igualito, en caso de mí. No sé cómo será en el caso del resto, a veces no lo dejaran que lo haga. En cambio a mis hijos yo les digo qué hagan y ellos hacen. Porque a veces cuando le dices “no hagas eso”, estamos impidiendo su capacidad, su voluntad de ellos que quieren hacer. A veces me dicen: “mamita, quiero ayudar a traer, a sacar la yuca”. A veces yo le digo: “no, hijito, no vayas”, y ellos se resienten. Se dicen: “¿por qué no me quiere llevar mi mamá, por qué no puedo hacer yo?”. Entonces en caso de mí, ellos me lo ayudan.

(Madre, 44 años,
Santa María de Autiki, Junín).

Mi hijo antes desde pequeño me ha ayudado en mi chacra cuando no estaba en sus clases, él quería trabajar desde pequeño, yo no le insistía sino que él como me veía trabajando, él también quería y agarraba así cualquier herramienta que trabajaba.

(Padre, 45 años, Impitato Cascada, Junín)

El aprendizaje de las labores en la chacra familiar es indisoluble del conocimiento de la naturaleza, del monte amazónico. Para ellos, dicho aprendizaje es parte de la cultura, de ser asháninka, tal como lo señalaban algunos padres y madres con frases como: “Nosotros somos de la chacra”, y por tanto los niños y niñas deben conocer y saber hacer en su entorno natural y cultural. Entre los yáneshas no tuvimos la oportunidad de conversar con padres y madres que apelaran de forma tan directa a su cultura para la valoración del trabajo agrícola y del conocimiento del bosque.

Sí, por ejemplo este [señala a su nieto de 9 años] ahorita ya sabe andar solo en el monte, mira, ya conoce cómo caminar, las hormigas. En cambio como este (su nieto de 5 años), todavía no sabe, no conoce bien. El otro ya sabe, puede andar en río. Sabe cómo cuidarse.

(Padre, 50 años,
Impitato Cascada, Junín).

Acá naturalmente, como asháninkas, los llevamos a la chacra constantemente. Desde chiquitos los llevamos allá, lo hamacamos, en su hamaca, poco a

poco cuando han crecido, ellos trabajan poco a poco.
Se van acostumbrando.

(Padre, 42 años,
Impitato Cascada, Junín).

No podemos dejar de mencionar que poco a poco se visibilizan ciertos cambios en las enseñanzas de los roles de género en lo concerniente a lo doméstico en algunas familias, sobre todo en las más jóvenes. Por referencia de las madres, que critican el machismo que dicen antes era mayor en las comunidades, sabemos que poco a poco este se ha reducido gracias a la influencia de las diversas charlas y capacitaciones de instituciones estatales y Organizaciones No Gubernamentales (ONG) acerca de temas sociales y de salud. Hay que destacar que estos cambios se dan entre las familias más jóvenes, las que probablemente tienen otras influencias que fortalecen la incorporación de nuevos idearios ajenos a las concepciones más tradicionales de los roles de género en sus comunidades.

No esperamos a la edad todavía, desde niños yo les enseño. Más o menos desde los 6 años se le va enseñando, esta cosa es buena, esta cosa es mala. Le enseño también que él debe apoyar en la cocina, no solo porque él es varón no puede ser. Él también tiene derecho, todos tienen derecho de aprender, así le hablo a mis hijos. Y también gracias a las charlas que me dan en el centro de salud, cuando participo en los talleres, aprendo muchas cosas, gracias a las ONG también que vienen a capacitar a las mujeres, aprendemos muchas cosas y estamos incentivando a los hijos.

(Madre, 27 años,
Impitato Cascada, Junín).

Yo veo que nunca deben ser machistas porque ellos mañana más tarde van a formar familia y si yo no les enseño a que hagan, ellos van a decir que nunca les he enseñado que tanto hombres y mujeres deben hacer las cosas, deben trabajar. Que hagan de todo, que haya igualdad de género, no hay diferencias.

-¿Eso es común también en otras familias?

No, yo veo por ejemplo que mi hermano mismo no sabe ni prender la candela porque mi mamá nunca le enseñó, ella todo lo hacía. Mi mamá se molesta

cuando ve a sus nietos que yo les hago lavar ollas, las cosas, no quiere que cocinen. Ella dice que cómo van a hacer si ellos son hombres.

-Tú eres el cambio en la familia, ¿cómo así?

Sí, yo he tenido un cambio a través de desco [Centro de Estudios y Promoción del Desarrollo] cuando vino a hacer las charlas de género, igualdad y ya pues, aprendí y desde pequeños apliqué con mis hijos. Compartimos el trabajo tanto yo con su papá y entre mis hijos en la casa.

(Madre, 30 años,
San Francisco, Pasco).

Así tenemos que el aprendizaje temprano y constante del trabajo familiar es importante para la subsistencia de las familias asháninkas y yáneshas, y que además dicho aprendizaje está enfocado en las habilidades de la vida que les permitan a niños y niñas desenvolverse mejor en su futuro y de manera autónoma. Y si bien persiste una reproducción de roles de género tradicionales en las enseñanzas transmitidas, se vislumbran cambios en los aprendizajes y asignación de tareas tanto por influencia de discursos externos como del contexto social mismo, que empuja a que chicos y chicas aprendan a valerse por sí solos debido a la migración laboral y escolar.

1.4. Percepciones sobre las labores familiares

Las percepciones y valoraciones de los niños y niñas sobre las labores familiares no muestran grandes diferencias por género, aunque en la medida en que estos van creciendo y entrando a la adolescencia sus apreciaciones sobre dichas actividades cambian. Y si bien para el caso de las labores agrícolas tanto niños como niñas dicen gustar de ellas, las mujeres tienen especial preferencia por las tareas domésticas. Las niñas y niños manifiestan sentirse felices de ayudar a sus padres y madres y estar satisfechos cuando obtienen alimentos de sus chacras o de la pesca. El no hacerlo significaría permanecer en casa, aburridos sin hacer nada, o claro, ir a jugar, aunque la chacra también es un espacio donde pueden hacerlo cuando son más pequeños, dado que allí las labores son, en esa etapa, vistas como entretenimiento.

Tampoco existen grandes diferencias entre las percepciones de padres e hijos sobre las labores familiares, siendo los padres quienes más insisten en el carácter formativo de estas y en su proyección futura para el desenvolvimiento en el trabajo, la independencia y la formación propia de sus familias, mientras que chicos y chicas destacan su valor económico y cierto sentido del deber de las tareas compartidas en el seno familiar.

1.4.1. La sobrevivencia y el valor económico

Aunque los niños y niñas insistan en el disfrute de las tareas familiares, sus argumentos se relacionan más a una visión de responsabilidad y necesidad para la subsistencia familiar. Ellos tienen claro que sus actividades contribuyen directamente a la obtención de alimentos para la familia, ya sea en la chacra o ayudando en la preparación de la comida. En ese sentido, son de alguna forma conscientes de su papel en la economía familiar, aunque no lo manifiesten en estos términos. Su satisfacción también se vincula a la ayuda directa, o mejor dicho, al compartir las labores con sus padres, pues de otro modo estos tendrían que hacerlo solos, lo que implicaría un esfuerzo y un cansancio mayor para ellos. Así, su participación en las labores familiares denota una preocupación por sus padres y una toma de consciencia del deber de ayudarlos.

-Y quienes cocinan, ¿cómo se sienten cocinando?, ¿les gusta o no les gusta?

M1: Sí me gusta. Porque así como.

M2: Sí me gusta [cocinar].

-¿Por qué te gusta?

M2: Para ayudar a mi mamá

- ¿Les gusta ir a la chacra?

Todos: sí.

-¿Por qué?

V1: Para machetear.

V2: Para sembrar maíz.

V1: Para mi mamá, para que coma.

V2: Lampear. Sí me gusta.

V3: Mi chacra está más arriba, voy a la chacra y le digo a mi papá: “papi, ya es tarde”, y mi papá se va ya, entonces yo subo con mi hermano, después bajo y saco

para mi papá, para que chupe paca, para que chupe mi mamita. Después bajo, veo que ya ha comido.

(Grupo mixto de 6 a 8 años, Santa María de Autiki, Junín).

P1: A mí me gusta machetear porque es limpiar para que no venga las moscas. Cuando está todo planito no hay espacio para que las moscas puedan entrar, de ahí se van donde hay monte.

P2: A mí me gusta machetear para que mi mano esté más duro.

P3: A mí me gusta machetear para que a mi papá no le piquen las moscas.

P4: Para que no se canse.

(Grupo de varones de 6 a 8 años, Nagazú, Pasco).

La conciencia de la sobrevivencia mediante estas labores no se da solo en términos de lo producido para el autoconsumo, sino como reconocimiento de que lo cultivado sirve para la venta y con ello para la obtención de otros alimentos y bienes necesarios para la familia, incluyendo útiles escolares.

P1: A mí me gusta cazar.

P2: Machetear.

-¿Por qué?

P2: Para limpiar nuestra [chacra], si sembramos algo... es nuestro alimento.

P1: Y también con fruto, estamos macheteando nos da pues, para vender.

P3: Me gusta pescar para que no les falte carne a mi familia.

(Grupo de varones de 9 a 11 años, Santa María de Autiki, Junín).

P1: A mí me gusta la chacra porque ahí macheteas y sale sus frutos del café, con eso ganas plata y compras tus víveres. Ahí también siembras frijol, de ahí puedes sacar y con eso comes.

P2: A mí me gusta porque me gusta su instinto que es Selva, que tiene comida, comes plátano y el paca cuando se madura. Y cuando seamos grandes y se mueran nuestros padres nos van a dar y así poder tener una familia, así cultivar y con la cosecha de plátano podemos ganar para comprar nuestros víveres.

P3: A mí sí me gusta. Ir a la chacra me gusta cuando cosechamos ají, mi papá va a vender y ahí compra víveres, si sobra plata nos da a cada uno un sol.

(Grupo de varones de 9 a 11 años,
Ñagazú, Pasco).

Los y las adolescentes mayores, además de la consciencia de donde proviene el sustento de la familia, agregan que las labores de la chacra implican cierto “sufrimiento” o esfuerzo que es recompensado al final de la cosecha. En ese sentido, otros adolescentes, por su experiencia y satisfacción en la producción agrícola, desarrollan las ganas de canalizar dicho gusto en una carrera profesional como agronomía. Para los padres y madres, además, el aprendizaje de las tareas productivas es una preparación para el mundo laboral de la zona, pues los primeros trabajos que realizan los chicos fuera de casa son actividades de esa índole. Por tanto, la familia es también un espacio de formación laboral, para saber “cómo se gana el dinero” y para poder desarrollarse igualmente en la ciudad.

Las labores que los niños, niñas y adolescentes llevan a cabo tienen un lugar en la economía familiar y se rigen por la reciprocidad: ellos realizan las labores y a cambio reciben el sustento básico de alimentación, ropa, educación y, eventualmente, propinas, además de que se refuerzan los vínculos afectivos. Así tenemos que cada miembro de la familia aporta algo para el sustento común porque todos tienen responsabilidades dentro de ella.

- ¿Y ustedes reciben algo a cambio también de sus familias?

P1: A veces nos dan zapato también, a veces...

P2: Nos compran lo que nos falta.

- Es como una retribución...

Varios: Sí.

(Grupo de varones de 9 a 11 años,
Santa María de Autiki, Junín).

P1: Claro, eso sí. A veces, cuando ya está chapalteando, el padre te da su cariño, ya, tu propina. Porque nosotros no les podemos pedir, pues; ellos saben ya, depende de su voluntad de él.

P2: Cariño, aparte de cariño, tu propina y...

P3: Que te eduquen.

(Grupo de varones de 15 a 17 años,
Impitato Cascada, Junín).

1.4.2. El valor formativo

El valor formativo de las labores familiares ya ha sido abordado previamente por su importancia práctica de inserción al mundo laboral y por los valores que estimula para el futuro. Quienes inciden mayoritariamente en esto son los padres y madres, para quienes se trata de una preparación constante para la vida ante las limitaciones económicas que experimentan en sus comunidades.

Bueno, en mi caso es importante que hagan las cosas en la casa para que sean algún día más grandes, más adultos, y a veces la vida, como dicen, no es comprada, cualquier cosa a mí me puede suceder y para que ellos no sufran, para que aprendan a hacer sus cositas. A veces cuando no estoy yo, solo Dios sabe, ellos ya aprenden a lavar, a cocinar, ir a la chacra, salir ellos mismos adelante.

(Madre, 44 años,
Santa María de Autiki, Junín).

Porque es importante que vayan haciendo, que vayan aprendiendo porque al final con el tiempo van a tener su familia y para que puedan atenderlo, formar su hogar, cómo llevar la responsabilidad. Eso es lo bueno.

(Padre, 45 años,
Impitato Cascada, Junín).

Así tenemos que el aprendizaje a través de las labores familiares se enfoca al futuro como lección de superación tanto desde la mirada de los padres como de los hijos. Existe pues en la mayoría de familias el ideal de progreso de los hijos e hijas a través de la educación, lo que significa que conozcan la dura realidad del trabajo en la Selva, el ser conscientes de sus dificultades, que busquen superarse y tener mejores oportunidades en la vida.

Así mismo, cabe recalcar que la narrativa del sufrimiento en la chacra y la vida del campo en general están muy

presentes, sobre todo entre los padres y madres. En este punto, particularmente las mujeres, se refieren a experiencias negativas de parientes que tuvieron hijos y/o hijas siendo muy jóvenes por no actuar con responsabilidad y priorizar su diversión. Así lo perciben algunas chicas yáneshas, quienes consideran esto como experiencia de la cual aprender sobre el sufrimiento de la vida del campo y la crianza de los hijos e hijas, para no repetir lo mismo y buscar un futuro mejor en base a la educación y el trabajo.

P1: Los que no ayudan son solamente los que se dedican a ir a la fiesta, a veces caen mal, después llegan a tener sus hijos, sufren. En cambio, los que están en la casa, estudian, ayudan y llegan a ser algo en la vida.

P2: En caso de mi familia. Tengo una tía de mi edad y ya tiene un bebé. Viéndola nomás como ella sufre con el hijo que tiene, es para mí como una experiencia para no seguir las cosas que ella ha seguido porque es muy difícil, tener un hijo es difícil. Viéndola nomás, reniega, a veces le golpea al bebé. Yo le digo que para qué ha tenido hijo, acaso para que lo esté renegando. En ese caso, como le gustaba tanto la fiesta, la diversión, se iba donde ella quería, no le hacía caso a su mamá... ella tenía diversión sin límites por eso ahora ya no puede salir, ni jugar vóley, está metida en la casa.

(Grupo de mujeres de 15 a 17 años,
San Francisco, Pasco).

Les enseño un poco de todo para que ellos puedan aprender. Los llevo a la chacra para hacerles ver la realidad de uno, de cuando uno no es algo, un profesional, lo que se sufre en la chacra no como cuando uno es profesional, a lo menos no te quemas tanto en el calor. A ese respecto yo les voy enseñando, eso le digo: "hijito, esto se hace para que tú no sufras, no seas que yo, lo que sufro, me quemo en el calor. Trabajo para poder sacarte adelante, para que seas algo". Para que puedan seguir estudiando (...) también yo les digo porque como acá en la chacra no hay tanto dinero, los productos no cuestan mucho, no tienen alto precio, 40 céntimos el kilo de plátanos, maíz, todo lo que se siembra no es suficiente, no alcanza, no es tanto dinero.

(Madre, 27 años,
Impitato Cascada, Junín).

En este punto es necesario volver a la idea de la relativización de la magnitud de las labores de los hijos desde la perspectiva de sus padres, pues si bien es evidente su valor en la economía familiar, no es esta la razón más esgrimida por los padres sobre su importancia, es más, es algo que ellos casi no mencionan, aunque sí lo hacen los hijos. Hay una diferencia adicional entre sus visiones, entre la enseñanza de valores y el aporte monetario, al menos en lo expresado en el discurso de los padres, pues los hijos sí reconocen el valor económico y la importancia de su ayuda en el trabajo agrícola, mientras que los padres, al relativizar lo que hacen los chicos, no lo ubican, al menos en el discurso, como un aporte en la economía familiar. Desde luego, esto no quiere decir que para ellos las labores de sus hijos en sus chacras no tienen ese valor. Lo que sí podría indicar es la adecuación de su discurso ante una mirada externa que podría juzgar negativamente la temprana inserción de niños y niñas al trabajo agrícola, razón por la cual en lo que más inciden es en el valor formativo del trabajo, es decir, en la generación de valores como responsabilidad, laboriosidad y autonomía futura para ellos. Lo que los padres sí reconocen más claramente por su valor económico es el trabajo remunerado de los hijos, que si bien en la mayoría de los casos no aportan directamente a la familia, sí se convierte en un aporte importante en tanto los chicos y chicas cubren parte de sus propios gastos. En ese sentido, la aparente minimización de la ayuda de los hijos en las actividades familiares puede ser un mecanismo para evadir los juicios externos sobre las labores agrícolas de niños y niñas que pueden ser censurados, ante lo cual se recurre a exaltar los beneficios para el desarrollo personal en su carácter y su futuro, lo que no deja de ser contradictorio con la valoración que los mismos padres hacen del trabajo infantil que genera ingresos para sus hijos.

Hay otra perspectiva quizás más conservadora sobre el rol de los hijos e hijas frente a los padres, un rol que implica la obligación de ayuda. Esta visión ubica a los hijos e hijas como mano de obra disponible, que responde a las necesidades familiares bajo una lógica de reciprocidad en la que los padres cuidan y se hacen cargo de las hijas e hijos desde pequeños para ser retribuidos por ellos con su trabajo en la familia cuando ya tienen capacidad de hacerlo. Esto se inscribe en una lógica en la que niños y niñas no son especialmente diferentes de los adultos, en tanto no

se les exige del reparto de actividades familiares para el bien común, es decir, los hijos e hijas no son sujetos de un tratamiento particular que los ubica como vulnerables frente al trabajo familiar, sino sujetos capaces de participar de las labores familiares como cualquier otro miembro de la familia, para lo cual se van preparando poco a poco desde pequeños en un entorno social que depende directamente de la mayor disponibilidad de mano de obra para la producción.

Como nosotros hemos criado a nuestros hijitos para que nos ayuden, como nosotros somos nativos, los hemos llamado¹¹ a este mundo para que nos ayuden, los hemos criado para poder ayudarnos. Tienen que ayudarnos, si no les decimos nada ellos no aprenden nada después. También hay que decirle para que no sea como nosotros, que haga. Por ejemplo, cuando sea grande, igualito va ser madre después. Hay que apoyar para que crezca, nosotros hemos sufrido para

ayudarle, cambiarle, su limpieza, su ropita hasta que crezca. Ahora nos toca a nosotros que nos ayuden.

(Padre, 38 años, Santa María de Autiki, Junín).

Para mí es como vivimos. Si mi papá y mi mamá les cuidan, ellos que los ayuden también, a mi mamá porque ella tiene trabajo que hacer. Uno que barra, otro que cocine, ayudarle entre todos.

(Madre, 23 años, Impitato Cascada, Junín).

1.4.3. Ayuda y trabajo

La identificación de las labores familiares no es clara ni establece una diferencia tajante entre lo que es la ayuda y lo que es el trabajo. A veces chicos y chicas se refieren a las actividades agrícolas como ayuda y como trabajo al mismo tiempo, distinguiéndolas del trabajo remunerado realizado



11 "Hemos traído".

para personas ajenas a la familia. Las tareas agrícolas son vistas como ayuda porque son parte de labores compartidas en familia que contribuyen al bienestar común, aunque también son consideradas como trabajo en cuanto actividad productiva para el sustento económico. Y si bien los padres también comparten esta percepción, en general las tareas domésticas casi no son mencionadas bajo la categoría de trabajo, aunque en unos pocos casos sí, pues consideran que toda labor realizada constituye una forma de trabajo.

Por ejemplo, embolsar esos viveros [de café] es un trabajo, ellos están trabajando para la familia. No les estamos pagando pero de vez en cuando les doy su propina cuando ellos necesitan, eso es ya nuestra voluntad de nosotros como padres para que al menos se sientan tranquilos porque si el chico va y ve que sus amigos tienen y él no, se siente preocupado, no está cómodo. Pero no es mucho lo que se le da, porque cuando se les da demasiado ya se engríen los chicos.

(Padre, 33 años,
Impitato Cascada, Junín).

-Y ustedes, ¿lo ven eso como ayuda, como colaboración, como...?

P3: Como trabajo.

P4: Como trabajo pues, como ayudando.

P4: Como hacemos en la chacra. A su cuenta, mi papá ya es como de mí, a su cuenta yo lo hago, para todos, para mis hermanos.

-¿Pero ustedes eso lo ven como un trabajo?

P1: Ayuda.

P2: Ayuda, sí.

- ¿Eso es diferente al trabajo?

Grupo: Sí.

- ¿Por qué es diferente al trabajo?

P1: Porque ahí, ahí te pagan, en cambio ahí estás ayudando para tu familia.

P2: Es ayuda con nuestra familia, para que nos dé su producto familiar.

(Grupo de varones de 9 a 11 años,
Santa María de Autiki, Junín).

Las niñas y adolescentes que realizan labores domésticas para parientes fuera de su familia nuclear, a pesar de

recibir un pago, se refieren a estas como “ayudas” y al pago recibido como “propinas”, pues el dinero recibido es poco. La consideración de esto como ayuda y no como un trabajo cualquiera, al parecer, no es solo por dedicarse a un pariente, sino por la eventualidad de la actividad, de modo que el pago es visto como una propina, no como un sueldo, que se caracteriza por ser periódico. Quizás a esto se suma que las labores domésticas no son calificadas como trabajo de la misma forma como la actividad agrícola.

P1: Lavar la ropa, cocinar. Lavar la ropa de sus hermanos... yo le ayudo a mi tía, a veces le ayudo a ordenar, tender su ropa, a cuidar su hijo. De ahí viene mi prima, está comiendo... y de ahí me da mi propina (...) a veces me da dos soles, un sol cincuenta... a veces cuando le ayudo bien, todo a ordenar su casa de mi tía, ella se va a cultivar y yo me quedo a ordenar su cama, de mis primos también. A veces como deja a su hijo, yo lo atiendo, le doy de comer, cuando quiere ir al baño yo le llevo.

P2: Yo a veces voy donde mi abuela y le digo “te macheteo tu patio”, ella me dice sí y le hago, le dejo todo limpio y me da dos soles. A veces cuando macheteo bien me da tres soles.

P3: A veces con mi tía vamos y vendemos pulseras en Oxapampa, mi tía me dice que le ayude y yo le ayudo. Cuando ya se está yendo me da mi propina, a veces me da cinco soles, así.

(Grupo de mujeres de 6 a 8 años,
Ñagazú, Pasco).

P1: Sí, de mi tía su bebito de ocho meses, yo le ayudaba a cocinar y a lavar la ropita del chiquito.

-¿Tú le ayudabas o era como un trabajo?

P1: Le ayudaba.

-¿Ella te daba algo?

P2: Sí, a veces cuando no teníamos nada de comer en mi casa, nos daba un poco de víveres y a veces me daba mi propina

(Grupo de mujeres 9 a 11 años,
Ñagazú, Pasco).

Las actividades realizadas en favor de familiares también se califican como ayuda cuando, en efecto, resultan ser un apoyo necesario en situaciones de enfermedad o sobrecarga de trabajo que impiden la normal realización de las labores.

Estas tareas no se limitan al núcleo familiar, extendiéndose a otros parientes como tíos o abuelos, e incluso vecinos. Los niños, niñas y adolescentes sienten que la retribución que reciben por realizar estas labores es afecto, respeto y agradecimiento, aunque eventualmente también les den propinas.

P1: Ayudar es a veces cuando alguien está enfermo, ahí como se llama, por eso, hay que trabajar.

P2: Ah, ayudar, como se llama, a veces se ayuda, y se apoya. Depende, cuando tu mamá no está ya, y tu hermanito chiquitito, le compran su ropita también.

P1: Lo bueno es que, cuando ayudamos en la casa, mi mamá a veces nos... a veces nos da cariño, eso es lo que me gusta.

P3: A veces también nuestra mamá cuando ya no puede ya hacer las cosas, nosotros ya, tenemos que hacer lo que hace nuestra madre.

(Grupo de varones de 9 a 11 años,
Santa María de Autiki, Junín)

P1. Es trabajo familiar.

-¿Reciben algo por hacer todo eso?

P1. Sí, cariño.

P2. Propinas.

P3. Respeto.

(Grupo de mujeres de 12 a 14 años,
Impitato Cascada, Junín)

Así, la realización de las labores familiares se entiende también bajo una lógica de reciprocidad con los miembros de la familia y la comunidad en general, ante quienes es preciso colaborar para ganarse el respeto y la confianza, y para no ser señalado como un “vago”, pues la ociosidad es muy mal vista. Eso nos demuestra que existe cierta idea del deber que hace que la laboriosidad y la solidaridad sean cualidades muy apreciadas, lo que explica la importancia de estos valores en la formación temprana de niños y niñas.

P1: También cuando vas en otra casa a visitar, también tienes que ayudar, ya que llevando leña, trayendo agua...

P3: Para que tengan confianza.

P3: Porque si vas así, no vas ayudar, te van a...

P4: Te van a mirar mal.

P5: Te van a decir vago.

P1: A veces es bueno para ayudar, ayudar a tu vecino, y... te da... y les vamos a ayudar y nos pueden ayudar con agua también, por eso.

(Grupo de varones de 9 a 11 años,
Santa María de Autiki, Junín).

P1: Desde chiquitos debemos aprender para cuando estemos en otra etapa. Para aprender a ayudar, sino por ejemplo cuando viene otra persona y no hace... en mi casa llego alguien de Azuliz, no hacía nada y mi mamá le miraba nomás. Desde chiquito no le han enseñado, por eso mi mamá decía: “aprendan en la casa para que hagan en otro lado”.

(Grupo de varones de 14 a 17 años,
San Francisco, Pasco).

Tanto padres como hijos entienden la ociosidad como el producto de una mala educación familiar que responde a la falta de exigencia y de orientación de los padres. Hay sobre todo en los padres una crítica por un modo de crianza carente de exigencia, control y disciplina, sumado a una falta de diálogo y orientación, aspectos que recalcan constantemente. Así, la laboriosidad y la responsabilidad son valores que se forjan en la familia desde temprana edad como hábitos indispensables para su desempeño social. Cabe recalcar que la ociosidad a la que se referían los chicos y chicas en el testimonio anterior no es una actitud generalizada entre niños y niñas, pero que sí sería más común entre adolescentes, pues la adolescencia es percibida como un período de rebeldía y rechazo a las obligaciones.

El que no ayuda en la casa será porque seguro no le dirá su mamá, no lo orientará su mamá, lo deja nomás a su libertad que se vaya a jugar, a hacer lo que a ellos les parezca; pero ahí también está muy mal, falta de control de ese hogar, falta de disciplina. Tienen que orientarles a los niños.

(Madre, 44 años,
Santa María de Autiki, Junín).

Los que no ayudan a veces es por falta de orientación del padre y la madre, no les enseñan, solo espera que la madre le dé todo, se acostumbran. Por eso es bueno enseñar a los niños en la casa del trabajo,

en el hogar se inicia la educación del trabajo. Ellos aprenden.

(Papá, 44 años,
Santa María de Autiki, Junín).

P1: Yo pienso que en una parte la culpa lo tienen sus padres por no mandarles desde chiquitos. Tienen que enseñarles de chiquito, acostumbrarse. Les han acostumbrado de chiquitos a no hacer nada. Su mamá les cocina, les lava.

P2: Porque cuando estas lejos y si no sabes lavar, ni cocinar, sufres.

(Grupo de mujeres de 15 a 17 años,
San Francisco, Pasco).

1.4.4. La dificultad y el cansancio

El disfrute y la conciencia de la necesidad de las labores familiares de chicos y chicas se transforman con el tiempo. A menudo a mayor edad, y sobre todo siendo adolescentes, las tareas realizadas empiezan a señalarse por el cansancio y la dificultad que implican. Los y las adolescentes expresan su incomodidad ante el trabajo agrícola por las dificultades propias del entorno natural amazónico. Hablan del aburrimiento y el cansancio por el excesivo calor y la presencia de insectos que pueden picarles. A las chicas no solo les aburren y desgastan las labores agrícolas, sino también las tareas del hogar porque implican quedarse en casa. En la adolescencia hay una mayor conciencia de las limitaciones y difíciles condiciones de vida y trabajo en sus comunidades. Esto puede ser influencia de otros espacios sociales como la ciudad y los medios de comunicación, quienes alimentan o crean nuevas necesidades y actitudes frente a las labores agrícolas y al uso de su tiempo. Además, quizás este contacto genere un menosprecio al trabajo agrícola frente a las actividades urbanas que además no demandan tanto esfuerzo físico como las labores campesinas.

P1: A veces nos sentimos tristes, amargos...

-¿Con qué cosas te sientes así?

P1: Con la chacra.

P2: Haciendo la misma cosa pues, a veces no hay tiempo, nosotros nos renegamos, nos cansamos.

P3: Da flojera

P1: Pero cuando ya estamos acostumbrados, ya...

P2: A veces yo me aburro cuando me mandan a mí... ayer he ido.

P3: Yo igual.

P2: Primera vez nos gusta, después ya nos aburre.

P1: Primero nos gusta, luego... nos gusta rozar pero cuando hay sombra pero cuando hay calor, ya mucho calor, ya no quieres.

(Grupo de varones 12 a 14 años,
San Francisco, Pasco).

-¿Qué cosas no les gustan (de lo que hacen en la chacra)?

P1: El calor, las avispas que pican, los mosquitos.

P2: La culebra.

P3: Mi mente está en otra cosa.

- Ajá, cuando piensas en otra cosa, ¿qué cosas te gustaría hacer en vez de estar en la chacra?

P1: Ir a Pichanaki, pasear.

(Grupo de varones de 12 a 14 años,
Impitato Cascada – Junín).

La conciencia durante la adolescencia de estas dificultades (que en la niñez es casi inexistente o no se expresa como tal) es relativizada bajo la idea de la costumbre, es decir, algunos expresan cierta resignación ante las condiciones del trabajo agrícola aduciendo que ya están acostumbrados. Para ellos la costumbre es un motor de realización de estas labores, una idea que a veces aminora la sensación de dificultad, aburrimiento o conciencia del peligro.

P1: Para mí, no es dificultoso.

P2: Ya estamos acostumbrados.

P1: Ya te acostumbras, ya. Tu cuerpo mismo te dice, vete a la chacra y ya sabes, ya.

P2: El cuerpo mismo; por ejemplo, cuando quieres jugar, él solo obedece. El cuerpo también necesita ejercicio.

-¿Y esas cosas que pasan, caídas, golpes, hacen que les guste un poco menos lo que hacen?

Varios: No.

P3: Nosotros lo tomamos como normal, como un juego. Estamos acostumbrados.

P1: Pero yo no... me caigo y ya no sigo. Yo si me caigo del pacae ya no vuelvo a subir.

P3: Pero basta que te caigas y siempre vas a tener cuidado. Del error se aprende.

(Grupo de varones de 15 a 17 años,
Impitato Cascada, Junín)

P1: A mí me aburre ir a mi chacra.

P2: Más que nada ir a la chacra porque es lejos.

P1: A mí me aburre estar en la chacra, el sol, los mosquitos.

-¿Y las cosas de la casa?

P2: Todo eso me gusta porque ya lo tenemos de costumbre.

(Grupo de mujeres de 15 a 17 años,
San Francisco, Pasco).

Los niños yáneshas son más claros al referir algunas dificultades en el cultivo de productos como el plátano, explicándonos detalladamente su proceso de producción. Los niños y niñas asháninkas, en cambio, inciden más en el gusto por las labores agrícolas y no consideran explícitamente que exista algún peligro o dificultad en su realización.

1.4.5. La concepción del peligro

A menudo las ideas de dificultad y peligro en las labores agrícolas de los niños, niñas y adolescentes están íntimamente vinculadas. En general, el peligro es concebido como aquello que puede causarles daño físico pero que es poco habitual dentro de sus actividades pues no hay una clara consciencia de ello.

Al preguntarles directamente sobre lo peligroso, los niños (varones) asháninkas mencionan nuevamente las características naturales de la Amazonía como la presencia de insectos y culebras. Solo en una segunda oportunidad mencionan el uso del machete como potencialmente peligroso por los cortes que puede ocasionar y que de hecho han sufrido. Así terminan reconociendo que la manipulación de estos objetos sí puede ser peligrosa, aunque no les causa mayor preocupación porque no se trataría de cortes o golpes graves para ellos, sino de pequeños accidentes que son parte de sus labores y que nos les causan temor o reserva. Asimismo, para relativizar esta visión del riesgo arguyen que

las herramientas son de diferentes tamaños y que las utilizan de acuerdo a su capacidad.

P1: Acá me he cortado con el chafle [muestra su cicatriz en el tobillo].

Mi hermana estaba macheteando y me ha cortado acá con el machete.

P2: Yo estaba haciendo hueco para achiote y me he hecho herida. Me he hincado mi pie con el machete.

P3: Mi manito nomás con el chafle me he cortado. Otro también, Misael se ha cortado la cabeza.

P2: Levi se ha golpeado con el palo grande en la cabeza. Le han cosido.

P4: Yo me he cortado mi pie.

(Grupo mixto 6 a 8 años,
Santa María de Autiki, Junín).

P1: Ese, a veces, machetear [es difícil] porque hay cantidad de avispa, a veces hay. Y te aburre también.

P2: O también nos puede picar culebras.

P3: No, eso en el monte.

-Entonces es un poquito difícil, peligroso. ¿Y qué más hay en la chacra que puede ser así?

P2: Araña.

P3: Tarántula.

-¿Y les ha picado?

P2: Sí, se nos ha pegado ahí.

P3: No duele nada.

P4: Hay, hay remedios pe', de acá de...

P5: Hierbas, plantas medicinales.

P3: Nosotros nos cortamos también.

P1: A veces vas con botas, y traspasa bota también.

P2: Tanto afilar... a mí también me ha cortado el Esteban.

P3: Así me ha cortado, como se llama, la caña que chupan... lo estoy pegando, yo me metí mi mano un rato, ahí me he volado. Ahí me he cortado y no, ni si quiera me ha dolido.

P2: En el río me he caído, con piedra resbalosa y mi pie se ha... se ha luxado, se ha roto.

(Grupo de varones de 9 a 11 años,
Santa María de Autiki, Junín).

Los niños (varones) yáneshas, en cambio, sí señalaron abiertamente el peligro del uso del machete para cortar plantas de plátano pues han sufrido cortes o saben de experiencias familiares o cercanas. Esta es una diferencia de percepción con los asháninkas pues a pesar de que ellos también han tenido accidentes similares, aunque al parecer de menor magnitud, no vinculan directamente esta actividad con el peligro. Y si bien no tenemos más elementos de contraste sobre este punto, debido a que la comunidad de los niños y niñas yáneshas tiene un mayor grado de conexión urbana que la de sus pares asháninkas, esta diferencia quizás responda a una incorporación de ideas sobre los niños y niñas como seres especialmente vulnerables o poco aptos para la realización de las labores agropecuarias. El estrecho contacto y cercanía de la comunidad Ñagazú con la ciudad de Villa Rica puede proveer de ideas diferentes sobre la socialización infantil, como una etapa marcadamente distinta a las responsabilidades adultas y de especial cuidado y protección.

P1: Para mí peligroso es cortar la hoja de plátano, es un poco seco, si cortas te puedes cortar. A mí me pasó como subiendo al río, acá me he cortado.

P2: Lo más peligroso es el macheteo.

P1: De mi tío, acá su huesito se ha cortado.

P2: A una persona de acá le habían llevado de emergencia porque se había cortado su dedo macheteando.

P3: Para mí lo más difícil también es machetear, porque a mí una vez me había pasado que me corté grande, estaba saliendo sangre. Mi mamá me puso alcohol o agua oxigenada.

P4: Peligroso es, cuando yo había agarrado leña, yo pensé que lo que había agarrado era un poco duro pero era podrido, no sabía, no me había dado cuenta y he agarrado con fuerza y me ha cortado.

(Grupo de varones de 9 a 11 años, Ñagazú, Pasco).

P1: Machetear, a veces nos cortamos. Cortando leña mi vecino también se cortado con el hacha.

P2: Yo tengo miedo ayudar en la chacra a veces y ayudar a cocinar con la candela. En la chacra solo arranco las hierbas con mis manos porque acá me cortó mi primo cuando estaba macheteando. Como yo no tenía chafle, le dije que me corte una caña y de casualidad me cortó.

P3: Yo me corté acá [muestra su cicatriz]. Tengo bicharra (cocina) y cuando he prendido me he quemado.

P4: Yo tengo miedo porque un día me he cortado con machete. Una vez el hacha estaba así, he mirado por otro lado y me he cortado.

(Grupo de mujeres de 9 a 11 años, Ñagazú, Pasco).

Ya en la adolescencia las dificultades del entorno geográfico y el cansancio producido por el trabajo agropecuario son reconocidos abiertamente entre ambos grupos étnicos, identificando algunos dicha labor como peligrosa desde el inicio. En ese sentido, los y las adolescentes tienen una mayor consciencia del potencial peligro del uso de las herramientas punzocortantes, a la vez que saben cuidarse de los animales del monte en donde se ubican sus chacras. Incluso algunos adolescentes hacen una mirada retrospectiva sobre estos peligros potenciales para los niños y niñas. Asimismo, todos los adolescentes varones que ayudan a sus padres a cortar los árboles para el rozo reconocen que es peligroso porque pueden ser aplastados cuando los árboles caen.

-¿Y machetear, desde qué edad?

P1: Eso es medio peligroso para los niños. Desde los 13 años, el que puede nomás. Desde más chiquitos no porque es peligroso. Cuando llegan no tienen su machete.

-¿Y algo que sea peligroso?

P2: Que te cortes y otro es que te pique una serpiente.

-¿Y alguna vez les ha picado una serpiente?

Nilo: No, pero varios casos han pasado a otras personas.

P3: A mí sí me ha picado.

P2: Cortándose sí, eso sí varias veces. Yo tengo bastantes cicatrices.

-¿Y eso qué les parece?

Todos: Peligroso.

P1: Hay que tener más cuidado.

(Grupo de varones de 15 a 17 años, Impitato Cascada, Junín).

P1: Cuando te sale bonito, sí te gusta.

P2: Hay cosas que te gusta hacer pero hay cosas que no porque es trabajoso.

P3: A mí me gusta ir a cazar, a pescar, cultivar. Lo que no me gusta es rozar, es que es monte, no es como para cultivar. Para rozar es monte y a veces te encuentras con monte muy espeso, caen árboles, no se puede. Es difícil. Muy tranca es para entrar.

P1: Corres peligro. Tumban árboles es más peligroso porque a veces hay ramas muertas arriba y te pueden caer.

-¿Hacen eso solos o con sus papás?

P1: Con nuestros papás.

P2: Le ayudamos.

P3: Cultivar, hace mucho calor.

P1: A veces es más peligroso cuando estas en monte porque hay culebras, tigres. Hay malignos... hay almas perdidas.

(Grupo de varones de 15 a 17 años
San Francisco, Pasco).

Los padres piensan sobre el peligro en el mismo sentido que los hijos, solo añadiendo su preocupación por la manipulación del fuego en la cocina cuando los hijos están muy pequeños. El uso de las herramientas y la exposición a los animales en el monte, sin embargo, no parecen ser de particular peligro para un niño, según dicen los padres, sino para la gente en general, lo que solo puede evitarse con la práctica en el manejo de estas herramientas y con el conocimiento del ambiente natural que se hace a través del progresivo aprendizaje y la participación que tanto padres como hijos señalan constantemente. Según testimonios recogidos, las dificultades que se presentan en general tienen que ver sobre todo con el uso de la fuerza, que se va manejando poco a poco por los niños, niñas y adolescentes en la chacra, quienes en principio van acompañados de sus padres hasta que ya pueden hacerlo de manera independiente o con sus hermanos cuando son mayores. Solo entre los yáneshas algunos adolescentes mencionaron usar motosierras para ayudar a sus padres a cortar árboles, además de fumigadoras, lo cual era visto con recelo por algunas madres.

Peligroso cuando es monte real, porque hay unas culebras que pueden picar. Tiene que ser uno limpio para poder trabajar con tranquilidad. Monte real es arriba, acá no hay mucha culebra. Mientras más lejos, hay culebras, parte altura. Kashipairo, son grandes

animalitos, cuando pica arde fuerte, tiene veneno pero no vamos a morir. De acá a un día ya estás ya, medianoche ya no hay su veneno. Es un insecto. Tiene su temporada en el mes de enero, febrero.

(Padre, 42 años,
Impitato Cascada, Junín)

Sí, eso es la poceada, la poceada de yuca cuando se mete el pico y se voltea la tierra. Ellos no pueden, es muy pesado para ellos. Es lo único que no pueden hacer en la chacra. En cambio cortar la hierba, eso sí pueden.

(Madre, 44 años,
Santa María de Autiki, Junín).

En síntesis, el trabajo familiar es importante por su valor económico y formativo. Se incide en los valores de responsabilidad, laboriosidad, reciprocidad y autonomía necesarios para la vida. Una educación familiar dirigida a ello no percibe o relativiza los riesgos en la puesta en práctica del trabajo que es común a todas y todos los miembros de la comunidad. Si bien hay una concepción sobre el peligro ubicado en el manejo de herramientas y en la naturaleza amazónica, este no es motivo de una preocupación mayor que lleve a aislar a los niños, niñas y adolescentes de las actividades familiares. Asimismo, hay ciertas diferencias entre las percepciones de peligro entre los niños y niñas en ambos grupos étnicos que quizás respondan a influencias externas pero sobre lo cual no podemos dar respuestas concluyentes ante la ausencia de mayor información significativa.

2. El trabajo

Para padres e hijos el trabajo, entendido como algo diferente al que se realiza dentro de la familia, es una actividad mediante la cual se obtiene un salario para el sustento propio y bajo el cual se tiene que cumplir con ciertas reglas de horario y productividad, que contrastan con cierto grado de libertad de las labores familiares. Según los testimonios, con trabajo se refieren básicamente al trabajo agrícola por jornal que, en la mayoría de los casos, es el primer empleo que realizan los niños y niñas, quienes empiezan a diferentes edades y de manera muy eventual cuando son más pequeños. Así,

encontramos niños (varones) de 6 a 7 años que al menos una vez han trabajado cosechando frutas, mientras que otros comienzan a los 10 o 12 años, también en la cosecha de frutas o café, o sembrando o macheteando chacras de diversos alimentos. Al igual que en las labores familiares, para el trabajo tampoco importa la edad cronológica, sino la capacidad y las ganas de trabajar, aunque los padres y madres inciden en que la mayoría empieza a trabajar en la adolescencia porque tienen mayores habilidades y fuerza.

12 añitos siempre con su mamá pero ya de 13, 14 años salen solos. Le ve a su mamá, se van 15 días, ayuda un poco y se va. Ya les gusta tener su dinero. Es que a veces nosotros no ganamos entonces ellos van. Lo que nosotros sacamos (de la chacra) vendemos y comemos juntos; pero cuando están jovencitos ellos también quieren tener aparte su sencillo.

(Padre, 38 años,
Santa María de Autiki, Junín).

Mi hijo mayor empezó a trabajar desde los cinco años, se ha ido a cosechar café. Él es bien independiente, se iba y en bolsita llenaba. Le pagaban. El otro todavía no le dejo salir, como era mi engreído, por eso le gusta más la cocina porque siempre ha estado en casa. Ahora sí ya quiere salir.

(Madre, 30 años,
San Francisco, Pasco).

Sobre las diferencias entre el trabajo de los varones y el de las mujeres, estas no son muchas, aunque existe una mayor distinción a medida que llegan a la adolescencia. Por lo general, los primeros trabajos tanto de varones como de mujeres son jornadas agrícolas, habiendo pequeñas diferencias en el inicio del trabajo, en su frecuencia y en las tareas realizadas. Cabe resaltar en este punto que la mayoría de adolescentes han tenido experiencias de migración laboral, lo cual veremos en detalle en otro acápite.

El principal trabajo de los varones es el agrícola y se inicia con labores sencillas como la cosecha de naranjas, mangos, café, kión, achiote, cacao y otros cultivos. También siembran y machetean las chacras en grupo. En la mayoría

de casos se les paga por jornal, es decir, por un día de trabajo (aproximadamente ocho horas), por el que reciben en promedio 20 soles, como referían los niños yáneshas de Santa María de Autiki, aunque al parecer cuando ya son mayores, como los adolescentes de Impitato Cascada, pueden recibir entre 25 y 30 soles, dependiendo del cultivo y del dueño. Otra modalidad de pago, referida por los niños, es por la cantidad de productos cosechados, como 10 soles por el saco de naranja o 5 soles por lata de café. Por otro lado, entre los chicos yáneshas mencionaron un pago regular de 25 a 30 soles por jornal cuando son adolescentes, mientras que los niños que trabajan para conocidos, y al parecer no por jornada completa ni por el mismo rendimiento, podían recibir de 10 a 20 soles.

P1: Yo me iba a cosechar café en Wilmer y cuando estaba cosechando con mi hermano, juntos hemos hecho un costal, una canasta, luego don Wilmer nos ha pagado 20 soles a cada uno. Un día.

P2: Yo le ayudo a mi papá, él ahora está trabajando en (...), por Puente La Sal, arriba allá, un señor donde tiene siete hectáreas de plátano y yo le estoy ayudando cosechando, y me ha pagado 20 soles por dos días.

P3: Había un señor que pagaba 30 o 20 soles, él le ha dicho a mi papá para que vaya arriba. Era pasar peces y también para echar barbasco, yo echaba y también ponía la malla para pasar, en ahí cada pez flotaba y cogíamos. El señor decía que cacemos unos 40, así.

P4: Yo he hecho en la cosecha de café. He ido en Pampa Encantada y hemos cosechado media cuadra con la señora Ana y habíamos terminado, nos había pagado 10 soles. Yo he ido dos días nomás.

(Grupo de varones 9 a 11 años,
Ñagazú, Pasco).

El modo de ingreso al mercado agrícola de los niños, niñas y adolescentes se da de diversas maneras. A veces los vecinos de la misma comunidad o de comunidades aledañas necesitan de personal que trabaje en sus chacras, por lo que buscan peones niños o adultos. En otras ocasiones son los niños quienes buscan o “se pasan la voz” cuando se necesitan jornaleros en algún lugar, sobre todo en época de siembra y cosecha. Cuando son más pequeños, algunos niños (varones) se inician en el trabajo acompañando a sus hermanos mayores o padres que van como jornaleros, quienes los llevan para que

los ayuden. En muchos de estos casos los niños reciben un pago por el trabajo realizado de parte directa del contratista, aunque en otras ocasiones, al ir como ayuda del padre, la paga del menor la recibe este.

P1: Yo me voy a otro lugar y ahí cosechamos, hacemos en cantidad cuadra. Ahí está el papá de mi papá, tiene lo que sobra sus chizitos, fideos, chicles. Nos da algunas veces. Yo cosecho tengo una canastita, ahí cosecho café.

-¿Por eso te pagan?

P1: Le pagan a mi papá.

-¿A ti tú papá te da algo de eso?

P1: No.

(Grupo de varones de 6 a 8 años,
Ñagazú, Pasco).

En otros casos, mientras los chicos más grandes son, como de 10 a 12 años, van en grupos de amigos a trabajar, recibiendo su propio pago por jornal. Conforme van creciendo ya van a trabajar más seguido e independientemente de sus familiares. Muchos piden permiso a los profesores en época de cosecha y siembra de algunos cultivos que coinciden con la temporada de clases, pues pueden ausentarse por una semana o a veces un poco más. Además, aunque no es muy frecuente¹², también pueden realizar fumigación de chacras con “bazuca” y pesticidas químicos.

Las mujeres también trabajan en actividades agrícolas pero con mucho menos frecuencia que los varones. Las niñas asháninkas referían un inicio más tardío que los varones en este trabajo, aproximadamente entre los 10 y 12 años, y casi siempre acompañando a sus mamás y papás. Algunas niñas yáneshas refirieron que empezaron a trabajar en la chacra desde más pequeñas, también acompañando a sus mamás y papás, recibiendo por lo general pagos mínimos directos o indirectos (pagándoseles a los adultos pues ellas iban de ayuda).

Cabe recalcar sobre los pagos recibidos que a pesar de que las niñas y/o adolescentes mujeres trabajen

independientemente, ganan menos en comparación que los varones. Por ejemplo, ya en la adolescencia, cuando trabajan por jornal, reciben unos 5 a 10 soles menos que ellos.

P1: Con mi hermano y mi prima habíamos ido a donde mi tío que tenía cafetal. Ayudábamos a machetear y nos pagaba 10 soles. Una parte hacia mi primo, otra yo, así.
P2: Yo sí, mi papá trabajaba y mi mamá trabajaba en una chacra cosechando caigua y a mí me llevaron con mi hermana. Coseché un costal de caigua en canasta, a veces me sentaba y le ayudaba y el señor me daba 5, 10 soles.

(Grupo de mujeres de 9 a 11 años,
Ñagazú, Pasco).

P1: A veces cuando nuestras mamás están. Por ejemplo, yo no tengo padre, no me apoya; y cuando mi padrastro no está, todavía no cobra, nosotros hacemos trabajos en otros sitios para solventar, vamos a la chacra a cultivar. Jornalear. Cultivamos yuca, achiote.

P2: Cosechar achiote.

P1: Pagan 15 por día.

- A los hombres les pagan distinto, ¿hacen el mismo trabajo hombres y mujeres?

P1: A veces. Hombres y mujeres igual cosechan pero a ellos les pagan más. Pero ellos trabajan más que nosotros.

(Grupo de mujeres de 15 a 17 años,
Ñagazú, Pasco).

Otras de las actividades que realizan las mujeres es la cosecha de frutos (algunas niñas asháninkas lo hacen desde los 8 o 10 años). De igual modo, también trabajan, eventualmente, vendiendo masato o golosinas en Pichanaki, sobre todo en época de fiestas o fines de semana. Por lo general no realizaban esta actividad solas, sino con algún familiar como la madre o la tía. Así mismo, algunas de las adolescentes yáneshas refieren que trabajaban de vez en cuando cuidando bebés de vecinos o de profesoras en la comunidad.

¹² Solo dos adolescentes yáneshas de Ñagazú lo refirieron.

2.1. Motivaciones de inserción al trabajo infantil

Las razones de inserción al mundo laboral señaladas por sus protagonistas son variadas y no se reducen a la necesidad económica del sustento básico familiar. Hay una conjunción de factores económicos y culturales que priman en la inserción al mundo del trabajo infantil. La necesidad de dinero para alimentación y gastos en educación son los factores más evidentes, lo que varía de acuerdo a otros factores como el número de hijos y a la capacidad de ingresos de los padres. Por ejemplo, entre los yáneshas, aunque no registramos muchas experiencias de este tipo, supimos de madres solteras con hijos de diferentes parejas, lo cual puede incidir en la temprana integración de los niños y niñas al mercado de trabajo por falta de sustento familiar.

Pero a la necesidad económica en un contexto de pobreza y precariedad de servicios se suman otras motivaciones también económicas, pero de orden suntuario, producto de cambios culturales en la generación más joven. Así tenemos que entre padres e hijos se expresa el deseo creciente de los más jóvenes por autonomía en la disposición de dinero, sobre todo para adquirir ropa y, en menor medida, otros bienes de su agrado, como dispositivos de música e incluso celulares. Y si bien una motivación importante es también la compra de útiles escolares a inicio del año, en el mismo sentido de lo mencionado líneas arriba, existen testimonios con un especial énfasis por la ropa como marcador de una identidad adolescente que quiere distanciarse de la etapa de niñez en la que los padres elegían la vestimenta de sus hijos. La inserción al trabajo, entonces, está también influenciada por necesidades suntuarias de consumo urbano, quizás por ansias de pertenencia a un mundo moderno en contraste al de sus comunidades. Según los padres, esta relevancia por la ropa de moda juvenil es un cambio más o menos reciente entre los adolescentes de sus comunidades. Así tenemos que estas necesidades y la dificultad de que los padres las cubran, hacen que los chicos y chicas busquen trabajo.

Eso es tempranamente. Ha habido un cambio y ahora por ejemplo por falta de dinero, falta de comida en el hogar. Por ejemplo el chico ve a una persona allá que se ha vestido bien y él también quiere, quiere vestirse, ese cambio ha empezado ahora (...) lo que yo he

visto en esta comunidad es que ellos ganan para ellos mismo, no para la familia; porque ellos dicen: “si mi papá no me ha dado, entonces yo no le voy a estar dando”. Eso es lo que piensan los adolescentes, ya lo ven para ellos solos, ya no aportan. A veces cuando vienen puede ser que aporten pero no en cantidad, hacen un almuerzo nada más porque han llegado ese día.

(Padre, 33 años,
Impitato Cascada, Junín).

Una razón no menos importante, particularmente para las y los adolescentes, es la búsqueda de experiencias en otros lugares y situaciones que les ofrece básicamente el mundo urbano. A medida que crecen, los chicos y chicas buscan salir de la comunidad, vincularse más con la ciudad y ampliar sus conocimientos y desarrollo personal.

P1: Yo mismo decidí trabajar.

P2: Para tener músculos. Progresar. Crecimiento. Ganar experiencia.

P3: Aprendes, ganas experiencia.

(Grupo de varones de 15 a 17 años,
Impitato Cascada, Junín).

Mis hijos quieren salir o ver otro ambiente porque a veces acá en la casa nomás estamos, no se puede tenerle ahí nomás. Él quiere salir, quiere ver algo mejor, salir adelante. Por ejemplo mi hijo Dany se ha ido a Lima a trabajar, él conoce, él sabe. Él otro también. Por eso también, ya se cambian. Me dicen: “mamá, me voy a trabajar”. Se han ido (...) y se han regresado pero ya es diferente, cambian. Van a ser diferentes mis hijos, más despiertos.

(Madre, 46 años,
Impitato Cascada, Junín).

El trabajo entre yáneshas y asháninkas adolescentes es en la mayoría de los casos producto de su propia decisión para la obtención de estos bienes y para un aporte parcial en sus hogares. Por tanto, no existe coacción, obligación o toma de decisión familiar que los lleve a trabajar. Hay un contexto social y cultural, sobre todo en el ámbito económico por una escasez de recursos, que influye en la decisión y que en muchos casos la convierte en una necesidad, aunque según

las familias termina siendo por iniciativa propia. Así mismo, la carencia económica se complementa con la valoración cultural del trabajo, la creación de nuevas necesidades de consumo entre las y los adolescentes y la toma de responsabilidad del sustento propio y compartido en familia. Solo en pocas ocasiones los chicos y chicas señalaron que en un contexto de necesidad, como la enfermedad de algún familiar, fueron enviados por sus padres a trabajar. Por esta decisión e iniciativa, algunos padres destacan la independencia y capacidades de sus hijos e hijas como un valor positivo, aunque no deja de preocuparles que por el trabajo puedan descuidar su educación.

P1: Nos buscan.

P2: Hay veces salimos, hay veces vienen a preguntar.

P1: Yo, yo le he dicho, “mami, quiero ir trabajar”.

P1: Para ganar plata.

P2: Ajá, depende de cada uno.

P3: A veces mi mamá también nos quiere hacer, mi mamá nos hace...

- D: Ah, a veces también les mandan sus papás. ¿Y cuándo es que les mandan sus papás?

P4: Cuando están enfermos.

(Grupo de varones de 9 a 11 años,
Santa María de Autiki, Junín).

P1: Nosotras hemos ido a trabajar a un restaurante.

P2: Como mi papá no tiene lo suficiente, nosotros hemos trabajado desde los 12 años. Algunos hemos ido, pero algunos, a otros no les gusta ir a trabajar. Pero en mi caso yo veía que mi papá no tiene de donde sacar y decidimos ir a trabajar para comprarnos nuestros útiles. Yo empecé a trabajar a los 12.

(Grupo de mujeres de 15 a 17 años,
San Francisco, Pasco).

Solo en pocos casos, niños y niñas de hasta 11 años, aproximadamente, entregan el dinero a sus madres para que se los guarde o le dan una parte para la compra de alimentos, lo que en algunas ocasiones significa darles la mitad de sus ingresos. Mientras más grandes son, tienden más a manejar su propio dinero y menos a entregarlo a sus padres, aunque la mayoría sí aporta con víveres para la familia y, algunos, con productos de limpieza, siendo pocos los que ahorran para casos de emergencia, como enfermedades.

En síntesis, cuando los chicos y chicas trabajan, ellos corren con sus propios gastos. Los padres confirman esto y aseguran que no son capaces de pedirles u obligarles a aportar a la casa, aunque de todos modos los hijos colaboran con alimentos que los padres agradecen y que son producto de su “voluntad”.

P1: Lo que yo ganaba lo ahorra y le daba a mi mamá para que lo guarde. Así ahorra y a veces compraba arroz, fideos para comer. Como mi hermano es chiquito y se orina a veces le compraba su Pampers. A veces para mí guardo 20 soles, como yo trabajaba y me pagaban, me guardaba cinco soles. A veces me compraba mi ropa y mis zapatos.

P2: Cuando me daban plata compraba papa, arroz, fideos. Para mí me compraba mis sandalia, mi ropa. La mitad le daba a mi mamá, la mitad para mí.

(Grupo de mujeres de 9 a 11 años,
Ñagazú, Pasco).

P1: Lo guardábamos.

P2: A veces cuando nos enfermábamos, comprábamos medicina, y eso cuesta, cuesta 32, 35.

P3: Comprábamos ropa.

P4: Y para nuestros estudios.

P1: Para comprarnos útiles para las vacaciones.

P2: Lo único nomás, ropa.

- ¿Y lo que ganan, también aportan a su familia?

P3: Claro, siempre. Víveres.

P2: En mi caso yo le daba a mi mamá y ella ya sabía qué comprar, qué falta en la casa. Una parte a mi mamá, una parte para mí, si queda.

(Grupo de varones de 15 a 17 años,
Impitato Cascada, Junín).

Solamente mi hijo Esteban que ganó me dio su platita y me dijo que con eso vamos a comprar víveres pero que le dé yo también para que se compre sus zapatillas. Le he dado sus 10 soles para que se compre. “Eso nomás yo quiero, mamita, para comprarme”.

(Madre, 44 años,
Santa María de Autiki, Junín).

Es para ellos nomás. A veces la juventud va donde su madre, le dan una cosita. Siempre traen con víveres a su mamá, es su voluntad. A veces es, no siempre. Más se compran su ropa (...). Nosotros más bien cuando ellos ya empiezan a tener su trabajito es ya para ellos mismos porque no le debemos quitar, ellos necesitan para que puedan vivir, solventar la vida, comprar su ropa y sus alimentos.

(Padre, 44 años,
Impitato Cascada, Junín).

Para los padres, esta decisión sobre el trabajo es un alivio de los gastos que, de otro modo, tendrían que cubrir ellos. Vimos en el acápite anterior que en algunos casos la primera experiencia de trabajo agrícola remunerado durante la niñez es en compañía de sus padres, de modo que la incursión laboral es consentida e incentivada por ellos porque es un aprendizaje y una ayuda a la economía familiar.

Con mi hijo he salido a cosechar cuando él tenía nueve añitos, los dos juntos hemos ido, pero él me decía: "mamita, yo me hago mi plata". Yo le decía: "tú eres un niño, ¿qué vas a poder?". Todos se sorprendían, el señor donde iba a trabajar me decía: "señora, pero él es niño, mi hijito así todavía no trabaja, él está en la casa, solamente juega, no sabe hacer nada pero este niño, ¿por qué tú tienes que hacerle trabajar?". Y mi hijito le dice: "No, mi mamá no me exige, sino que yo quiero trabajar, yo quiero tener plata para darle a mi mamá". Ya bueno, le dieron su canastita de café para que coseche y él cosechó. Increíble, hemos hecho una semana y él ha hecho sus 68 soles porque diario sacaba cuatro a cinco latas de café, un niño de nueve años. Entonces, como su papá no para mucho en la casa porque se va trabajar a otro sitio porque a veces falta [dinero] en la casa, vamos con mi hijo a trabajar.

(Madre, 44 años,
Santa María de Autiki, Junín).

Acá mismo en la comunidad le dan trabajito en cultivo de café para machetear. De jornal. Es una ayuda para la familia porque con la platita que gana compramos algo para sustentar. Desde los 14 años, él quería salir a trabajar para tener su propina porque a veces su

papá no le daba. Me da a mí y una parte él. "Compra algo para comer", me dice.

(Madre, 32 años,
Ñagazú, Pasco).

Cuando los hijos llegan a la adolescencia, para algunos padres el trabajo de estos ya no es solo una necesidad sino una responsabilidad, pues ya tienen la capacidad de mantenerse por sí mismos, ya no estando al tanto de lo que necesitan como sí lo hacían cuando eran pequeños. Las y los adolescentes, según opinan los padres, ya pueden solventarse con su trabajo.

Ellos ya quieren ganar algo, tener su platita para que se puedan mantener, comprar su ropa, vestirse. El padre ya no, ya son mayores ya, ya pueden buscarse la vida, solventarse.

(Padre, 44 años,
Santa María de Autiki, Junín).

Nosotros nos hemos acostumbrados porque necesitamos. Por ejemplo nosotros tenemos siete hijos y no alcanza, necesito. No alcanza para que estudien, ellos mismos también salen. Sábado, domingo y feriado salen aunque sea para que coman, para sus útiles.

(Padre, 38 años,
Santa María de Autiki, Junín).

2.2. Migración laboral

En la adolescencia, chicos y chicas empiezan a migrar en busca de empleo temporal. Usualmente, la primera experiencia de trabajo remunerado entre los varones es agrícola, no solo en su comunidad sino también en distritos cercanos, con un tiempo de duración relativo: a veces van por un par de días y en épocas de alta demanda, como de siembra o cosecha, pueden irse desde una semana a un mes. Algunos adolescentes asháninkas se dirigen a Pichanaki y Satipo, que son las ciudades más cercanas, mientras que otros, incluso más pequeños, empiezan a salir también a La Merced, Junín o, con mucho menos frecuencia, a Lima, casi siempre mediante redes familiares o de amigos

en cuyas casas se quedan o sirven al menos de nexo para conseguir un empleo temporal.

Las y los adolescentes yáneshas migran en primer lugar a comunidades y localidades aledañas como Loma Linda, Raya, Pichanaz e incluso un par de niños iba a trabajar hasta Satipo y Pichanaki. De igual modo, algunos van a Villa Rica y Lima, pero son pocos. En la capital y el resto de ciudades los trabajos son más variados, los chicos pueden trabajar en construcción, mecánica, como lustrabotas, como ayudantes en puestos de venta o cargadores de mercadería en diversos negocios. Algunos adolescentes yáneshas manifestaron trabajar eventualmente cortando madera para aserraderos en otras comunidades y en Ñagazú una madre comentaba que algunos también sacaban madera para cajonería. Hay que considerar que la migración laboral se da sobre todo en época de vacaciones escolares, cuando los chicos y chicas cuentan con más tiempo para dedicarse a trabajar.

P3: Yo sí, a pastear a... Junín. Es, en vacaciones... un mes no más, de ahí me quedo acá.

- ¿Cómo, te vas tú solito o cómo...?

P3: Con mi hermano, mi hermano mayor.

P4: Yo también, yo en vacaciones me voy en Huachiriqui, a veces para entrar ahí, ayudar a machetear a mi tía.

- D: ¿Te pagan?

P4: Sí.

P5: Yo también, su tío, de mí es mi primo, ahí también voy.

P4: Hay veces tienen varios, para machetear, naranja, carambola... cafetal, después achiote, después cacao.

(Grupo de varones de 9 a 11 años,
Santa María de Autiki, Junín).

P1: Yo he hecho achiote.

P2: Yo cosechando café en Villa Rica.

P1: Yo he ido a Satipo.

P3: Yo he ido a Pichanaki.

P1: Yo he ido con mi papá a Satipo a trabajar. Iba a la chacra a cosechar achiote y café.

P3: Yo con mi mamá he ido a Pichanaki, ahí estaba su familia y le ayudaba a cosechar. No llenaba una lata pero le ayudaba a mi mamá y nos daban algo.

P3: Yo de seis añitos. Yo iba con mi mamá, le ayudaba y ella me daba una propina. A veces no me daba y yo me renegaba, le pedía trabajo a ese señor y me pagaba. Me daba cinco soles, yo no sabía cuánto era plata. Como yo avanzaba poquito, por kilo. Hacían cinco kilos, ya me daba cinco soles. No sabía de plata.

P1: Yo trabaja desde las 8am hasta las 4pm. Me pagaban 20 soles por día. Eso fue en Satipo (...) yo me fui un tiempo a trabajar. De seis años (...) yo me he ido a trabajar en Lima, en restaurante. Iba a entrar pero al final no, no había trabajado. Pero en la casa de mi tía le ayudaba a lavar la ropa, me pagaba 10 soles por el día.

(Grupo de 12 a 14 años,
San Francisco, Pasco).

En Impitato Cascada conocimos a dos hermanos asháninkas de 15 y 17 años que el año anterior migraron para trabajar en Lima. Ellos ya habían trabajado previamente como jornaleros, e incluso uno había sido mozo en una pollería en Pichanaki, pero producto de la plaga de la roya, que acabó prácticamente con todos los cafetales de su familia, tuvieron que buscar empleo mucho más lejos de su comunidad. Por medio de un pariente consiguieron trabajo de talleristas de ropa en Gamarra, trabajando uno de ellos, además, como cocinero en un restaurante de caldo de gallina. Quizás por la experiencia de meses de trabajo en Lima ambos muestran muchas diferencias de actitud, desenvolvimiento y expectativas a futuro en comparación con sus compañeros de clases. Ambos nos manifestaron que volverán a irse a trabajar las siguientes vacaciones escolares y que ya no quieren volver a su comunidad, pues desean quedarse a estudiar y trabajar en Lima.

P1: Recién este año hemos ido. Yo trabajaba varias veces, primero de costurería, de lunes a sábado, y el domingo entré en caldería, donde venden caldos.

- ¿No descansabas?

P1: No, casi mucho no descansaba. Más que nada paraba en mi trabajo, a veces entraba desde la 1 hasta las 10, en el otro entraba hasta las 12.

(Grupo de varones de 15 a 17 años,
Impitato Cascada, Junín).

En el caso de las mujeres, estas también migran por trabajo temporal, aunque la actividad agrícola es reducida para ellas, por lo que se dedican especialmente al trabajo doméstico.

Por ejemplo, algunas niñas de Ñagazú que tienen familiares en otras comunidades yáneshas, como Pichanaz u otros sectores como Loma Linda y la Raya, realizan trabajos domésticos y de cuidado de bebés de sus parientes. Por la frecuencia y cantidad del trabajo, que dura toda o casi todas las vacaciones, las niñas se refirieron a esta labor como “trabajo”, a diferencia de cuando al principio nos hablaban de las “ayudas” en las labores del hogar de sus tías o vecinas, de quienes recibían propinas.

P1: Yo sí trabajo en Loma Linda, me dejan para cocinar, me llaman, me dice que cocine mi tía. En vacaciones es, me pagan así 10 soles para comprarme mis víveres. Cada día me está llamando, cuando está ya cocinado, le lavo sus cosas, después descanso y me voy.

P2: Cuando no tenía víveres me compraba, también ahorra mi plata, trabajaba cuidando bebés en Pichanaz. Todos mis trabajos han sido en Pichanaz, acá no, como no conozco, recién he venido en marzo o febrero.

- ¿Desde cuándo empezaron a hacer estas cosas por las que les han pagado?

P2: Yo empezaba de seis o siete años, a veces le ayudaba a mi tía a cocinar, lavar la ropa y me pagaba. A veces seguido hacía almuerzo y cena y me pagaba 10 soles. Y para lavar la ropa a veces me daban cantidad y me pagaban 15, 20 soles mi tía.

(Grupo de mujeres de 9 a 11 años, Ñagazú, Pasco).

Las adolescentes asháninkas y yáneshas generalmente trabajan en restaurantes, puestos de venta y dando otros servicios en las ciudades cercanas. Un grupo reducido iba a Lima a trabajar cuidando bebés o en la limpieza del hogar de alguna conocida o familiar, como algunas niñas asháninkas y yáneshas entre los 10 y 12 años. Lo más saltante del trabajo doméstico en Lima, como otros trabajos para los varones, es que se obtiene a través de familiares y amigos, pues en ningún caso es producto de una búsqueda en la ciudad, sino de un acuerdo previo en sus comunidades u ofrecimiento de personas cercanas. Al parecer, como no se dedican frecuentemente al trabajo agrícola como los varones, las mujeres tienden a trabajar más tempranamente en las ciudades pues hay una mayor



oferta de trabajo ahí que en las zonas rurales como sus comunidades.

P1: Una vez he ido para visitar a mi familia y ahí me han agarrado para cuidar un bebito.

- ¿Cuidar como ayuda o era un trabajo?

P1: Era un trabajo.

- ¿En vacaciones de enero qué haces?

P1: Me he ido a Lima para cuidar a un niño.

- ¿Cómo conseguiste ese trabajo?

P1: Porque de mi mamá su amiga era un señor, como su esposa estaba trabajando, al bebito yo le cuidaba. Todas las vacaciones.

(Grupo de mujeres de 12 a 14 años,
San Francisco, Pasco).

P1: En Lima yo trabajaba, mi tía me llevó a un trabajo para cuidar bebé en mis vacaciones.

P2: Yo me he ido a Lima y trabajé en casa, ayudando a cuidar a su hijito de un conocido.

- ¿Cómo fue que empezaron a trabajar en eso? ¿Cuántos años tenían?

P1: La primera vez en Lima tenía 11 años. Cuidaba bebitos, siempre he trabajado cuidando bebitos.

P2: Yo empecé cuando tenía 10 años cuidando niños. Como yo no tengo apoyo de mi papá, yo misma voy a trabajar, yo misma me compro mis cuadernos, mis cosas y vengo acá

(Grupo de mujeres de 15 a 17 años,
San Francisco, Pasco).

Si bien las adolescentes de Impitato Cascada aún no han ido a Lima a trabajar, sí quisieran hacerlo. Algunos chicos y chicas han estado en Lima por el intercambio educativo que existe entre su escuela y el colegio José Antonio Encinas, una prestigiosa escuela alternativa de la capital. Esta experiencia se da una vez al año entre alumnos del 6to grado de primaria, por una semana, a modo de intercambio vivencial que genera en los chicos y chicas de la comunidad un deseo de volver y tener más contacto con la ciudad.

Por otro lado, profesores y padres de familia de la comunidad Impitato Cascada expresaron su preocupación por un trabajo que al parecer realizan algunas adolescentes asháninkas

en ciudades como Pichanaki, Satipo y Masamari: el trabajo en bares. Dicho trabajo es mal visto por los adultos de la comunidad pues consideran que los bares son lugares de desenfreno, libertinaje y alto consumo de alcohol que “malogra a las chicas”. Es más, aunque muchos no lo dicen explícitamente, su mayor crítica y censura es a una posible dedicación de las mujeres a la prostitución, pues afirman que las chicas que trabajan en bares no son “decentes”. Por lo delicado del tema se daban referencias muy imprecisas sobre este tipo de trabajo, señalándose como algo que sucede, sobre todo, en otras comunidades o que se conoce por terceros. Sin embargo, es una preocupación latente por el posible destino de algunas chicas que salen a trabajar a la ciudad.

2.3. Percepciones de las desventajas y el peligro en el trabajo infantil

Según los padres y los hijos, las desventajas y el peligro del trabajo agrícola son los mismos que para las labores familiares: riesgo de cortes y caídas, de ser picado o mordido por algún animal peligroso del monte amazónico, etc., a lo que le agregan el peligro de cortes y golpes durante el rozo, que por lo general no fue mencionado entre las labores familiares pues esta tarea recae principalmente en los adultos, mientras que los hijos ayudan, a pesar de que esta actividad también sería parte del trabajo remunerado de algunos adolescentes. Un pequeño grupo de yáneshas de San Francisco trabajan además, eventualmente, ayudando a cortar árboles para sacar madera, para lo cual a veces usan una motosierra. El uso de esta herramienta no es visto como peligroso pero sí la posibilidad de ser aplastado por los árboles cuando caen, por lo que son especialmente los adultos quienes se dedican a esto por su mayor fuerza y habilidad, mientras que los más jóvenes trabajan colectivamente, ayudan o se encargan de árboles menos pesados. Si bien los padres no hicieron ninguna referencia a este tipo de trabajo, en Ñagazú una de las madres comentó que algunos chicos cortaban madera para elaborar cajones de frutas, no directamente de los árboles, pero que quienes se dedican a eso eran principalmente jóvenes, no adolescentes.

P1: A veces tronqueamos.

P2: Bajando madera.

P1: Troncan así, que trozan árboles y eso lo venden para tabla.

P2: Lo que van a aserraderos esos troncos.

P3: Cualquiera puede hacerlo.

- ¿Qué usan para eso?

P1: Palanca, carreta.

P2: Motosierra.

P1: Pero nosotros no usamos eso. Por jornal es 30, 35. Es que es más pesado. Hombres nomás van.

P3: Fuerza necesitas.

P1: La ventaja es que es un poco más fácil y ganas plata. La desventaja es que corres peligro de aplastada.

P2: Es traicionero. Hay personas que les ha aplastado.

No hay facilidad para saltar o correr. El tronco viene.

A veces cuando estas desprevenido no lo puedes esquivar.

A veces estas cortando, el tronco se mueve.

Eso se hace en pura bajada, en pampa hay pocos.

Hacemos en grupo, con motosierra.

(Grupo de varones de 15 a 17 años,
San Francisco, Pasco).

Trabajos peligrosos para niños y adolescentes es cuando empiezan a rozar para quemar porque a veces en el rozo primero tienes que choclearle y luego tienes que tumbarle; y a esa edad de 12 o 14 años es peligroso porque puede que se tumben el árbol y le caiga encima, muchas cosas pueden suceder. Otra cosa es cuando usan la motosierra y son muy niños, eso es peligroso.

(Madre, 44 años,
Santa María de Autiki, Junín).

Además, algunos afirman que una desventaja tanto del trabajo en el campo como en la ciudad es que el trabajo puede ser muy pesado, sobre todo para niños y niñas, y que se corre el riesgo de que los engañen con los pagos, como a veces ha ocurrido, particularmente a los más pequeños.

P1: La ventaja es cuando nos pagan cuando ayudamos a algunos vecinos. La desventaja es cuando macheteamos nos cansamos, no nos pagan.

- ¿A veces no les pagan cuando trabajan?

P1: No, algunos señores. Mi hermano Ángel cuando estaba, macheteaba... lavaba carros por Villa Rica, ahí hay un lavadero de carros, ahí le pagaban cinco soles, dos soles, así nomás le pagaban. A veces no le pagaban.

P2: La ventaja es cuando ayudas a alguien, trabajas, te pagan. La desventaja es cuando ayudas a trabajar y te dan grande el lote como de acá hasta allá para que macheteas, a veces te cansas y no acabas, y los señores no te pagan, te pagan menos.

P3: Lo bueno es que te pagan a veces 15 o 20 soles, lo malo es cuando trabajas, a veces cobras y al día siguiente ya no te pagan. Cuando vas a cobrarle a su casa ya no están, se van.

(Grupo de mujeres de 9 a 11 años,
Ñagazú, Pasco).

A veces no les pagan como se debe, poco nomás. No les pagan como a un joven mayor. Esos chicos adolescentes, los contratistas y los que buscan personal saben que ellos son jovencitos y no se les paga lo mismo que se le paga a un mayor. Les pagan menos.

(Madre, 27 años,
Impitato Cascada, Junín).

Por ejemplo les ofrece 30 soles. La primera semana les pagan bien le ve que trabaja bien el chico y le dicen que se quede más días o permanente, un mes. Entonces el chico por querer ganar más, se queda, cumple un mes y después le dicen "sabes qué, te doy la mitad; por lo otro vienes pasado mañana". Y así los pasean. Los chicos se van a comprar su ropa, vuelven a cobrar y les dicen que no hay, se hacen el tercio.

(Padre, 33 años,
Impitato Cascada, Junín).

Debemos tomar en cuenta que las desventajas y peligros del trabajo en la ciudad no se ubican particularmente en la actividad laboral misma, sino en ciertas características del contexto urbano como la inseguridad, los accidentes de tránsito, la delincuencia y los gastos que la ciudad demanda. Esta realidad urbana es percibida tanto por los padres como

por los hijos como una desventaja frente a la tranquilidad y el menor costo de vida en sus comunidades. Además, para los padres el peligro se concentra en la ciudad, especialmente en Lima, por ser un espacio potencial de “perdición” para los jóvenes, donde abunda el consumo de drogas, el alcoholismo, el pandillaje y los “malos amigos”. Hay que recordar también que esta visión de la ciudad se expresa en la preocupación y censura de los padres asháninkas sobre el trabajo de chicas en bares de Pichanaki y Satipo.

P1: En la ciudad sí hay varias desventajas, no es como aquí, aquí tienes más ventajas.

- ¿Qué desventaja tienes en la ciudad?

P2: Que te roben, que te boten del trabajo si es que no sabes, a veces tampoco no tienes dinero y no tienes qué comer, a veces si no te pagan, no sabes dónde dormir, para tener el alquiler, necesitas tu sueldo, tu pasaje, varias cosas.

(Grupo de varones de 15 a 17 años,
Impitato Cascada, Junín).

Salen a Pichanaki también. A veces los malos amigos también se juntan y se van a la perdición, ya no vuelven a la comunidad. Para divertirse se van a las discotecas que están en todo lugar de Pichanaki, ahí se van. Una vez que conocen eso, ya no vuelven, va a trabajar solo para eso. Pero hay otros que piensan en trabajar, vuelven a su hogar. Acá hay muchos jóvenes que se han ido a la perdición porque nunca se han sentado a conversar con sus padres... ellos no le hablan de su educación, que lleguen a una meta.

(Padre, 33 años,
Impitato Cascada, Junín).

Depende de la madre y el padre porque hay chicas que salen no solamente a trabajar sino que, por ejemplo, sería bueno que salgan a trabajar en una casa o en una tienda, eso es bueno, ahí aprendes. Pero algunas salen a trabajar directamente al bar, eso para mí está mal, muy mal. Hace quedar mala imagen a la comunidad, tanto como asháninkas que somos. Hay algunos padres que saben que sus hijas están en los bares pero para ellos ni les va ni le viene. Algunos padres son así, saben. Hay otros padres que

no saben, algunas chicas salen sin pedir permiso, se pierden, se escapan. Eso está muy mal.

(Padre, 45 años.
Impitato Cascada, Junín).

La migración laboral a las ciudades preocupa a los padres por la posibilidad de que sus hijos abandonen los estudios para dedicarse enteramente al trabajo. Muchos padres anhelan la profesionalización de sus hijos para salir de la pobreza y temen que la rutina de trabajo y el “gusto por el dinero” frenen la proyección futura de sus hijos. Así, el dinero también puede aparecer como un elemento de “perdición” en la juventud cuando se antepone a los objetivos de largo plazo como la educación. De hecho, la atracción por la ciudad, junto a las ansias de obtención de dinero, son factores que alientan el trabajo infantil ya sea en la ciudad o en el campo. A continuación presentaremos testimonios de padres que mencionan algunas experiencias de chicos y chicas de sus comunidades que dejaron la escuela por trabajar en la ciudad, siendo que durante la adolescencia el deseo por salir de su comunidad se manifiesta con más fuerza.

Ya tienen su platita, y así es cuando se malogran, los niños de la comunidad que salen a trabajar a otros sitios en cosechar café, o por ejemplo ahorita que están en la cosecha de kión, ya se dedican a eso y quieren tener más plata que en el estudio, ya se olvidan de estar estudiando, ya no quieren estudiar. Quieren ir nomás a trabajar, tener su plata y salir afuera.

(Madre, 46 años,
Impitato Cascada, Junín).

La ventaja es que ellos van a ganar su plata semanal o mensual pero yo no quiero que mi hijo se pase todos los días trabajando y trabajando. Yo quiero que mi hijo también él mismo tenga y también pueda manejar gente. Yo le digo que si estudia bien, como acá hay chacra, puede ser ingeniero agrónomo, él mismo va a trabajar en la chacra, va saber y él mismo va buscar gente y mandar. Hay otros que les gusta la plata e irse a las fiestas, por eso quiere tener su plata

para gastar, invitarles a las chicas. Dejan de estudiar para trabajar.

(Madre, 30 años,
San Francisco, Pasco).

No sé, la plata lo llama. Cuando tenía 14 años, ya quería irse a vivir a otro sitio. Así sucede con varias acá, se van así esa edad. Niños de acá se van, cuántos. Trabajan, dejan de estudiar. Acá hay varias chicas que no estudian. Se han ido, o se van al monte a cazar el animal. No saben qué hacer ya, quieren salirse de su casa. No quieren saber nada de la escuela, mi hijo estaba así pero ha cambiado bastante. Su papá le ha hablado que estudie, le dice que eso va ser para él, le va a servir.

(Madre, 32 años,
Ñagazú, Pasco).

En general, hay en los padres yáneshas y asháninkas una constante por ubicar el peligro del trabajo en el entorno en donde se lleva a cabo en vez de en la actividad misma. Lo vimos para la actividad agrícola, sea esta familiar o remunerada, que tiene como escenario el ambiente inhóspito de la Selva, además del uso de herramientas que, sin embargo, es relativizado o no causa mayor preocupación. El peligro del trabajo en la ciudad también incide en la ciudad misma como un espacio inseguro, de peligro físico por los robos y accidentes, pero también por albergar distractores y elementos de perdición que alejarían a chicos y chicas de la proyección futura que tienen sus padres para ellos.

3. Recreación y relación con el mundo urbano

Las formas de recreación de los niños y niñas, tanto asháninkas como yáneshas, se basan en juegos colectivos entre hombres y mujeres, deportes como el vóley y el fútbol, los paseos al río para pescar y bañarse, y en sus propias chacras donde trepan los árboles y buscan frutos que comer. Un ámbito importante en su recreación también es el consumo de medios de comunicación como la música, los programas de televisión y las películas. El consumo musical entre los niños y niñas de Santa María de Autiki es común al

de sus pares urbanos, quienes escuchan reguetón y cumbia tanto de la radio local como de CD y USB que compran o graban en Pichanaki. Los niños y niñas se reúnen de vez en cuando a ver películas de acción y series locales en DVD, puesto que solo pocas familias tienen televisor y antena de cable. Entre las series locales vistas cuando van a la ciudad, u ocasionalmente en DVD, están *Esto es guerra*, *Combate* y *Al fondo hay sitio*, muy populares entre niños, niñas y adolescentes. Tanto adolescentes asháninkas como yáneshas gustan de estos programas juveniles por su valoración de la competencia y el ejercicio físico. Además, un par de chicas yáneshas enfatizaban su admiración por las participantes de estos programas debido a su apariencia física, así como su deseo de ser como ellas. Tenemos entonces que los niños, niñas y adolescentes resaltan, producto de la admiración de estos modelos mediáticos y su preferencia por sobre otros referentes similares, la belleza física y la juventud como “valores” a seguir.

P1: Esto es guerra.

P2: Combate no. En Esto es guerra están modelos más bonitos que en Combate. Esto es guerra es más bonito, Combate es bien aburrido.

P1: Hacen bonitos juegos.

P2: En Esto es guerra son más jóvenes, en Combate todos son viejos [risas].

P1: Vemos novelas.

P2: Novelas hindúes. De música puro Corazón Serrano.

P1: A mí me gustaría ser modelo como las chicas de Esto es guerra.

P2: Yo también.

- ¿Por qué?

P1: Porque son bonitas y tienen bonito cuerpo.

P2: Modelan bonito.

(Grupo de mujeres de 12 a 14 años,
San Francisco, Pasco).

Existen diferencias de frecuencia en el consumo mediático entre los niños, niñas y adolescentes de las comunidades yáneshas y asháninkas según el grado de conexión con las ciudades y el acceso a medios de comunicación. Por ejemplo, los niños y niñas yáneshas de Ñagazú cuentan con electricidad en sus comunidades, mientras que los adolescentes de San Francisco no tienen señal de

telefonía celular ni fluido eléctrico. Sin embargo, al igual que los adolescentes asháninkas, los yáneshas acuden frecuentemente a las ciudades donde adquieren y consumen música, programas de televisión y películas de consumo global, como los de origen indio y coreano, por poner un par de ejemplos. Algunos de quienes viven lejos de la ciudad, como los adolescentes de San Francisco, van a veces los fines de semana a Villa Rica, quedándose en casa de familiares o alquilando cuartos durante su estadía.

P1: [Escucho] baladas, cumbias, reguetón. Bajamos en memoria de USB cuando vamos a Villa rica. Escuchamos radio. Acá no hay tv, había un señor nomás que tenía su portátil y ahí veíamos.

P2: Me gusta jugar, voy al río a bañarme. Me gusta leer, tengo varias obras que me he comprado. Escucho música. Salimos a Villa Rica a pasear. Porque a veces estando acá ya te aburres.

- ¿Tienes familia en Villa rica? ¿Tienen dónde estar o están paseando en la calle?

P2: Tengo familia allá, llevo ahí. Otros que no tienen familiar se quedan en hotel.

P1: Yo no tengo familia allá, alquilo cuarto y ahí me quedo. Veo tv o salgo un rato. Más me gusta ir los domingos, voy temprano y vengo tarde. Vemos películas de actores famosos, los que ganan Oscar. Películas de adrenalina y acción. Novelas coreanas también, hindú. A mí me gusta Esto es guerra. Antes me gustaba Combate, ahora me gusta más Esto es guerra.

(Grupo de 15 a 17 años,
San Francisco, Pasco).

Sobre el uso de las herramientas tecnológicas actuales, cabe recalcar que si bien gran parte de los adolescentes yáneshas y asháninkas poseen celulares donde escuchan música, su uso del Internet se reduce a sus visitas a ciudades como Pichanaki, en el caso de los asháninkas, y Villa Rica, en el caso de los yáneshas. El uso de esta red es un poco mayor en los niños varones que en las mujeres. Y si bien encontramos que algunos chicos consumen juegos de computadora en las cabinas de Internet, valga decir que no nos centramos en los adolescentes de Ñagazú, sino en los niños. Una profesora comentó que meses antes un grupo de estudiantes de secundaria de la comunidad se compró tablets a crédito en una importadora que les había ofrecido

un precio especial por promoción. Esta anécdota muestra el claro interés e inserción de los adolescentes en el consumo tecnológico, al igual que la mayoría de sus pares urbanos en nuestro país, independientemente de su origen étnico y cultural. Así tenemos que el uso de Internet es mayor entre las y los adolescentes, especialmente en algunos varones mayores por el consumo de juegos en red y redes sociales, como Facebook, para comunicarse con amigos y familiares de Lima u otras ciudades.

En Impitato Cascada, donde nos centramos en los adolescentes asháninkas, el consumo de medios es aún mayor pues más familias cuentan con televisión y antena de cable. También consumen programas y películas en DVD, incluso un grupo de chicas dijo gustar de las novelas coreanas que son muy populares entre diversos grupos de jóvenes urbanos. Aquí gran parte de los adolescentes poseen celulares, a pesar de que en la comunidad no se capta la señal de telefonía (por ello los usan casi exclusivamente cuando van a Pichanaki de paseo o por compras con sus padres los fines de semana, sobre todo en vacaciones). La música más popular entre los jóvenes asháninkas también es la cumbia y el reguetón, aunque algunos agregan el rock y, sobre todo las chicas, el pop y las baladas. También pasan su tiempo haciendo deporte, yendo al río, algunos pasean en bicicleta, pescan, etc.

En suma, los niños, niñas y adolescentes tienen, sobre todo mientras más grandes son, un contacto fluido con el mundo urbano y el consumo mediático y tecnológico dirigido al público juvenil de diversas ciudades del país. El uso de aparatos electrónicos y el consumo de medios tienen un lugar visible en la socialización de los adolescentes, implicando un gasto importante para personas que trabajan eventualmente, cuyo sueldo no es alto, sobre todo porque optan por comprar un producto como el celular al que solo le pueden dar un uso limitado, escuchando música, por ejemplo, o solo los fines de semana cuando acuden a las ciudades, pues es recién ahí donde tienen señal. Las imágenes e ideales que expresan las películas y los programas de televisión dirigidos al público juvenil, por ejemplo los que transmiten una fuerte valoración de la apariencia física, parecen tener cierta influencia en los adolescentes pues estos se preocupan más por su apariencia personal y la adquisición de ropa, aumentando

además sus ganas de salir de la comunidad, mostrando también un rechazo progresivo a las reglas y a las labores familiares, lo que los padres asumen como rebeldía. Sería interesante profundizar en la influencia del mundo urbano en las aspiraciones de los niños, niñas y adolescentes, y su posible relación con el trabajo infantil.

Por otro lado, a través de dos testimonios hemos observado que la experiencia de trabajo en Lima puede tener una influencia positiva en las aspiraciones de los adolescentes. Como vimos, dos hermanos muestran una actitud y expectativas diferentes a las de sus compañeros tras una breve estadía laboral en la capital, a donde piensan migrar definitivamente. Uno de ellos habla de “su proyecto de vida”, aludiendo a sus metas profesionales, e insistiendo en su distancia de lo que él entiende como el pensamiento de los miembros de su comunidad: “Yo nací en Impitato pero no soy Impitatino porque la gente de acá se queda, se conforma, no quiere salir adelante, quieren estar acá nomás, no piensan en mejorar”.

Es interesante que el citado adolescente establezca diferencias entre una lógica de pensamiento en la comunidad y otra fuera de ella, vinculada a la ciudad, donde dirige sus expectativas de superación. Así toma distancia del conformismo que atribuye a su comunidad y se ubica como parte de un cambio. Llama la atención que esta idea sea la misma que tienen los colonos de la región y otros miembros de identidades estatales o privadas que trabajan en la zona con nativos asháninkas, a los que señalan tal cual este adolescente lo hace: como “conformistas”, que “no buscan progresar”, que “solo quieren tener más hijos y estar en su chacra”, que “esa es su vida”. Si bien no podemos concluir que la postura del adolescente se trata de una influencia directa de la ciudad, pues puede haber diversos factores, la coincidencia con sus constantes visitas a ella para trabajar no parece casual. Además, este mismo discurso también fue repetido por algunos padres más jóvenes, aunque pocos, a manera de crítica a los comuneros mayores y más conservadores que, según ellos, “no se preocupan de sus hijos” ni tienen un interés genuino por educarlos.

02

Segundo caso:
campesinos y
pastores de los
andes centrales
(Huancavelica)

1. Las labores familiares

Al igual que en el caso anterior, los niños y niñas de ambas comunidades de Huancavelica se insertan a temprana edad en el trabajo familiar, aproximadamente entre los seis y siete años

Los cambios en cuanto al uso de la fuerza, la frecuencia y el tiempo dedicado a las labores son progresivos en la comunidad campesina y dependen del desarrollo particular de las capacidades que muestren los niños y niñas. Entre los niños y niñas de la comunidad ganadera su participación se limita básicamente al pastoreo, que en las edades estudiadas no es tan frecuente.

1.1. Las labores de los varones

Cabe resaltar que en general la presencia de niños en Choclococha es escasa pues la mayoría vive en la ciudad de Huancavelica para ir a una mejor escuela. Los niños que se quedan migran a esa ciudad o a otras localidades (donde algunos tienen chacras o familiares) durante sus vacaciones. Ahí sus actividades agrícolas, debido a su estadia temporal, se limitan a la siembra de algunos alimentos, aunque es muy poco frecuente. De igual modo, también se dedican a pastear ovejas y vacas en el campo.

Así mismo, los niños de esta comunidad ganadera tienen una participación limitada en las labores domésticas. Solo ocasionalmente ayudan a cocinar y limpiar en la casa, como



una ayuda para sus madres, en contraste con las niñas que tienen mayor responsabilidad sobre estas tareas, por lo que se dedican más a ellas.

Los niños de Choclococha pastorean sus alpacas y ovejas los sábados y domingos cuando regresan de la ciudad de Huancavelica, lugar donde van a estudiar. Según ellos, muy de vez en cuando lo hacen cualquier otro día. Al principio salen a pastorear siempre con algún familiar cuando el ganado es numeroso, logrando con el tiempo manejar solos rebaños de menor cantidad. La frecuencia del pastoreo infantil es menor que la actividad agrícola en la que participan los niños en Pampapuquio, quizás porque el pastoreo demanda mayor tiempo fuera de casa, pues dirigen a los animales a pastizales relativamente lejanos, quedándose en las estancias familiares. Esta dinámica que demanda tiempo y ausencia del hogar les impide pastorear con más frecuencia pues según ellos deben estar en casa para ir a la escuela durante la semana.

P1: Podemos ir dos o tres si es bastante, uno si es poquito. A veces vamos con caballo, a veces a pie.

P1: Yo tengo como 100 pacos.

P2: Yo tengo 170 pacos, 9 ovejas.

P3: Ovejas tenemos 255.

- ¿A todos los pacos juntos vas a pastear tu solito?

P1: A veces con mi hermana, con mis papás también.

P2: Yo voy con caballo a pastear ovejas, arriba me quedo cuidando y mi mamá viene.

(Grupo de varones de 8 a 10 años,
Choclococha, Huancavelica).

Otra de las tareas que también hacen los niños tiene que ver con la venta eventual de lana y carne de los ganados familiares. Por ejemplo, en la esquila, ayudando a sujetar las alpacas para que no escapen y así facilitar el trabajo de sus padres. Otro caso es el de las pocas familias con criaderos de truchas, donde la labor de los niños se centra en darle de comer a los peces.

P1: Sí, a veces lo matan a los pacos.

P2: Venden el animal entero.

P3: Mi papá le saca la lana, yo ayudo a agarrar al paco para que no pateee. Si no le amarro bien, se suelta y puede patear.

P1: Nosotros atrapamos al paco.

(Grupo de varones de 8 a 10 años,
Choclococha, Huancavelica).

P1: En mi estancia sí hay chacras, pero es lejos. Cultivo papa, cebada, maíz. Eso es en Huancavelica.

P2: Yo con mi tía cuidamos la chacra cuando nos toca, si hay un animal lo botamos. Mi abuelito y mi abuelita se van allá, nosotros nos quedamos en la estancia.

P3: Yo tengo otra estancia, de mi tía es, tiene diferentes animales. Allá ella cultiva, yo echo semillas de papa.

P1: La cebada y habas. Lo pones a la tierra y solito crece. Cuando hemos ido donde mi tía hemos sembrado.

P2: Tenemos vaca y pasteamos. Es solo en vacaciones.

(Grupo de varones de 8 a 10 años,
Choclococha, Huancavelica).

La principal actividad de los adolescentes de Pampapuquio es el trabajo agrícola familiar, al cual se refieren constantemente como “trabajar”, a secas. Aun así, y quizás por su mayor edad, contribuyen también con las tareas del hogar trayendo leña para cocinar, ayudando un poco con la limpieza y con la preparación de alimentos. De igual modo, lavan su ropa y, eventualmente, cocinan solos si no están sus madres. Su participación, sin embargo, tal como ya se mencionó, se centra en las actividades agrícolas.

Los niños se inician tempranamente y aprenden poco a poco, en el mismo campo, pues sus familias los llevan a la chacra desde muy pequeños mientras los mayores cultivan. Así tenemos que, tal como en las comunidades nativas de la Selva, la habituación a la chacra es temprana.

Los varones siembran y labran la tierra para los cultivos cuya producción es menos ardua, como habas, quinua y cebada; colocan abono natural o, a veces, fertilizantes y remedios para prevenir plagas; “tapan la tierra” que voltean sus padres al inicio de la preparación de la siembra; y cosechan papas, olluco, maíz, habas, quinua, etc., para lo cual hacen uso de herramientas de labranza como el “chibaco”, el pico y la lampa. Además preparan chuño, aunque esta tarea recae más sobre las mujeres. El trabajo es colectivo, a menudo va toda la familia a la chacra, aunque los adolescentes lo hacen sobre todo los fines de semana pues de lunes a viernes se van a la escuela. Los niños entrevistados refirieron que muy

pocas veces fueron solos a trabajar en sus chacras, pues casi siempre van con sus padres.

P1: Tapamos la tierra [luego que los padres voltean la tierra con la chaquitacla].

P2: Ponemos abono de oveja. Echamos remedio para que dé fruto y no le agarre la ranca.

P3: Para gusanos también usamos.

P4: Fertilizantes.

P3: Nosotros ponemos fertilizantes, lo de las fumigadoras nuestros papás lo hacen principalmente.

- Ustedes tapan la tierra pero no voltean la tierra...

P1: También, a veces.

P2: Le convierten a chuño la papa también, lo ponen en el pasto y el hielo total lo convierte en agua, luego lo pisamos su cascarita y lo metemos al agua. A eso le llaman chuño.

(Grupo de varones de 12 a 14 años,
Pampapuquio, Huancavelica).

Algunos adolescentes, sobre todo los mayores, usan la mochila fumigadora para combatir las plagas de los cultivos. En realidad esta es una actividad que no todos hacen, siendo principalmente los padres quienes se dedican a esto pues, según los chicos, se requiere de fuerza por el peso de la mochila¹³. Luego de haber terminado de cosechar, los días domingos algunos adolescentes acuden a la feria semanal de Paucará, donde venden sus productos. Los adolescentes mayores dicen dedicarse más a la venta de sus cultivos, mientras sus papás se dedican más a la chacra. Asimismo, a veces también salen a pastear sus vacas u ovejas cerca a sus chacras o ayudan a sus abuelas a hacerlo.

1.2. Las labores de las mujeres

Las niñas de Choclococha ayudan a cocinar, limpiar y lavar su propia ropa desde los siete u ocho años de edad. Las mayores de 10 u 11 años pueden también ayudar, a veces, lavando la ropa de sus hermanos menores, aunque la

mayoría dice que no lo hacen solas, sino ayudando a sus madres.

Las adolescentes de Pampapuquio, en cambio, realizan labores domésticas desde los seis años, ayudando a sus madres, haciéndose independientes más temprano, pues a los ocho o nueve años ya lavan la ropa de la familia y cocinan solas. En las mañanas cocinan para el desayuno y el almuerzo antes de ir a la escuela, y por las tardes para la cena. También elaboran chuño.

La participación independiente más tardía de las niñas de Choclococha, en contraste con las de Pampapuquio, se debe probablemente a las difíciles condiciones de las actividades domésticas y de pastoreo en la primera comunidad. En Choclococha la preparación de alimentos y el lavado de ropa exigen contacto con el agua a muy bajas temperaturas, lo que puede disuadir a las madres de encargar a las hijas estas tareas desde pequeñas. Al menos en cuanto al lavado de ropa, una de las madres señaló que sus hijos pequeños no pueden hacerlo pues el agua es muy fría y se pueden enfermar.

Las niñas de Choclococha salen a pastear sus alpacas, pero con sus papás o hermanos mayores, aproximadamente a partir de los siete años, un poco después del inicio de los niños varones. También ayudan a sus abuelas a pastear su ganado.

Las adolescentes de Pampapuquio también se desenvuelven desde pequeñas en la chacra, al igual que los varones. Empiezan cosechando papas y habas en pocas cantidades hasta desarrollar más capacidad y fuerza, echan abono y remedios a la tierra antes de sembrar, colocan las semillas y usan pico para allanar la tierra que ha sido "volteada" por sus padres. También cosechan tubérculos y cereales que cortan con hacha, como la cebada y el trigo, y se encargan de la trilla de los mismos. La mayoría realiza la trilla con máquinas especiales que poseen o alquilan sus familias, aunque otras lo hacen manualmente golpeando con la chaquitacla o con palos. Además, siembran pasto y heno para alimentar a sus cuyes.

¹³ Un par de chicos dijo que el peso aproximado era de 18 kg, pero el cálculo parece impreciso.

P1: Por ejemplo, para sembrar papa nuestros papás con la chaquitaclla voltean la tierra. Nosotros chancamos la tierra con pico para sembrar, para derretir la tierra, para que no esté como bolas, para que esté llano. Después con chibaco¹⁴ rayamos y cuando terminamos metemos abono, papa, remedio. Después tapamos con la tierra. Ayudamos.

(Grupo de mujeres de 12 a 14 años,
Pampapuquio, Huancavelica).

P2: Fumigar con la mochila lo hacen los mayores o los varones porque pesa.

P3: Nosotras cosechamos. Recogemos la papa, cortamos la cebada con hacha.

P4: Y después trillar. Después huactar.

P1: Trillar es con máquina. Lo metes y sale ya el grano. La máquina lo desgrana.

P2: También con palo huactamos. Chancamos.

P3: Antes esa máquina no había. Los ancianos hacían huactando.

P4: Algunos nomás tienen máquina. Otros alquilan.

P2: Usamos para la cebada, quinua, quaker. Sale con todo su espina.

P1: Eso cuando viene el aire tienes que botar para arriba, el viento se lo lleva. El trigo queda bien bonito, limpiecito.

P3: Más máquina usamos. Nosotros barremos las espigas que salen de la máquina.

P1: Hacemos chuño. Cuando sale la helada lo tiendes toda la papa en una pampa. De olluco también hacemos, se llama chullque. Es comida típica de acá. Lo tienes que cocinar.

(Grupo de mujeres de 15 a 17 años,
Pampapuquio, Huancavelica).

Las diferencias por género en las actividades agrícolas familiares se basan en el uso de la fuerza física, por ello los varones se encargan de las tareas más arduas, aunque tanto ellos como las mujeres realizan actividades complementarias y colectivas. Chicos y chicas están conscientes de sus capacidades y limitaciones, y por eso se ayudan mutuamente.

Como ejemplo de ello presentamos a continuación el siguiente relato sobre la cosecha.

P1: Usamos chibaco, tiene punta.

P2: Los varones mayormente sacan la papa con el chibaco y las mujeres recogen. Tienen que jalar con toda su fuerza, si no tienes fuerza te caes.

P3: Nos ponemos manta en la cintura y recogemos.

P1: Usamos chibaco pero poco nomás las mujeres.

P2: Si no te puedes hacer algo, tu pie te puedes chancar.

P3: Tienes que hacer sin zapato, sino se va acabar rápido, va quedar chapla. O haces con yanquis.

- ¿Ustedes usan la chaquitaclla?

P1: Para preparar cebada, tarwi, habas, arvejas.

P2: Es más fácil. Para la papa se hace más hueco, más grande. Eso hacen los varones.

P4: Sacar el pasto y botar con pico. Eso podemos hacer las mujeres.

(Grupo de mujeres de 15 a 17 años,
Pampapuquio, Huancavelica).

1.3. Aprendizajes y cambios en las labores

Los niños y niñas pastores aprenden el pastoreo acompañando a sus familiares y haciéndose cargo poco a poco de los rebaños. El aprendizaje de las labores domésticas de las niñas se deriva de la observación y la enseñanza de sus madres. En Pampapuquio el aprendizaje agrícola tiene más matices y empieza a una edad más temprana. Por ejemplo, los varones aprenden de un modo lúdico propiciado por sus padres, quienes les elaboran herramientas pequeñas de madera acordes a su tamaño para que jueguen y vayan aprendiendo las labores de cultivo. Así su aprendizaje se da por observación pero también con la práctica constante que estimulan estas pequeñas herramientas.

P1: Desde tres años pero poquito nomás pues. De chiquitito hacía por las puras pues, no ayudaba bien pero al menos practicaba. A los siete o seis ya hacía. Antes mis papás me llevaban y con sus herramientas agarraba y hacía de mentira, como jugando.

14 Chibaco o chihuaco, se refieren a una herramienta de labranza.

P2: Mirando aprendíamos.

P3: A los tres añitos iba, sus herramientas de mi papá son grandes, yo no podía y me recuerdo que me hicieron mi chibaco y mi chaquitacla chiquitos. Mi papá me hizo, lo tengo guardado de recuerdo.

P1: Poco a poco íbamos haciendo.

P2: Cada año avanzábamos más.

P3: Diciendo también nos enseñaban, esta cantidad sí, esta no. Nos explicaban

P4: Poco a poco, así hacemos, luego más o menos y después ya mejoramos y ya sabemos cómo cultivar.

(Grupo de varones de 12 a 14 años,
Pampapuquio, Huancavelica).

P1: Tenía una chaquitacla chiquita que me había hecho mi papá, como de mi tamaño.

- ¿Cómo aprenden?

P1: Viendo a nuestros padres como trabajan.

P2: A veces también nuestros papás nos enseñan cómo se hace.

P3: Cosechamos desde chiquitos.

P4: Tenemos herramientas chiquitas de niños, por ejemplo chaquitacla, azadón, pico, chibaco.

(Grupo de varones de 15 a 17 años,
Pampapuquio, Huancavelica).

Las mujeres también aprenden con la observación y enseñanza de sus padres por el temprano contacto con la chacra. Lo mismo sucede con las tareas domésticas, que son transmitidas por sus madres o hermanas mayores, y gracias al desarrollo de su iniciativa propia cuando están solas en casa (por ejemplo, mientras sus familias se dedican al trabajo agrícola).

P2: Yo cuando era niña, mi mamá se ha ido a otro sitio y cuando tenía mucha hambre yo pensé en cocinar tallarín. Ahí empecé a prender el fuego y cociné. Tenía siete o seis más o menos.

P3: Yo de 11, 12 años.

P4: Nos enseñan.

P1: Desde los cuatro años mi mamá me llevaba al río. Dio a luz mi prima y me dijo que lave su ropa, desde ahí aprendí.

(Grupo de mujeres de 15 a 17 años,
Pampapuquio, Huancavelica).

P1: Desde niñas porque nos llevaban a la chacra, donde había chuño tendido, pisaban los mayores y nosotros recogemos. Lo que pisan recogemos y ponemos en un balde.

P2: Desde seis años más o menos ya hacemos.

P3: Trillar ya es para más grandes

P4: Porque con la máquina te puedes cortar.

P5: Abonar es más fácil, cosechar también.

(Grupo de mujeres de 15 a 17 años,
Pampapuquio, Huancavelica).



Este aprendizaje, recalcan tanto padres como hijos, siempre es progresivo y de acuerdo a sus capacidades. De ahí que si bien hay algunas regularidades en cuanto a la edad de inicio de las labores, no importa la edad cronológica para la inserción en las tareas familiares.

Apoyan en la chacra dependiendo de su capacidad, hasta donde pueden, no hay exigencia que tienen que cumplir su tarea. Nos acompañan, hacen lo que pueden, como una diversión, una alegría. Porque estar en la chacra es diferente, estar en la casa es otra cosa. En la casa estamos un poco renegados tal vez, un poco aburridos tal vez pero si vas a la chacra es un cambio.

(Padre, 41 años,
Pampapuquio, Huancavelica).

Hasta aquí hemos visto que el aprendizaje y la realización de las labores familiares en ambas comunidades son muy similares a lo hallado en las comunidades amazónicas. Todas estimulan un aprendizaje temprano, principalmente de lo agrícola, porque la chacra es más que un espacio productivo, es un espacio de socialización y formación de capacidades. Así, el carácter lúdico, en general, es un referente importante para la inserción de niños y niñas, aunque este tipo de estímulo es mayor en Pampapuquio que en las comunidades nativas.

1.4. Percepciones sobre las labores familiares

Si bien las percepciones de los hijos e hijas sobre la importancia de las labores familiares son similares, su disfrute se va reduciendo a medida que crecen, hasta llegar a la indiferencia o a generarles fastidio y aburrimiento. Por ejemplo, los niños pastores de Choclococha disfrutaban de pastear su ganado porque pueden llevar sus juguetes para jugar mientras sus animales se alimentan, ya que es una actividad que les da cierto margen de distracción. Algunos gustan mucho de ir a pastear a caballo, siendo esta una labor que no perciben como difícil.

P1: A mí me gusta pastear porque llevo mis carros para jugar.

P2: Me gusta también porque a veces llevo mis juguetes a nuestra estancia.

P1: Mi perro atrapa zorro y vizcacha. Con mi tío vamos en caballo.

P2: Llevamos nuestro fiambre. Mi mamá o mi abuelita nos preparan. Mashca también llevamos, desde las 7am hasta las 10am. Los pacos solitos se vienen, con llamas.

P1: Cada uno lleva su carrito o con piedritas también jugamos.

(Grupo de varones de 8 a 10 años,
Choclococha, Huancavelica).

Aunque muestran menos entusiasmo, las niñas más pequeñas también gustan del pastoreo por cierto margen de libertad en su realización, aunque lo hacen acompañadas por algún familiar, nunca solas. En cambio las niñas mayores de 10 a 11 años que ya pueden manejar rebaños solas se aburren un poco cuando el ganado se escapa y tienen que perseguirlo.

Los niños, niñas y adolescentes de Pampapuquio también muestran diferencias sobre sus gustos por las labores de la chacra. Los menores dicen gustar del trabajo en la chacra pero los mayores, sobre todo los varones de 15 a más años, lo ven como una costumbre, algo que deben hacer y a lo cual ya están habituados. Las mujeres expresan su cansancio, aunque las menores también resaltan el disfrute y sobre todo la importancia que le atribuyen por ser una actividad destinada a producir sus propios alimentos. Las mayores comentaban que para no aburrirse llevan aparatos de música para escuchar y distraerse mientras trabajan.

P1: A veces cuando haces cada día ya te cansas. A veces no les gusta.

P2: Cuando está creciendo, sale su florcita, eso es bonito.

P3: A mí me gusta porque nos alimentamos de eso.

P4: Poco nomás me gusta, quiero sembrar haba nomás porque es rico y es más fácil.

(Grupo de mujeres de 12 a 14 años,
Pampapuquio, Huancavelica).

El desagrado progresivo que experimentan las adolescentes también es atribuido al cansancio y al maltrato corporal por lo arduo de sus actividades y por las condiciones climáticas de la comunidad, como el sol abrasador y la lluvia. De ahí que ante el cansancio de la labor agrícola las mujeres prefieran el cultivo de alimentos más sencillos y la realización de labores domésticas, aunque con el tiempo también llega a aburrirlas.

- ¿Y las cosas de la chacra les gustan?

P1: A mí no me gusta porque mis manos se maltratan, te duele.

P2: Te entran espinas, te pica.

P1: Recoger papa no me gusta, es cansado.

- ¿Qué cosas les gusta hacer más?

P1: Limpiar, ordenar.

P2: Lo de la casa.

P3: Me gusta más que mi casa esté limpia, ordenada.

P4: En la chacra es más trabajoso, te cansas más.

P1: Es aburrido en el calor. Tu cara se quema.

(Grupo de mujeres de 15 a 17 años,
Pampapuquio, Huancavelica).

P1: Me gusta cultivar cebada.

P2: No me gusta cosechar cebada, es muy difícil. Usan máquina para trillar. La quinua con nuestra mano nomás chancamos.

- ¿Y las cosas de la casa?

P1: Sí nos gusta porque cocinar también es fácil. Lavar servicio también es fácil.

(Grupo de mujeres de 12 a 14 años,
Pampapuquio, Huancavelica).

1.4.1. La sobrevivencia y el valor económico

Al igual que en el caso amazónico, las labores agrícolas son vistas como un aprendizaje, aunque más importante aún es su valoración como medio de subsistencia, como parte de un proceso a través del cual obtienen alimentos para su consumo y dinero para solventar ciertos gastos. A este valor algunas adolescentes agregan las propiedades nutritivas de los productos locales que cultivan, como la cebada y la maschca, que para ellas son una fuente de energía.

El carácter económico del trabajo agrícola es claramente percibido por los y las adolescentes de Pampapuquio, mas no entre los niños pastores, quienes ven su participación en el pastoreo como una ayuda a la que no le atribuyen un valor económico. Tal vez esto responde a que los niños y niñas no perciben la crianza de ganado como una actividad productiva de la cual se derive una ganancia económica, pues ellos no observan directamente el producto tangible de su labor, como sí es posible en el trabajo agrícola.

P1: A mí sí me gusta pero es un poco difícil. Sembrar las papas es un sacrificio pero tener las papas para nosotros, para comer, nos sirve de algo el sacrificio.

Algunos desperdician las papas, por eso las mamás dicen que no desperdicien que con sacrificio trabajamos. Es que algunos cuando comen eso nomás, se aburren y lo botan cuando lo cocinan; por eso las mamás le dicen así.

P1: Para alimentarnos.

P2: Si no sembramos, ¿qué vamos a comer?

P3: Para tener plata, para sacar buena papa que en Paucará lo vendemos.

(Grupo de varones de 12 a 14 años,
Pampapuquio, Huancavelica).

P1: Para poder vivir.

P2: Para poder comer, sino no vivimos.

P3: Si es que no hay esta comida nos morimos todos flacos.

(Grupo de mujeres de 15 a 17 años,
Pampapuquio, Huancavelica).

1.4.2. El valor formativo

La apreciación del trabajo agrícola entre chicos y chicas es muy fuerte no solo porque fomenta la laboriosidad como un valor, sino porque es expresión del cariño y afecto hacia sus padres, ya que si los hijos no participaran del trabajo familiar toda la responsabilidad recaería sobre ellos, quienes tendrían que realizar un esfuerzo mayor por mantener a los hijos solos con todo el sacrificio que la vida del campo acarrea. Por tanto, del mismo modo que observamos en las comunidades nativas, no cultivar en la chacra es de ociosos y “malos hijos”, y hacerlo es muestra de cariño y preocupación por los padres, y una

toma de responsabilidad conjunta. En este caso el énfasis en los vínculos afectivos y la reciprocidad como motivación para las tareas familiares es mayor que en la Amazonía, siendo en ambos casos un factor relevante que explica la consciencia del deber del trabajo para el bienestar común.

P1: Son atorrantes.

P2: No le quieren a sus papás.

P3: No valoran a sus padres.

P4: Ociosos que nos les gusta trabajar. Algunos con mentiras se quedan, dicen que van a hacer su tarea pero no.

P5: Yo creo que quienes no ayudan a sus papás no los quieren porque sus papás día a día se sacrifican, trabajando en la chacra, hasta en las noches dicen que no van a comer para que sus hijos estén bien alimentados pero ellos le pagan mal. Siquiera los domingos deben buscar trabajo y con estito pagar mientras sus papás le dan comida día a día. Eso debería valorar los que no quieren ayudar a sus papás en la casa ni en la chacra.

(Grupo de varones de 12 a 14 años,
Pampapuquio, Huancavelica).

P1: Son flojas, no le ayudan a su mamá, no le quieren a su mamá, ni a su familia.

P2: Porque su mamá le dan y ella no le apoya.

(Grupo de mujeres de 15 a 17 años,
Pampapuquio, Huancavelica).

En los padres, como en el caso amazónico, la importancia radica en el carácter formativo del trabajo. Se insiste mucho en que es una forma de educarlos para que en el futuro ellos puedan valerse por sí mismos, tener su propio trabajo y saber hacer “de todo”. Así, para los padres se trata de una educación en valores éticos, ya mencionados reiteradamente, destacando además la necesidad de este aprendizaje temprano de autonomía y responsabilidad por si ellos fallecen prematuramente. No hay muchas diferencias entonces entre las opiniones de los padres de niños pastores y los campesinos, pues todos apuntan a resaltar la preparación de vida, mientras muy pocos aluden a la participación de los hijos como una necesidad de mano de obra para cubrir la producción familiar. De esta manera, los conceptos de reciprocidad y colectividad se aplican al trabajo familiar, por ello todos sus miembros tienen un lugar en las tareas del campo.

Por una vez se puede disculpar, hasta dos pero más no, porque hay que poner mano dura a eso. No solo se le va hacer su gusto, no van a estar mantenidos, ellos no son mancos ni ciegos. Si ellos son sanos, normal, todo tiene, entonces tienen que hacer, todos tenemos que hacer. Todos comemos, todos tenemos que hacer, todos tenemos que aportar.

(Padre, 41 años, Pampapuquio, Huancavelica).

Algunos adolescentes ensayan distintas respuestas sobre quienes no ayudan en las labores agrícolas familiares, ideas más influenciadas por la formación escolar, que como vimos en una exposición de un curso sobre familia y relaciones sociales, se centra en la autoestima como reflejo de las acciones de las personas. Además, responsabilizan de la ociosidad a los padres, quienes no habrían enseñado a sus hijos sobre la importancia de estas labores.

P1: Son vagos.

P2: Con eso quieren decir que la educación viene de la casa. Si no ayudan a sus padres, no hacen nada, no les han educado desde chiquitos.

P3: Tienen baja autoestima, porque él mismo no se autoevalúa, no quiere salir adelante y no ayuda a sus papás.

P2: Cuando no ayudan no se quieren, no se valoran ni valoran a sus padres. A su familia le hacen quedar mal, a él mismo.

(Grupo de varones de 15 a 17 años,
Pampapuquio, Huancavelica).

P1: A veces los padres no les hacen trabajar a sus hijos.

P2: Yo no puedo dejar sola a mi mamá cuando está trabajando, puede enfermarse o puede morirse. Yo qué voy a hacer cuando no esté, por eso tengo que ayudarle.

P3: Está mal que no ayuden a sus mamás. Algunas chicas van con su enamorado en vez de ayudar a sus mamás, y su mamá se está sacrificando por ellas.

P2: A veces vienen a jugar pelota los varones y no le tratan bien a su mamá. No se acuerdan de lo que trabajan su mamá.

P1: No le hacen caso. Regresan noche ya, no le ayudan.

(Grupo de mujeres de 12 a 14 años,
Pampapuquio, Huancavelica).

El conocimiento y experiencia producto del trabajo agrícola como fuente de identidad y reconocimiento de los orígenes también es un móvil de los padres para enseñarles a sus hijos esas labores. La agricultura forma parte de su vida cotidiana, labrar la tierra es para ellos una característica importante de los campesinos, así como lo es su propio idioma. Por lo tanto, es algo digno de aprender como parte de su cultura. Esto no quiere decir que los padres deseen que sus hijos se conviertan en campesinos toda su vida, sino que experimenten y reconozcan la agricultura como elemento central de la cultura campesina y cómo el valor de este trabajo aporta en su educación de vida.

Yo me siento orgulloso de ser serrano y así, ¿cómo mis hijos no van a aprender a agarrar pico ni lampa? Entonces no tendría sentido. Si como nuestra lengua materna que hablamos ellos también tienen que aprender a agarrar pico y lampa. No es porque queremos explotarles, sino que tienen que aprender, tienen cuerpo, pensamiento igual, pero hasta su capacidad nosotros enseñamos.

Van desde chiquitos pero un día también ya no quieren ir mucho, pero nosotros como padres obligamos que vayan para que conozcan porque ellos tienen que conocer cuál es el trabajo de papá, nosotros enseñamos eso, cuál es el trabajo de mamá en la chacra, por qué papá y mamá llegan tarde, por qué llegan cansados de la chacra. O sea, no es porque nosotros lo engreímos ni tampoco porque estamos explotando, sino que nosotros hacemos conocer nuestras realidades del campo, cómo se vive.

(Padre, 41 años,
Pampapuquio, Huancavelica).

La vida campesina es dura, implica grandes esfuerzos y sacrificios. A pesar de ello, algunos chicos la consideran un sacrificio recompensado en el corto plazo por la cosecha y en el largo plazo por ser una herramienta formativa para enfrentar el futuro y formar sus propias familias.

P2: Es pesadito. Sí es bueno trabajar en la chacra pero es cansado.

P3: También me gusta trabajar en la chacra porque es bueno trabajar con chaquitacla para aprender más.

P4: A mí me gusta porque cuando sea grande si tengo mi esposa, si no sé ¿cómo voy a trabajar?

P2: Tienes que aprender a trabajar.

(Grupo de varones de 12 a 14 años,
Pampapuquio, Huancavelica).

1.4.3. Ayuda y trabajo

Los niños y niñas de Choclococha se refieren constantemente al pastoreo que realizan como ayuda, nunca como trabajo. Por lo general no hacen estas labores solos y quizás eso se relacione con su idea de ayuda, del apoyo que se brinda a alguien. Incluso cuando los varones van a otros lugares como Huancavelica y participan de labores agrícolas, aunque sean mínimas, siempre lo señalan como una ayuda para sus parientes. Su percepción de todo lo que hacen como ayuda, ya sea el pastoreo, lo agrícola o incluso en actividades de servicio en restaurantes, tal como veremos más adelante, también se relaciona con la ausencia de un pago, pues no son retribuidos económicamente por ninguna de las actividades antes mencionadas, y cuando excepcionalmente reciben algo, lo consideran una propina.

P1: Sí, de mi tía. Allí hay una pollería, como mi papá había fracasado, había vendido pero luego lo había cerrado. En esa pollería estaba, yo ayudaba a lavar platos, limpiar las mesas, llenaba kétchup, mostaza, las cremas.

- ¿Eso es un trabajo?

P1: No, estoy ayudándole a mi papá, porque él tiene que sazonar el pollo, hornear. Había abierto mi abuelito, luego mi tío lo ha abierto.

- ¿Te pagaban algo?

P1: Me daban pollo en la noche, no plata. A veces mi tío o mi papá me daban un sol, dos soles. Una vez que estaba lavando los platos me dio cinco soles.

(Grupo de varones de 8 a 10 años,
Choclococha, Huancavelica).

Las niñas tampoco perciben el pastoreo que hacen para sus familias como un trabajo. A diferencia de los varones,

ellas no realizan actividades para otras personas que no sean parientes. A veces han pasteado o ayudado en labores domésticas a otros familiares como a sus tías, sin ver dicha actividad como trabajo.

Los y las adolescentes de Pampapuquio sí aluden a la labor agrícola como trabajo, pero visto como una labor que demanda esfuerzo y no como una actividad dentro del mercado laboral. A la vez la señalan como ayuda por su carácter colectivo, por la participación conjunta de todos los miembros de la familia. En ese sentido, su idea de trabajo fuera de lo familiar tiene que ver no solo con una remuneración sino como algo que realizan más para sí mismos que para la familia fuera del contexto de labores compartidas. Por eso, cuando van a cultivar o cosechar en chacras de parientes como tíos, abuelos o vecinos no lo perciben como trabajo, sino como una ayuda por la que pueden recibir una propina variable que es voluntaria. Incluso a veces también pueden recibir como retribución algunos productos cosechados como la papa.

P2: Yo tengo hermanos en Paucará y me dicen que les ayude en la chacra, yo les ayudo y me dan propinita.

P3: Yo también hago.

P4: Yo también.

P5: En 2012 estuve en 5to grado en Piura. No hemos sembrado papa, y cuando hemos vuelto no teníamos, entonces mi abuelita nos da papa, olluco para comer. A mi vecina también le ayudo y me da sus papas grandotas así por ayudarle.

P1: Yo solamente los sábados me ha llamado mi hermano para cosechar papa y me he ido a Paucará para ayudarle. Me ha dado mi propina, cinco soles.

P2: A veces así nos pagan, nos dan su voluntad porque somos familia. No les decimos que nos den.

P3: Pero es a veces, no todos los días.

P2: Cuatro, cinco soles por un día. A veces 10 soles, su voluntad.

(Grupo de varones de 12 a 14 años,
Pampapuquio, Huancavelica).

No olvidemos que las actividades dentro de la familia y la comunidad campesina se rigen bajo la lógica de la reciprocidad propia del mundo andino. Los y las adolescentes ayudan en las chacras de sus vecinos a manera de *ayni* y en algunas ocasiones también realizan *minka*, cuando hay labores comunales. Además, hay que agregar que, como los chicos y chicas afirman, están acostumbrados al trabajo agrícola porque forma parte de su vida cotidiana. Este trabajo les genera un sentido de pertenencia a la vida campesina, aunque entre los más jóvenes esta percepción vaya disminuyendo con el tiempo. Se trata de una identificación que no reduce la actividad agrícola a un trabajo cualquiera, sino a una actividad que forma parte de algo a lo que pertenecen y que puede expresarse con una frase en quechua usada por las adolescentes cuando van a su chacra a cultivar: “estoy yendo a mi pueblo”.

1.4.4. La concepción del peligro

Las niñas y niños ubican el peligro en el espacio natural del pastoreo, especialmente en los lugares lejanos y desconocidos. Les causa mucho temor una supuesta laguna “sin fondo” (a la que llaman “céniga”¹⁵) que estaría muy lejos entre los pastizales. El encuentro con zorros e incluso pumas, que durante el pastoreo pueden atacar su ganado, es reconocido como una situación de peligro. Así, su concepción de peligro se basa en la naturaleza, sobre todo la remota y desconocida, en la que están aprendiendo a desenvolverse, y no en la actividad realizada en sí misma. De igual modo, los niños y niñas, y en menor grado los adolescentes, de Pampapuquio, centran su temor en la existencia de seres sobrenaturales, como monstruos o fantasmas, de lugares lejanos a la comunidad. La idea recurrente de un entorno amenazante se expresa en este tipo de historias que canalizan los miedos como forma de control social para evitar la exposición a situaciones y lugares desconocidos vistos como potencialmente peligrosos.

P1: La céniga. Eso es un lago hondo, el agua se seca, negro es. No tiene fondo, es como un abismo. Abajo es.

P2: A nosotros nos da miedo, no vamos.

15 Lo más probable es que se refieran a una ciénaga, es decir, a un pantano o gran masa de agua estancada.

P1: Cuando viene el zorro y se puede comer a nuestra alpaca.

P3: Hay otro animal que tiene cara de mono y cuerpo de lobo. Puma también hay.

P1: Mi primito cuando ha ido a su estancia lejos ha visto dos pumas, de lejos.

P2: Un día un puma ha agarrado a mis pacos.

P3: El zorro se come la oveja.

(Grupo de varones de 8 a 10 años,
Choclococha, Huancavelica)

P2: Cuando vas al cerro sola se te puede aparecer algo, como un fantasma.

P3: Zorro, cóndor puede haber. Lagartijas, acchi. Es un ave con alas grandes.

P4: Eso come animal muerto.

- ¿Esos animales son peligrosos?

P1: No, el zorro nomás cuando te distraes te lleva, se come las ovejas.

P2: Cuando vas a pastear tienes que llevar a tu perrito para que lo ahuyente.

(Grupo de mujeres de 15 a 17 años,
Pampapuquio, Huancavelica).

Otra de las ideas vinculadas al peligro se relacionan con los golpes y caídas que pueden sufrir en lugares lejanos y agrestes de pastoreo, sobre todo los niños (varones), pues las condiciones climáticas como la lluvia, la neblina y el granizo generan más dificultades en estas tareas, por lo que toman sus precauciones para realizarlas.

P1: Una vez en el río he pasado y me he caído pastando paco, pero no me he golpeado mucho.

P2: A veces en los pastos me he resbalado.

P1: O nos caemos en lluvia.

P2: En nevada es peligroso. En la neblina también puede ser pero pastamos con cuidado.

P1: Cuando hay un río grande vamos con botas y al caballo lo hacemos pasar por otro lado.

P2: Vamos de tres.

(Grupo de varones de 8 a 10 años,
Choclococha, Huancavelica).

De igual modo, entre los adolescentes de Pampapuquio se vincula la dificultad y el peligro al uso de herramientas de labranza porque su manipulación puede provocarles golpes y cortes. Y si bien su concepción sobre este posible peligro fue muy clara, luego es relativizada con el cuidado que siempre dicen tener.

- ¿Hay algo que sea peligroso dentro de lo que hacen?

P1: Con el pico.

P2: Cuando sacamos leña con machete lo cortan, yo también me he chancado.

P3: La cebada también lo cortan con hacha, te puedes cortar tu mano.

P4: Una vez me recuerdo que me he cortado con machete mi pie.

P5: Con hacha o machete cortan leña.

(Grupo de varones de 15 a 17 años,
Pampapuquio, Huancavelica).

P1: Peligroso es cuando cortas leña. Cuando lo cortan tienes que cuidarte de donde puede caer, tienes que ver. Eso cortan nuestros papás.

P2: Ir a la chacra también cuando chancamos con pico, te puedes golpear tus manos, chancarte,

P3: A veces estamos sembrando, en su lado hay espinas y eso cae, nos podríamos cortar el pie.

P1: A veces cuando sacas la cebada te puedes cortar con la rutuna.

P2: Sacando el pasto para el cuy también te puedes cortar con la rutuna.

(Grupo de mujeres de 12 a 14 años,
Pampapuquio, Huancavelica).

Igualmente, también se reconoce el peligro que se corre por el uso de fertilizantes e insecticidas químicos. A menudo los adolescentes manipulan estos químicos directamente sin protección de las manos, al igual que los preparados que colocan en las mochilas fumigadoras. Este peligro es visto como tal solo para los niños básicamente por dos motivos: por la falta de precaución en el almacenamiento y por el inadecuado aseo tras su manipulación. Así tenemos que han ocurrido intoxicaciones de niños por la ingesta de estas sustancias almacenadas en envases de comida y por la

manipulación e ingesta de alimentos sin higiene de las manos tras el uso de los químicos. Entonces, el peligro estaría no en el uso de productos nocivos sino en las inadecuadas prácticas de precaución y manipulación, tanto en casa como en la chacra, sobre todo, y casi exclusivamente, por los niños.

P1: Sí, mi primo una vez se ha tomado ese remedio, pensaba que era azúcar. Es como un polvo. Tenía cinco años, chiquito era. A mí me contó mi papá.

P2: Cuando trabajaban se ha comido, lo han encontrado vomitando y lo han llevado a la posta, le han salvado.

P3: Una vez un niño cuando estaba sembrando papa, le decían que eche así nomás pero el otro ha hecho con su mano y no se ha lavado, luego ha comido papa y estaba vomitando. Con leche y aceite le han salvado, ha tomado. Tenía tres o cuatro añitos.

P4: Si compras eso debes guardar en un lugar más seguro porque los hermanos más pequeños pueden agarrar.

P5: Por ejemplo, mi vecina cuando antes en primaria, mi vecino más chiquito le daban papilla, ese polvito pero igual que papilla también hay esa cosa de fertilizante. Eso han llevado a la chacra y mi vecino tenía hambre, ha comido porque pensaba que era papilla.

(Grupo de varones de 12 a 14 años,
Pampapuquio, Huancavelica).

P1: Si eres niño no puedes fumigar, es peligroso

P2: Con herramientas grandes puede chancarse.

P3: Mezclar el ingrediente para echar a fumigador es peligroso porque es veneno.

P3: Para cortar la leña agarramos hacha. Puede ser peligroso.

P4: No puede ir un menor de edad porque puede caer la leña.

P5: De 13 para arriba. Puede sacar pero de su tamaño.

(Grupo de varones de 15 a 17 años,
Pampapuquio, Huancavelica).



Para los padres de la comunidad de pastores, el peligro de estas actividades está en las posibles caídas en lugares agrestes, aunque su mayor preocupación son las condiciones climáticas como la lluvia, el granizo y los rayos que pueden afectar a sus hijos durante el pastoreo. Este peligro, sin embargo, lo corre cualquier persona al margen de su edad y solo es posible de evitarlo permaneciendo en sus estancias y guareciéndose en los cobertizos que tienen en las zonas de pastoreo, según cuentan las madres.

Si bien los padres de Pampapuquio ven un posible peligro en el uso de herramientas de parte de sus hijos e hijas durante las actividades de cultivo, ello no les significa una gran preocupación. Algunos solo consideran que el peligro es para las niñas y niños pequeños que aún no saben manipular bien las herramientas, insistiendo en que su aprendizaje responde a sus propias capacidades y que no se les fuerza a hacer una actividad que físicamente aún no están habilitados a hacer.

Todo es posible de hacer. Hablando de mis hijos menores, puede haber factor de peligro por falta de capacidad de fuerza porque todavía no tiene la capacidad que tiene un mayor y ahí hay peligro. Si hay peligro, no lo puedes negar pero con los pequeños, a ellos se les dice que haga pero según su capacidad, lo más fácil. Poco a poco se van familiarizando.

(Padre, 41 años, Pampapuquio, Huancavelica).

Las percepciones en torno a la actividad agrícola familiar entre las comunidades andinas y amazónicas estudiadas son muy similares: los adultos enfatizan su carácter formativo, mientras los hijos e hijas lo hacen en el valor económico; no hay diferencia tajante entre ayuda y trabajo en el seno familiar; hay una lógica de reciprocidad que rige las relaciones sociales en el trabajo, sin duda más marcada en la economía campesina andina, que trasciende a la familia y que tiene un rol institucionalizado en la comunidad (*ayni* y *minka*), presente también en las comunidades nativas (por ejemplo, al nivel de reparto de actividades y retribuciones a todos los miembros de la familia).

2. El trabajo

Cuando les preguntamos a los chicos y chicas de Pampapuquio sobre el trabajo, así, a secas, ellos y ellas se referían a aquellas labores que realizaban sobre todo fuera de la comunidad, tanto en las ciudades cercanas de Paucará y Acobamba, como en Lima, de modo independiente y por el que reciben una remuneración. Al igual que el caso de Choclococha, suelen hacerlo durante las vacaciones escolares, pues requieren mayor tiempo y a menudo migran a Lima.

Los niños y niñas de Choclococha no realizan actividades laborales remuneradas en la comunidad, pues el trabajo ahí se reduce a la ganadería, la crianza de truchas en la empresa Pacsac y la construcción de un parque donde trabajan solo sus padres, no niños ni adolescentes, cuya presencia es mínima por la migración educativa a ciudades como Huancavelica. Según los padres entrevistados, la mayoría de niños, niñas y adolescentes de la comunidad que estudian en Huancavelica solo se dedican a estudiar y son mantenidos por ellos. Sin embargo, hay padres que afirman que algunos adolescentes sí trabajaban a partir de los 14 o 15 años en restaurantes o en ventas. Por otro lado, uno de los padres comentaba que algunos adolescentes y jóvenes que no se acostumbran al ritmo de la enseñanza en Huancavelica, por provenir de una escuela con bajo rendimiento académico en la comunidad, abandonaban sus estudios y volvían al pueblo, o se dedicaban a trabajar en transportes, o si ya eran jóvenes, a trabajar en la construcción del parque comunal. En ese sentido, hay que considerar que la educación además de ser un factor clave para la migración de niños, niñas y adolescentes a la ciudad, también se puede convertir en un factor de inserción al trabajo infantil ante el fracaso o dificultad de adaptación al sistema educativo por la precaria formación previa en la comunidad.

La ciudad de Paucará y otras cercanas ofrecen a los adolescentes de Pampapuquio otras alternativas de trabajo, como ser lustrabotas, llevando carretas o en servicios de limpieza de baños públicos. Estos trabajos son esporádicos durante la mayor parte del año, siendo más recurrentes durante las vacaciones.

P1: Yo en Piura tenía mi vecino que fabricaba antenas con tubos, yo le ayudaba. Justo nosotros no teníamos tv, mi papá me compra y no tenía antena, ahí entonces de lo que yo le ayudo a mi vecino a hacer, él me ha hecho una antena. He hecho otras cosas también. Vendíamos maca en Piura. Estuve un año en allá.

P3: En Paucará también algunos llevamos carretas.

P4: Ahora trabajo todos los domingos en Paucará, mi papá me ha conseguido, bueno, por mi hermano que es miembro del (centro) agua potable de Paucará y me ha dicho a mi papá para que trabaje cada domingo. Echo agua al baño.

(Grupo de varones de 12 a 14 años,
Pampapuquio, Huancavelica).

Otro de los espacios que se abren para el desarrollo del trabajo infantil se da cuando algunos padres migran a trabajar a localidades cercanas u otras regiones en obras de construcción de los gobiernos regionales, llevando a sus hijos para que les ayuden un poco o realicen pequeños trabajos por "propinas", tal como nos contaba uno de los chicos que ayudaba a su vecino a construir antenas de televisión en Piura. Por otro lado, varios adolescentes mayores se encargan de vender, o ayudan en la venta, de sus cultivos en la feria de Paucará.

En Pampapuquio los y las adolescentes tampoco dicen haber realizado trabajo agrícola remunerado más allá de las ayudas a vecinos y parientes por pagos voluntarios, pues como no hay acuerdo previo de sueldo no lo ven como un empleo. Solo un par de chicos dijeron que sí realizaban trabajo por jornal, pero sin precisar más detalles, refiriéndose solo a las labores eventuales para otros por las que recibían 5 o 10 soles. De igual modo, algunas chicas refirieron que han trabajado vendiendo frutas y comida en Paucará, y también ayudando a sus padres a vender sus productos en la feria dominical de esta ciudad.

1.5. Motivaciones de inserción al trabajo infantil

Como en la región amazónica, el trabajo de las y los adolescentes responde a un impulso propio. Cuando realizan labores de cultivo, vimos que no las consideran trabajo remunerado en sí, básicamente porque a ellos los

buscan sus vecinos o conocidos para que "los ayuden", pero cuando se trata de migración a las ciudades, sí asumen que van a trabajar, y es su decisión. Si bien sus padres no los obligan o les piden que salgan a buscar empleo, es más, algunas veces no están de acuerdo con que vayan a trabajar tan lejos, los hijos terminan convenciéndolos, viajando con su permiso.

P1: Nosotros queríamos.

P2: Las personas venían y nos decían si les podíamos ayudar a hacer, nos preguntan si tenemos tiempo y así.

P3: Un día nos habrá visto que estamos trabajando bien y por eso han venido y han dicho a nuestros papás "que tu hijito nos apoye".

P1: Le dije a mi papá que quería tener un trabajito para mi gastito y él también estaba buscando, mi hermano le ha dicho y ha aceptado y así empecé a trabajar en Paucará.

P2: A mí el señor me dijo y yo le dije a mi papá si podía para ayudarlo.

P1: Primero nos preguntan si podemos o no y decimos que sí.

(Grupo de varones de 12 a 14 años,
Pampapuquio, Huancavelica).

Los y las adolescentes tienen sus primeras incursiones en el trabajo como tal, según sus propias consideraciones, en ciudades como Lima, a donde va gran parte de los estudiantes del colegio secundario de Pampapuquio al término del año escolar. La mayoría viaja justamente para trabajar con la perspectiva de ganar dinero para sus gastos en el año, insertándose mediante sus familiares o conocidos, quienes les ofrecen trabajo previamente o los ayudan a obtenerlo en la ciudad.

P1: Nosotras mismas hemos dicho. No nos vamos a ir por gusto a Lima, vamos a trabajar. Nosotras decidimos en qué trabajar.

P2: Mi hermano me dijo para ir trabajar, en mi hermano he trabajado. Él me dijo para trabajar y ayudar a mi mamá.

P3: Mi tía me dijo para que le ayude a lavar los platos en Paucará, y mi papá me dijo: "anda corre para que te ganes tu propina". Yo me he ido.

(Grupo de mujeres de 12 a 14 años,
Pampapuquio, Huancavelica).

P1: Una decisión que nosotros tomamos.

P2: Yo quería ir y me fui.

P3: Mi mamá no quería pero yo sí quiero.

- ¿Van solas o con alguien?

P1: Con un familiar.

P2: Vas con autorización, tienes que llevar un papel cuando viajas en el bus. Hacer firmar con tu papá o el juez del pueblo.

(Grupo de mujeres de 15 a 17 años,
Pampapuquio, Huancavelica).

Entre las razones esgrimidas para su búsqueda laboral no se mencionaron la necesidad económica familiar o el afán de aportar a la familia directamente, lo que más se destaca es la intención de ganar su propio dinero y de salir de la comunidad. Los padres apoyan esta decisión por la valoración del trabajo y por la liberación del gasto que implican sus hijos e hijas.

Mis hijos cuando se van a trabajar a la ciudad, me dicen: "papá, ¿puedo ir a trabajar?", así se van. De 15 años para arriba ya se van, quieren juntar su plata. Yo le digo que está bien.

(Padre, 45 años, Pampapuquio, Huancavelica).

El evidente móvil de obtención de dinero para financiar sus propios gastos significa al mismo tiempo algo de independencia. De igual modo, la migración laboral a Lima también les resulta atractiva por el contacto con la ciudad, siendo una gran motivación, aunque no lo hayan expresado directamente. Los testimonios de algunos adolescentes nos mostraron que se sienten atraídos por la ciudad, por su modernidad, hablan de ella con mucho entusiasmo, cuentan sobre sus estadías allá y se ponen muy ansiosos por volver cuanto antes, apenas terminen sus clases. Incluso pasan ahí las fiestas de navidad y año nuevo. Les gusta mucho Lima como espacio de entretenimiento, diversión y acceso a otros bienes de consumo que no encuentran en sus comunidades ni en las ciudades cercanas, como mayor variedad de ropa, comida y actividades de esparcimiento. En general, también encontramos que sus padres están contentos de que ellos viajen allá a trabajar en esas fechas porque para navidad sus hijos les envían encomiendas con dinero, panetón y otras cosas. El uso del dinero ganado es para ropa, uniformes y útiles escolares para todo el año. La mayoría ahorra y, en comparación con los chicos y chicas

amazónicas, es más frecuente que entreguen su dinero a sus madres para que lo guarden y, a veces, para que dispongan de él si es necesario.

P1: Le doy a mi mamá y ella me da para mi gasto.

P2: A veces le damos a nuestra mamá.

P3: A veces otros se ahorran su platita en sus chanchitos. Ahí lo guardo y cuando necesito saco.

P4: Me ahorra y con el trabajo del baño le daba a mi mamá para que me guarde y me compre luego. En las clases también he gastado para comprar mis útiles.

P5: Yo le daba a mi mamá para que lo guarde y me dé.

P1: Yo me lo guardaba y cuando necesito agarro de ahí. Por ejemplo en día de la madre necesitamos para comprarle.

P2: Yo también ahorro en mi chanchito. Cuando vine de Piura tenía 60 soles.

P3: Cuando empiezan las clases compramos útiles escolares.

(Grupo de varones de 12 a 14 años,
Pampapuquio, Huancavelica).

P1: Ahorramos.

P2: Regresamos y compramos nuestra ropa, útiles

P3: Guardamos para las copias.

P1: Primero compramos nuestra ropa en Lima, nuestro uniforme. La plata que sobra lo guardamos para comprar lo que nos dice el profesor en las clases.

P2: Compramos ropa en Gamarra.

P2: Yo le ayudo a mi mamá, cuando vamos a Lima juntos, compramos.

P3: A veces vamos solas, a veces con ellas. Este año por ejemplo he ido sola, antes he ido con mi mamá. Tenemos familia allá.

(Grupo de mujeres de 12 a 14 años,
Pampapuquio, Huancavelica).

Así, antes de guardar el dinero reservan una parte de él para comprar sus cosas y luego, tal como mencionamos, le dan otra parte a la madre para los gastos que ella crea convenientes. Algunas chicas trabajan como empleadas del hogar de parientes en Lima y perciben un pago de 20 a 25 soles diarios. Cuando son familiares o conocidos quienes las emplean a veces el pago lo recibe la madre o hermana que la contactó. En ese caso la mamá administra el dinero de

su hija, siendo muy común que aun recibiendo la madre el pago, su hija se lo entregue como un acto de confianza y ahorro.

P1: Nos vamos a Gamarra a comprarnos ropa. Semanal guardo para mis útiles.

P2: Yo ahorro y le doy a mi mamá.

P1: Yo una parte le doy a mi mamá. Le digo: “esto es para ti”, “cómprate esto”. Yo no recibo, cuando quiero comprar algo voy con ella y compramos lo que quiero, lo que sobra es para ella. A ella le dan la plata, cuando he trabajado cuidando bebito de un familiar.

P2: A mi hermana también le daban cuando cuidaba bebito de mi hermana.

(Grupo de mujeres de 15 a 17 años,
Pampapuquio, Huancavelica).

De acuerdo a los padres entrevistados, el acto de entregar el dinero a sus madres es también una decisión personal de los hijos. Ellos no están obligados a trabajar ni a darles lo que ganan, más bien aportan con víveres, dinero para comprarlos o para otros gastos de sus padres. Aquí se destaca el papel de la madre como administradora de los ingresos de los hijos por un acto voluntario y de confianza delegado por ellos mismos.

Nosotros no podemos pedirle su dinero para nosotros, es para ellos mismos, que junten su platita. Depende de ellos si tienen voluntad nos dan, le agradecemos si nos dan su voluntad pero no le pedimos. También pueden darnos su platita para que nosotros lo juntemos para cualquier cosa, para ellos mismos.

(Padre, 45 años,
Pampapuquio, Huancavelica).

Cuando ellos salen a trabajar y saben que te falta algo, ellos regresan con su platita y nos dan para lo que falta porque ellos preguntan. Pero yo como padre no me puedo aprovechar de lo que ellos hagan con su platita, espero su voluntad. Pero gracias a Dios, mis hijitas en vacaciones se van a trabajar y traen. A veces semanalmente me está recargando cinco soles en el celular para los mensajes. A veces las familias dicen por qué tantos hijos van a tener pero

yo agradezco a Dios por mis cinco hijos pero me está resultando muy bien. A veces a la quincena de enero cuando ya están en Lima trabajando ya me están mandando encomienda.

(Padre, 41 años,
Pampapuquio, Huancavelica).

1.6. Migración laboral

Durante las vacaciones las niñas y niños pastores de Choclococha migran a la ciudad de Huancavelica pero no para trabajar, sino de visita a casa de sus parientes, donde pueden ayudar en las labores familiares. Sin embargo, algunos realizan actividades fuera del entorno familiar, como un niño que se encargaba de la limpieza en la pollería donde trabajaba su padre y una niña que ayuda a su mamá en la venta de verduras en un puesto del mercado. En todo caso, ellos migran a la ciudad no con la motivación de trabajar, aunque eventualmente lo hacen. En contraste, algunos adolescentes de Choclococha que estudian en Huancavelica vuelven a sus comunidades durante las vacaciones escolares y ayudan a sus familias en las labores de pastoreo. En esta comunidad, entonces, encontramos dos posibles formas de trabajo como resultado de la migración: una en la ciudad, aunque con muy poca incidencia en los casos descritos, y otra en la comunidad, donde las y los adolescentes que retornan a ella participan con más frecuencia de las labores de pastoreo familiar.

Todo lo contrario ocurre con los y las adolescentes de Pampapuquio, quienes migran con la intención expresa de trabajar. El principal espacio de trabajo para ellos es la capital, a donde viajan de enero a marzo. Si bien algunos ya han tenido experiencias de trabajo en ciudades cercanas a su comunidad, como Paucará y Acobamba, el foco central de la migración es Lima. La mayoría de los que migra tiene parientes en la capital, quedándose en sus casas durante su estadía (incluso un par de adolescentes señaló tener casa propia ahí). La obtención de trabajo, al igual que con los shipibos y yáneshas, está mediada por las redes familiares, aunque en este caso con mucha mayor frecuencia que con las comunidades amazónicas. En la mayoría de casos, los chicos y chicas ayudan en los negocios familiares de ventas o servicios, y luego, una vez obtenida la experiencia

suficiente, se independizan, incluso a veces, si se trata de venta ambulante, por recomendación de sus propios parientes. Por ejemplo, los chicos (varones) entrevistados se desempeñaban trabajando como cargadores de mercadería, ayudantes en ventas de ropas y alimentos, o como obreros en fábricas y talleres (colchones, ropa, carpintería). Otros trabajan independientemente como lustrabotas o en venta ambulante de marcanos y frutas. Por lo general, el inicio de su migración por trabajo se da entre los 10 y 12 años.

P1: Yo me he ido a Acobamba, ahí tengo mi hermano. Ahí en vacaciones siempre trabajo en parques, cuidando parques, él trabaja ahí y yo me iba a cuidar los parques.

P2: Yo me fui a San Pedro, en San Agustín, por Lima. Pista Nueva. Tengo familia allá, mi tía. He trabajado con mi primo, por Electra. En carreta trabajaba llevando mercadería. Recién he ido este año.

P3: En Lima he ido por Santa Clara, le ayudaba a mi tía a vender ropa en vacaciones.

P4: Todos se van en vacaciones a Lima.

P2: La mayoría.

P5: También he ido a Lima a trabajar desde los 10 años. He trabajado en Santa Clara con carretas llevando mercadería.

P6: En Paucará de mi tía yo cuidaba su mercadería y ella el domingo me pagaba cinco soles. Yo le daba a mi mamá para que de lunes a viernes me dé, un sol cada día en la escuela.

(Grupo de varones de 12 a 14 años, Pampapuquio, Huancavelica).

P2: Yo he trabajado en Lima en fábrica de colchones, fábrica de ropa en San Martín de Porras.

P3: He trabajado con ropa, vendiendo.

P3: Desde 14 años.

P4: Yo he trabajado en carpintería.

P5: He trabajado vendiendo sombrillas en Lima.

(Grupo de varones de 15 a 17 años, Pampapuquio, Huancavelica).

Las niñas y adolescentes de Pampapuquio se dedican principalmente al empleo doméstico y al cuidado de bebés de familiares o conocidos, y en segundo lugar a la venta

ambulante de frutas y gelatinas en Gamarra, ayudando en ventas y también en restaurantes. Las edades de inicio en estos trabajos oscilan entre los 11 y 12 años.

P1: Yo en Lima he trabajado con la fruta, con gelatina, vendiendo. A veces cuando no hay venta vendo gelatina. En Lima cuando voy trabajo en casa, mi prima me dice. Cuando tenía 11 o 12 trabajaba en casa, era de un familiar. Eran vacaciones. Me daban su voluntad.

P2: Mi hermana me da trabajo en Gamarra. Vendo fruta y también cuidaba que no venga el guachimán porque a veces venía y a los ambulantes les quitan.

P3: Yo he trabajado en lo de mi tío, su restaurante, a lavar los platos. En vacaciones. Tenía 11 años.

(Grupo de mujeres de 12 a 14 años, Pampapuquio, Huancavelica).

P1: Sí, en Lima.

P2: Unos trabajan en casa, otros los varones de lustrabotas.

P3: Otros venden fruta, las mujeres mayormente trabajan vendiendo fruta.

P4: Yo he ido desde primaria, 6to grado, 11 años. Vendía fruta en Gamarra

P1: Pero algunos trabajan en hielo, vendiendo marcano.

(Grupo de mujeres de 15 a 17 años, Pampapuquio, Huancavelica).

1.7. Percepciones de las desventajas y el peligro en el trabajo infantil

Las desventajas y concepción del peligro no están directamente asociadas al trabajo que realizan los niños, niñas y adolescentes, sino al ambiente de la ciudad de Lima en general, por ejemplo por la inseguridad en las calles. Esta misma percepción es extensible a otras ciudades en las que algunos han estado. Son los padres quienes exaltan más los peligros de la ciudad como espacio de inseguridad, descontrol e "inmoralidad", pues ellos consideran que los trabajos que realizan sus hijos no son peligrosos en sí mismos porque se dedican a las ventas, cargan mercadería, entre otros empleos vistos como sencillos. Lo que les preocupa particularmente es que sus hijos se dediquen al alcohol o a las fiestas en exceso, de modo que dejen de trabajar y perjudiquen sus

estudios. En otras palabras, el mayor temor de los padres es por el “peligro moral” que encarna la ciudad. Por ello a veces hay desacuerdos entre padres e hijos cuando los primeros se oponen a que trabajen en Lima por un afán de protección, especialmente sobre las chicas.

P1: Ganas cuando trabajas.

P2: Trabajar es bueno, con el negocio.

P3: Yo creo que trabajar es bueno pero como yo trabajaba en Acobamba hasta la noche, creo que es más peligroso de noche. Eso sería la desventaja, pueden pasar accidentes o algo.

(Grupo de varones de 12 a 14 años,
Pampapuquio, Huancavelica).

Una semana nomás he trabajado en casa de mi tía, una semana pero no me gustaba y como yo soy hija única no me dejaban. Pero este año sí voy a trabajar como sea, aunque no quieran. Mi padrastro dice que yo miro a las chicas como son, no quiere que trabaje pero yo

pienso que si no trabajo, entonces cómo voy a vivir. Por eso tengo que trabajar.

(Grupo de mujeres de 15 a 17 años, Pampapuquio,
Huancavelica).

El desgaste y el cansancio por el trabajo en la ciudad son vistos como una posible desventaja, al igual que estar expuestos a estafas o pagos injustos. Sin embargo, hablan de ello como un caso hipotético, no como experiencias propias. Sobre este punto vale la pena recalcar que, si recordamos sus expresiones sobre el cansancio producido por el trabajo agrícola, veremos que este era concreto, pero cuando se refieren al cansancio producido por el trabajo urbano, este es una posibilidad que aún no experimentan quizás porque la experiencia de contraste con la labor campesina exige un esfuerzo físico mucho mayor que no es comparable con sus empleos en la ciudad. Por tanto, el trabajo urbano tendría para ellos una ventaja sobre la labor en el campo en este punto.



2. Recreación y relación con el mundo urbano

El acceso de ambas comunidades al fluido eléctrico y a la señal de telefonía celular les permite tener un consumo de medios de comunicación, como programas de televisión, películas y música, mucho mayor que el de los chicos y chicas de las comunidades amazónicas. Tanto los niños y niñas pastores como las y los adolescentes de Pampapuquio pasaban su tiempo libre viendo dibujos animados, películas, noticias y programas de televisión locales, como *Esto es guerra*, *Combate* y *Al fondo hay sitio*, de gran popularidad en el país. La música también es común entre ambos grupos, géneros como la cumbia, el reguetón y, en el caso de las y los adolescentes, el tecno, el rap, el pop, las baladas, etc., nada muy distinto al consumo de las juventudes urbanas¹⁶.

Los y las adolescentes de Pampapuquio, por su cercanía a la ciudad, van de paseo a Paucará, en donde acuden a cabinas de Internet para chatear, escuchar y descargar música. Sin embargo, al igual que entre los y las adolescentes amazónicas, el uso de Internet es mayor entre los varones que entre las mujeres, sobre todo en los mayores, quienes usan juegos en red. Pampapuquio cuenta con dos cabinas de Internet y WIFI libre al que los chicos y chicas acceden a través de sus celulares, mediante los cuales también escuchan música. Sobre estos, la mayoría de chicos y chicas entrevistados poseen un celular que se han costeadado con su trabajo, siendo pocos los que lo tienen por regalo de sus padres. Usan las redes sociales como el Facebook para chatear con amigos y familiares de Lima, además de usar el Internet para buscar información para las tareas de la escuela.

Por otro lado, los y las adolescentes de Pampapuquio se reúnen en la comunidad para hacer deporte, como jugar fútbol y/o vóley, saliendo a veces a pasear por el río. Los días

domingos van a la feria en Paucará, algunos para vender pero muchos también para pasear y hacer sus compras puesto que la feria es una de las más importantes de la región, donde se reúnen gente de muchos lugares que traen diversidad de productos desde alimentos, ropa, zapatos, música, películas, juegos, hasta productos y herramientas de trabajo, como fertilizantes, plaguicidas, picos, lampas, etc.

Para resumir, la dedicación al trabajo agrícola y al pastoreo en las comunidades andinas como principales actividades económicas persiste y es fuente importante de la socialización infantil dirigida a un futuro ubicado en la ciudad, no en el campo, un futuro que se construye con los aprendizajes de las culturas productivas del campo por el esfuerzo y ética del trabajo inherente. La educación del trabajo agropecuario no busca necesariamente la reproducción de esta actividad como forma de vida de los hijos, sino la adecuación al trabajo en general como forma de subsistencia y autonomía. El vínculo de niños, niñas y adolescentes con el mundo urbano es muy fluido no solo por sus desplazamientos constantes por el trabajo y dependencia del mercado, que no son nuevos, sino por la cada vez mayor presencia de medios de comunicación y tecnologías en los entornos rurales. Si bien esto tampoco es novedad, en las últimas décadas la expansión de este mundo mediático y de entretenimiento dentro de los espacios rurales es mayor, por lo que los idearios de realización urbana, ajenos al mundo de la comunidad, se consolidan cada vez más. Estos factores estimulan y crean expectativas de inserción a la ciudad en búsqueda de trabajo pero también de esparcimiento, expectativas que se refuerzan con los ideales de progreso mediante la educación urbana, no la que se ofrece en las comunidades, pues como vimos más claramente en las familias de pastores en Choclococha, estas son conscientes de la precariedad y las limitaciones de estos servicios en el mundo rural.

¹⁶ Incluso uno de los chicos hizo una aclaración sobre su consumo musical: "nada de huayno".

03

Síntesis
comparada de
las tres regiones
estudiadas

Las tres regiones estudiadas pueden ser divididas al mismo tiempo en dos regiones naturales y culturales distintas como son la Amazonía y los Andes. Sin caer en determinismos geográficos, podemos reconocer que el entorno natural, en tanto favorece ciertas actividades productivas, es parte importante a considerar en la dinámica del trabajo infantil. En los tres casos se practica una agricultura mayormente orientada al mercado y en menor medida para el autoconsumo. Igualmente en los tres casos hacen uso de herramientas rudimentarias y dependen básicamente de la mano de obra familiar, aunque en las comunidades nativas las limitaciones productivas son mayores que en las comunidades andinas, pues estas últimas usan algunas herramientas más tecnificadas (como máquinas para la trilla de cereales) y acceden más a insumos químicos que favorecen su productividad, en contraste a las comunidades amazónicas. La actividad agrícola entre los asháninkas y yáneshas depende de herramientas y procesos de producción distintos a los de la agricultura andina, como el necesario uso de machetes para limpiar las chacras de las plantas que crecen constantemente en el monte amazónico.

La ubicación geográfica, además, influye en el grado de conexión urbana y mercantil donde se ofrece una mayor variedad de trabajos y provee a los niños, niñas y adolescentes de espacios de socialización distintos a los de su comunidad. Las comunidades investigadas, al tener distintos grados de conexión urbana, acceso a servicios y presencia del Estado, mostraban diferencias en los grados de socialización e influencia de los chicos y chicas, dando como resultado que quienes estaban más cerca de la ciudad tenían tendencia a salir a trabajar más tempranamente fuera de sus comunidades, no solo a las ciudades más cercanas sino a la capital, tal como sucede con las y los adolescentes de Pampapuquio en Huancavelica, quienes en gran parte migran a Lima para trabajar durante sus vacaciones, mientras que las y los adolescentes yáneshas y asháninkas lo hacen sobre todo a las ciudades principales de su región, como Villa Rica, Pichanaki y Satipo.

Estas comunidades, tanto en la Sierra como en la Selva alta, están relativamente aisladas geográficamente, y aunque tengan relación con las ciudades, su organización interna está formada por familias con fines de reproducción

de sus condiciones de vida. Por ello, la socialización de sus miembros busca reproducir culturas de conocimiento y trabajo necesarios para la producción y su propio desenvolvimiento en el ambiente local, lo que se logra a partir de una inserción temprana en la producción familiar, a la vez que se les incorpora al sistema nacional de educación, el cual ofrece algunas posibilidades para desenvolverse en las ciudades cercanas y en la capital. En este sentido, debemos considerar que la experiencia del trabajo infantil depende tanto del aprendizaje de las culturas campesinas como de su contacto con las ciudades y el mercado, siendo dicho contacto lo que genera en los niños, niñas y adolescentes nuevas necesidades y aspiraciones que progresivamente los alejan de sus comunidades. De este modo, a pesar de las diferencias socioculturales entre las regiones, estas coinciden en que su origen étnico-cultural tiene un rol importante en el aprendizaje del trabajo como reproducción de la cultura local y como medio central para su subsistencia más allá del entorno rural, o en otras palabras, en las ciudades.

1. El trabajo familiar

En las tres regiones con comunidades dedicadas a la agricultura, la mayoría de padres e hijos se referían a las actividades agrícolas que realizaban en el contexto familiar como trabajo, a secas. No ocurre lo mismo con las tareas domésticas que no se conciben expresamente como trabajo, sino como las “cosas de la casa”, como la limpieza y la cocina.

Cuando los interpelamos para que nos expliquen con mayor precisión la diferencia entre trabajo y ayuda, los hijos consideran trabajo como las labores realizadas para personas ajenas a su familia, por las cuales reciben un sueldo y se les exige un horario y cumplimientos determinados. Tanto en las comunidades amazónicas como en las andinas varios señalan que no hay grandes diferencias, básicamente por dos motivos: es un trabajo en tanto actividad productiva mediante la cual obtienen recursos alimenticios y monetarios para su subsistencia familiar, a la vez que es una ayuda en tanto es una actividad colectiva en la que todos los miembros de la familia participan ayudándose entre sí, es decir, la

responsabilidad no recae en uno solo, sino en toda la familia que se apoya mutuamente para el bien común. Para ellos, no existen diferencias rígidas entre ayuda y trabajo. Además, para los y las adolescentes la independencia en su realización, la remuneración y el disfrute de las ganancias fruto de ello, son características claves para su definición del trabajo, en contraste con las labores realizadas dentro del núcleo familiar.

Las percepciones y valoraciones de los niños, niñas y adolescentes sobre el trabajo familiar son similares en las tres regiones. Y si bien en un inicio no hay diferencias significativas por género, las percepciones y el disfrute cambian a medida que pasa el tiempo y llegan a la adolescencia. Así tenemos que los niños y niñas yáneshas y asháninkas, en general, gustan de ayudar a sus padres en las labores agrícolas, siendo las y los adolescentes los que muestran progresivamente su

desagrado, aburrimiento y cansancio ante las condiciones naturales del entorno. El supuesto disfrute inicial de la niñez, alimentado por cierto sentido del deber, se va reduciendo con su crecimiento en la medida en que aumenta el tiempo dedicado a estas labores, tomando conciencia de las dificultades existentes y desarrollando otras expectativas sociales. Los y las adolescentes de Huancavelica siguen más o menos el mismo proceso: el inicial disfrute mediante lo lúdico de su inserción a la labor de la chacra se convierte en un progresivo aburrimiento, cansancio y hasta a veces indiferencia, valorando el trabajo en el campo como una costumbre que ni les desagrada ni les gusta.

Durante la niñez, pero especialmente en la adolescencia, los hijos e hijas son conscientes del lugar que su trabajo ocupa en la producción familiar de alimentos y en la generación de dinero mediante la venta de sus cultivos. Aunque no lo



Son relaciones recíprocas en las que todos los miembros de la familia aportan algo para el sustento colectivo

expresan en términos explícitos, son conscientes del valor económico de su trabajo familiar. La excepción han sido las niñas y niños pastores de Choclococha quienes no atribuyen un carácter económico a sus ayudas y participación en las labores familiares¹⁷. Asimismo, los chicos y chicas ubican las labores familiares en un contexto de reciprocidad en el que la ejecución de sus labores es retribuida por los padres cuando cubren sus necesidades básicas. Son relaciones recíprocas en las que todos los miembros de la familia aportan algo para el sustento colectivo. El mantenimiento y expresión de vínculos afectivos es también una causa que señalan particularmente los chicos y chicas más pequeños de las tres regiones. Sin embargo, con el paso del tiempo aumenta entre las y los adolescentes el rechazo por el trabajo agrícola y un interés mayor en la recreación con sus grupos de pares, la salida fuera de la comunidad y el consumo de medios y tecnologías. Ello produce en varios casos una reducción de su participación en las labores del campo, lo que es percibido por los padres como una rebeldía y una “terquedad” inherente a la adolescencia.

En contraste con sus hijos, para los padres de las tres regiones la importancia del trabajo familiar radica principalmente en su carácter formativo, siendo este una manera en que aprenden sobre responsabilidad, laboriosidad y autonomía, además de que conocen el trabajo que se realiza comúnmente en las zonas rurales y cercanas a sus comunidades. Esta valoración se centra en la preparación para el futuro de sus hijos y no tanto en el carácter económico que tiene su participación en las tareas familiares, como señalan los menores. El que los padres alegaran sobre todo fines formativos en detrimento del valor económico no significa que no sean conscientes de este último. El énfasis que hacen en la dimensión formativa es posiblemente una forma de ponerse a cubierto de posibles acusaciones de estar sobrecargando de labores o explotando a sus niños y niñas, en perjuicio de sus derechos, como incluso nos lo hizo notar uno de los padres de Pampapuquio. En ese mismo sentido, varios padres tienden a minimizar las labores que realizan sus hijos e hijas en casa y en la chacra, sobre todo con la frecuencia en que las realizan. Incluso afirman que los niños y niñas solo ayudan un poco, especialmente los fines de semana, porque básicamente se dedican a sus tareas del colegio. Esta relativización del valor de la ayuda de los hijos e hijas puede también obedecer al deseo de mostrar que su principal dedicación debe ser la escuela; de hecho, la educación es una aspiración muy fuertemente expresada en sus discursos, siendo razonable pensar que los padres no desean transmitir la imagen de estar limitando estas posibilidades a sus hijos e hijas.

Otra razón que los padres consideraban importante para que sus hijos e hijas conozcan el trabajo agrícola, es la necesidad de que sepan que este es propio de su cultura, a modo de identificación de sus orígenes familiares. Insisten en que sus hijos e hijas deben conocer la vida del campo como parte de un reconocimiento y valoración de su identidad cultural.

En suma, la importancia en la formación personal, el conocimiento e identificación del trabajo agrícola como parte de sus culturas de origen y la concepción del trabajo como actividad colectiva que compete a todos los miembros de la familia, son las razones principales de los padres para que sus hijos e hijas trabajen en el campo.

17 Quizás porque los informantes no estaban tan involucrados en las labores pastoriles y por la existencia de actividades económicas paralelas, como el empleo de los padres en una empresa de criaderos de truchas.

2. El trabajo remunerado

El trabajo que realizan los niños, niñas y adolescentes es concebido por ellos y sus familias como una actividad a través de la cual obtienen un pago y que tiene ciertas características que lo distancian del trabajo familiar. Estas características son básicamente tres: requerimiento de horario y productividad demandada, realización independiente de la familia y un pago para los gastos propios. Y si bien cada grupo, de la Selva y de la Sierra, incide más en uno u otro de estos elementos, todos coinciden en diferenciarlas de las labores que realizan en familia.

La ejecución al margen de la familia no debe leerse como desligada completamente de ella, pues en varios casos de los tres ámbitos la obtención de trabajo depende de las redes familiares, especialmente en la comunidad campesina de Pampapuquio. Esto debe entenderse como una actividad que no es realizada para el bien común de la familia, si se quiere, sino para la obtención de un pago sobre el cual niños, niñas y adolescentes deciden independientemente de su familia. En otras palabras, su idea de trabajo, ajena a la labor familiar, no solo se vincula a una remuneración sino a su realización para beneficio propio en lugar de dirigida al bien común en el contexto de labores colectivas, aun cuando ellos pueden colaborar con algunos gastos, como alimentos para la familia, si así lo deciden. La idea de un horario de trabajo establecido también es relativa pues varios adolescentes huancavelicanos que trabajan en la ciudad se dedican a la venta ambulante, por lo que ellos determinan su horario de trabajo.

De igual modo, también existe una relación entre trabajo y migración laboral, pues frecuentemente los primeros trabajos que realizan los chicos y chicas son fuera de la comunidad, ya sea como jornaleros agrícolas en comunidades o regiones vecinas, en el caso de los niños y adolescentes amazónicos, o como vendedores y ayudantes de servicios en los distritos aledaños, e incluso Lima, en el caso de los adolescentes huancavelicanos de la comunidad campesina.

Desde luego hay matices en estas experiencias. Tanto las chicas de las comunidades amazónicas como las de la comunidad agrícola de Huancavelica realizan eventualmente labores de limpieza y cuidado de niños y niñas de sus

familiares, a las que aluden a veces como trabajo y ayuda a la vez, siendo diferente con lo esbozado líneas arriba en que el dinero que reciben por dichas tareas nunca es entendido como un pago, ni es establecido previamente, sino que se trata de una propina entregada voluntariamente por sus parientes. Las propinas son algo frecuente en la realización de actividades para los familiares o personas cercanas dentro de sus comunidades. Esto no se acuerda previamente a la actividad, se da en retribución a algo que se percibe como ayuda cuando las personas involucradas tienen algún tipo de vínculo familiar o amical, por lo general dentro de la comunidad, basado en relaciones de reciprocidad, una lógica en la que las personas se ayudan mutuamente cuando lo necesitan. Eventualmente los pagos por jornadas agrícolas también pueden saldarse con productos de cultivo en cuya producción los chicos o chicas han participado.

Esta lógica de reciprocidad en el trabajo campesino es más frecuente y evidente en Huancavelica, marcando sus concepciones sobre el trabajo. La realización de jornadas agrícolas mediante el *ayni* entre las familias influye en la percepción de las y los adolescentes sobre sus actividades porque no lo consideran explícitamente un trabajo como otros, sino una suerte de ayuda por la cual reciben propinas que dependen del agradecimiento de los beneficiados, que en un futuro retribuirán con la misma ayuda cuando su familia lo necesite. Esto es importante de considerar porque marca una diferencia con otras actividades que realizan chicos y chicas a las que sí denominan trabajo en sentido remunerativo.

El principal valor que los chicos y chicas entrevistados atribuyen al trabajo es la remuneración para solventar sus propios gastos, sin hablar de ninguna dimensión formativa, como en las labores familiares. Y si bien el manejo del dinero obtenido es una muestra de la autonomía en sus decisiones, existen diferencias regionales en algunos puntos sobre el ahorro y la entrega voluntaria del dinero ganado a sus padres. En las comunidades amazónicas, conforme van creciendo los niños, niñas y adolescentes, cambian el destino de sus gastos y manejan su dinero de manera más independiente. Los niños y niñas de estas comunidades que perciben algún dinero por trabajos o ayudas eventuales se compran golosinas o llevan alimentos para la familia. Si ganan más, algunos reservan una parte del dinero para ellos,

Existe entre la población joven un incremento de necesidades de consumo urbano y deseo de inserción al mundo “moderno”

mientras que otros se la entregan a su madre. Esto cambia con la llegada de la adolescencia pues es en ese momento en que disminuyen sus márgenes de ahorro e incrementan sus gastos, principalmente en ropa y útiles escolares. En Huancavelica, a diferencia de sus pares amazónicos, las y los adolescentes mostraron mayor propensión al ahorro y a entregar el dinero a sus madres para que lo guardaran.

Lo notable de la toma de decisiones en las y los adolescentes, en general, es que hay un deseo de autonomía para invertir el dinero ganado en gastos de consumo urbano y mediático: ropa, aparatos electrónicos (celulares y pequeñas radios) y en empleo de su tiempo libre. Al margen de la pobreza, constantemente vista como el principal móvil del trabajo infantil, existe entre la población joven un incremento de necesidades de consumo urbano y deseo de inserción al mundo “moderno”, cuyos costos cubren con el trabajo temprano fuera de sus hogares. A pesar de que en las familias amazónicas y andinas hay una fuerte valoración del trabajo agrícola, la vida campesina en general no es una

meta que se aspire a conservar pues también se la vincula con la pobreza, el sufrimiento y un gran esfuerzo físico.

Así tenemos que las y los jóvenes se mueven entre la reproducción de la vida campesina aprendida de sus padres (y su socialización primaria expresada en las labores familiares) y la atracción a la vida urbana, a la que acceden por su incorporación al mercado laboral mediante la migración. Tanto las formas de socialización urbana, que cada vez más experimentan las y los adolescentes, como los ideales de progreso de sus padres a través de la educación, alientan rápidamente un proceso de abandono del campo que es evidente desde hace décadas con la creciente migración de jóvenes campesinos a las ciudades. Asimismo, las aspiraciones educativas parecen ser más fuertes entre los padres que entre los hijos, quienes en buena parte se inician en el mundo laboral para satisfacer deseos de consumo, pasando rápidamente de trabajadores a ser consumidores.

3. La migración laboral

Tal como hemos visto, al margen del trabajo agrícola remunerado que realizan los niños, niñas y adolescentes de las comunidades amazónicas, un espacio importante para la inserción al mercado laboral es la ciudad. Las y los adolescentes amazónicos migran principalmente a las ciudades más cercanas a su comunidad, como Pichanaki y Satipo en el caso asháninka, y a Villa Rica y Cacazú en el caso de los yáneshas, aunque también algunos migran a Lima. Algunos niños y niñas yáneshas de Ñagazú también manifestaron ir a otras comunidades cercanas a la suya, como a San Pedro de Pichanaz y a localidades como la Raya y Loma Linda, donde trabajaban ocasionalmente como jornaleros. Esta migración es temporal, durante las vacaciones escolares.

Cabe recalcar que existe un gran contraste entre la migración de adolescentes amazónicos y andinos. Los primeros migran sobre todo a las ciudades cercanas a su comunidad, mientras que los huancavelicanos migran en su mayoría a Lima, apenas acaba su período de clases en diciembre. Una razón posible tiene que ver con el grado de conexión a las ciudades y la existencia de redes familiares

que apoyen el establecimiento temporal de los chicos y chicas en la ciudad. Por lo visto, entre las y los adolescentes amazónicos, si bien muchos obtienen trabajos mediante familiares y conocidos, varios lo buscan por su cuenta, migran solos o están en constante ida y vuelta, dependiendo de la cercanía de su comunidad. En cambio, las y los adolescentes huancavelicanos (Pampapuquio) migran a Lima a trabajar con sus familiares o paisanos, o en trabajos que ellos mismos encuentran, viviendo en casas de parientes o, en ciertos casos, en la de su propia familia. Estas redes familiares disminuyen los costos de la migración en Lima, lo que no parece ocurrir entre los pocos casos que conocimos entre chicos amazónicos, quienes deben incurrir en mayores gastos durante su estadía en la ciudad (por alojamiento y alimentación principalmente). Cabe señalar que algunos chicos y chicas huancavelicanos envían dinero y productos a sus padres mientras están trabajando en Lima, brindando en ese sentido un mayor aporte voluntario a sus familias, en contraste con los amazónicos. No hay que olvidar, sin embargo que, como diversas investigaciones antropológicas han señalado desde los años 80, la planificación, la ética del trabajo y el ahorro entre las poblaciones andinas han sido pilares fundamentales para su inserción e integración en la ciudad¹⁸. Por lo tanto, el acceso a redes de apoyo es importante en la migración laboral tanto para conseguir empleo como para el alojamiento. Entre los campesinos andinos no menos importante es el aprendizaje de un oficio con el cual se aspira a ser independiente. Por ejemplo, algunas adolescentes huancavelicanas refirieron que se iniciaron ayudando a algún familiar en la venta de frutas, para con el tiempo, y luego de haber ganado experiencia, independizarse y vender solas.

En suma, los trabajos familiares y remunerados de los niños, niñas y adolescentes son muy variados. Se inician en el entorno familiar pero también dependen en gran medida de movimientos migratorios a la ciudad, no solo de la migración que ellos realizan individualmente, sino la de sus parientes que se instalan previamente en la ciudad y la de sus padres que migran por trabajos temporales y los llevan consigo, tal como vimos en Pampapuquio (Huancavelica) y en algunos yáneshas (Pasco).

4. La idea del peligro

En general, el peligro no está directamente vinculado a las actividades domésticas o productivas que realizan los chicos y chicas cotidianamente. En principio, los niños y niñas asháninkas no le atribuyen directamente un potencial peligro a sus actividades, aunque con el tiempo tanto ellos como sus padres lo advierten en el uso de las herramientas punzocortantes que necesitan para sus labores. En este punto hay una diferencia clara entre los niños y niñas asháninkas y los yáneshas, estos últimos sí se referían desde un inicio a la posibilidad del peligro del uso del machete, en contraste con los asháninkas que solo lo hicieron en un segundo momento, al confrontarlos con sus propias narraciones acerca de cortes, golpes y caídas durante su labor en la chacra. Este temprano reconocimiento de los yáneshas tal vez responda a los contextos diferenciados de sus experiencias de vida, ya que tienen una influencia urbana mayor que los asháninkas estudiados, lo que puede proveerles de ideas sobre el cuidado y el peligro que implica la manipulación de ciertas herramientas.

Así, a medida que pasa el tiempo se producen cambios en sus percepciones sobre el peligro: los niños mayores (varones) y los adolescentes de las tres regiones reparan en que la manipulación de herramientas como el machete, el pico o la lampa pueden producirles cortes o golpes. Se trata este de un cambio de percepción progresivo que aparece durante su crecimiento, probablemente ante nuevas influencias y enseñanzas ausentes en la niñez. No obstante, en ningún caso esta percepción alude a un peligro alarmante, sino que es entendido como algo propio dentro de sus actividades y que en la mayoría de los casos es manejable. Por otro lado, los adolescentes (varones) de Pampapuquio añaden que la manipulación directa de fertilizantes y plaguicidas químicos son potencialmente un peligro, sobre todo para los niños y niñas, por el aseo y el almacenamiento inadecuados, lo que puede provocar intoxicaciones.

La naturaleza agreste y lejana también es percibida como un peligro potencial en los tres casos. Por ejemplo, las referencias más recurrentes sobre el peligro en las

18 Por ejemplo, ver: Golte, Jürgen y Adams, Norma. *Los caballos de Troya de los invasores. Estrategias campesinas en la conquista de la gran Lima*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos (IEP), 1987; y Degregori, Carlos Iván y otros. *Conquistadores de un nuevo mundo. De invasores a ciudadanos en San Martín de Porres*. Lima: IEP, 1986.

comunidades amazónicas se ubican en el monte, en lo profundo, por la presencia de culebras e insectos que producen fuertes picaduras y que los chicos y chicas por su inexperiencia tal vez no pueden enfrentar. Los niños pastores de Huancavelica también ubican el peligro en el entorno natural, especialmente en el lejano, donde podrían caerse, lastimarse o ser atacados por animales como el zorro y el puma. Asimismo, las condiciones climáticas del ambiente pastoril, como la lluvia, los rayos y el granizo, dificultan la realización de estas tareas y pueden afectar a los niños y niñas. A todo ello debe sumársele que la distancia y una naturaleza desconocida alimentan la existencia de relatos sobre seres sobrenaturales que atemorizan no solo a los más pequeños, sino también a algunos adolescentes de Pampapuquio. Sin embargo, precisamente por su lejanía, son espacios inhabitados por donde la gente está de paso y no donde se realice su trabajo cotidiano.

Hasta aquí nos hemos referido solo a la percepción de peligro en las labores familiares y no en las que tienen que ver con el trabajo remunerado. Lo que podemos decir al respecto es que las percepciones no son sustancialmente distintas. Si bien los peligros que se perciben en los trabajos fuera de la comunidad, básicamente en las ciudades, son otros, en ambos casos estos se observan en el entorno y no en la actividad en sí misma. Padres e hijos ven a la ciudad como un espacio de peligro por la inseguridad que se manifiesta en accidentes de tránsito, robos, pagos injustos o estafas en el trabajo. Sumado a ello los padres inciden en el “peligro moral” que encarna la ciudad por el descontrol y rebeldía juvenil que podría desembocar en pandillaje o vicios como la drogadicción y el alcoholismo, lo que alejaría a sus hijos e hijas de sus ideales de trabajo y educación.



Ya sea el uso de herramientas o el entorno del trabajo (naturaleza o ciudad) lo que se percibe como peligroso, ninguno de estos factores impide la participación del trabajo familiar desde la niñez ni la inserción al mundo laboral urbano. Probablemente el peligro que se ubica en ambos factores no es especialmente preocupante porque hay otros elementos que los neutralizan y atraviesan toda la dinámica del trabajo familiar que estamos reseñando: la alta valoración económica y social del trabajo, la concepción de labores compartidas entre todos los miembros de la familia y la necesidad de cubrir necesidades básicas y otras nuevas de consumo urbano por los cambios culturales de las generaciones jóvenes.

5. Perspectivas culturales de crianza, educación y trabajo

5.1. El aprendizaje lúdico

Para los niños y niñas amazónicos sus aprendizajes iniciales del trabajo agrícola son entretenimiento y diversión por su aproximación mediante el juego. Esto se da especialmente en las actividades tradicionalmente atribuidas a los varones, como la pesca y la cacería, las cuales son del disfrute de los más pequeños porque implican el desarrollo de habilidades ligadas a la destreza y astucia, con cierto sentido de aventura, que destacan orgullosamente al enfrentarse a animales silvestres que logran “vencer” en la cacería. Los niños de la comunidad agrícola de Huancavelica también tienen una aproximación lúdica a las labores campesinas, aunque sus padres van un poco más allá en la enseñanza y estimulación del trabajo al elaborar pequeñas herramientas de cultivo para que sus hijos participen como jugando. Si bien en el caso de los niños pastores estos no se dedican a actividades agrícolas, sí existe un vínculo con el juego en la realización de las labores de pastoreo pues tienen un margen de dedicación a actividades paralelas mientras el ganado se alimenta. Este margen de juego, aunque no está directamente relacionado al aprendizaje de la actividad misma, es un factor que hace que los niños de alguna manera disfruten las tareas que llevan a cabo y que su inserción sea llevadera.

En cuanto a las niñas, en ningún caso se hizo explícitamente particular el valor del juego en su aprendizaje de las tareas familiares, salvo cuando tanto las niñas y niños amazónicos señalaban su gusto por ir a la chacra porque pueden pasear, trepar a los árboles y jugar con sus hermanos y amigos. Entonces, los estímulos a través del juego en la temprana socialización en la actividad agrícola familiar son distintos en la Amazonía y en los Andes: entre los campesinos andinos habría una estimulación más clara y directa de los padres, mientras que entre los chicos y chicas de las comunidades amazónicas el estímulo estaría dado por el entorno natural mismo en el que pueden jugar y explorar más libremente. Por lo tanto, el juego como mecanismo y estímulo de aprendizaje, o como una manera de hacer llevaderas las actividades que realizan, es un factor importante en la socialización para el trabajo familiar. Probablemente este factor lúdico alrededor de algunas actividades relativiza lo que podría verse como peligroso o difícil en otros ámbitos. Por ejemplo, los padres en las comunidades amazónicas, en general, no ven el temprano uso del machete como riesgoso, a pesar de su gran tamaño. Además, los niños y niñas dicen usar a veces cuchillos o machetes más pequeños que los de sus padres porque su uso es necesario para la mayoría de tareas agrícolas y domésticas, desde cortar leña hasta el corte de maleza en sus chacras, y/o abrirse camino en ellas cuando las plantas crecen rápidamente en la época húmeda. El aprendizaje además de progresivo se da sobre todo a través de la observación, la imitación y la enseñanza directa de los padres, aunque los adolescentes inciden en un aprendizaje más autónomo que se afianza en el tiempo.

5.2. Concepciones de niñez y cambios en la adolescencia

La concepción de la niñez, aunque no fue referida directamente, no implica una etapa de especial cuidado y protección ante una supuesta vulnerabilidad, como podría observarse en una visión moderna y urbana. No hay divisiones rígidas entre niños y adultos en cuanto al lugar que tiene cada uno en las labores familiares. En las familias hay una clara idea de responsabilidades compartidas que no exime a los más pequeños de participar, sino todo lo contrario, se estimula su inserción desde edades tempranas

El ideal educativo tiene un peso mayor en las comunidades de Huancavelica en comparación a las comunidades amazónicas

y a través de actividades que desarrollan progresivamente sus capacidades. En un entorno social que depende de la producción agrícola familiar, el involucramiento en esta es casi un imperativo pues la chacra misma, por el tiempo y esfuerzo que demanda, es un espacio de socialización imprescindible. Así tenemos que si bien no se obliga a los hijos a trabajar dentro de la familia, el entorno lo estimula porque lo que se realiza son actividades de las cuales todos dependen, por lo que se espera que todos participen. En términos simples la lógica es bien resumida por varios padres: “todos comen, todos deben trabajar”.

Por otro lado, para los padres la adolescencia aparece como una etapa de visibles cambios de comportamiento y actitud en sus hijos. Estos cambios no tienen una edad precisa, muchos referían los 11 años mientras otros los 13 o 14, como los momentos en los cuales se manifiestan en cierta rebeldía y rechazo parcial a las labores de la chacra, a diferencia de como lo hacían cuando niños sin replicar. Además de esta rebeldía, también aparecen las ganas de salir de la

comunidad, pasear, divertirse y, sobre todo, la preocupación por el arreglo personal, especialmente en las chicas. Estas ansias y nuevas actitudes estimulan a los y las adolescentes a la búsqueda de empleo remunerado para solventar sus gastos de ropa y entretenimiento. Estas actitudes atribuidas a los y las adolescentes no difieren de los referidos para cualquier otro grupo de adolescentes urbanos, salvo que en el contexto de las comunidades nativas dichos cambios contribuyen al progresivo alejamiento de sus hogares en búsqueda de otro tipo de trabajo y ambiente. Como señalan algunos padres, los chicos y chicas “quieren modernizarse”, en tanto incorporan referentes culturales de consumo urbano en su identidad.

Acá de diferencia a los niños cuando por decir, su mamá y su papá les dejan salir. Ya se salen y están cambiando, ya no quieren andar como antes, en sandalias, ya quieren vestirse, arreglarse y como a veces sus papás no les dan, ya quieren ir a trabajar. Trabajan para vestirse.

(Madre, 30 años,
San Francisco, Pasco).

Vemos que su adolescencia, 12 años, ya cambia. Primero cuando está niñita hace caso, ayuda a su mamá pero ya con 12, 15, empieza a cambiarse, quiere salir, a su mamá le contesta. Ya sale ya. Cuando hay 15 años ya no quiere hacer sus cosas. Los hombres también a los 12, 13 años ya salen ya, ya sale a trabajar. Consigue su dinerito y ya se va. Ayudan pero poco, no como debe ser, ya quiere salir y ganarse su dinerito, quiere divertirse. Quiere cambiar, modernizarse con su vestimenta. Escucha música también, cambiado.

(Padre, 38 años,
Santa María de Autiki, Junín).

Tienen una flojera, ya no quiere hacer caso. Quiere salir, divertirse, como adolescente. Eso pasa a todos nosotros entendemos que tienen su adolescencia, quiere divertirse con sus amigos.

(Padre, 45 años,
Pampapuquio, Huancavelica).

Sobre este punto, los yáneshas precisaron otras ideas sobre los cambios en esta etapa. Se trata particularmente de las mujeres adolescentes, quienes pasan por un rito de pasaje denominado “enchozada”, que marca el paso de la niñez a la adolescencia en tanto etapa en la cual la mujer ya está lista para ser madre y formar una familia. Esta práctica ritual es común entre diversos grupos étnicos de la Amazonía, aunque ha ido desapareciendo en algunos lugares debido a influencias externas y otros factores sociales que nos exceden en esta investigación. Para el caso que nos ocupa, esta práctica solo se realiza en la comunidad de San Francisco, que se encuentra más alejada de la ciudad que Ñagazú, en la cual desde hace muchos años no se lleva a cabo, según sus propios miembros. La “enchozada” consiste en el aislamiento de la mujer en un cuarto de la casa durante un mes, o incluso más, desde el inicio de su primera menstruación. El objetivo es su preparación y “curación” mediante una alimentación sana, sin sal, baños e ingesta de diversas plantas medicinales que la fortalecerán para enfrentar un posible embarazo que procure la salud del bebé. En este período le enseñan a hilar e ingiere comidas y bebidas que tienen como propósito obtener otras habilidades, como ser fuerte y trabajadora. El encierro es muy estricto y no puede ser vista por nadie, muchos menos por varones, solo por la madre. Esta práctica se realiza cada vez menos en San Francisco y depende del acuerdo entre la adolescente y su familia. Con el tiempo, menos personas la llevan a cabo, ya sea por decisión de la adolescente o de sus padres, en especial porque si se encuentran en período escolar, algunas prefieren no faltar a clases.

Lo interesante de destacar aquí es que si bien la concepción de la adolescencia femenina proveniente de la cultura yánesha se expresa aún en prácticas como la mencionada, la realización de dicho rito ha ido disminuyendo con los cambios en la mentalidad de las familias y en las adolescentes por su contacto con nuevos agentes de socialización, y por la importancia de la asistencia escolar. Así, el ideal de la educación frente a la preparación de la vida reproductiva parece haber adquirido un peso superior, al mismo tiempo que quizás actualmente las chicas tengan un margen de decisión mayor sobre la realización de esta práctica.

**El ideal de la
educación frente
a la preparación
de la vida
reproductiva
parece haber
adquirido un peso
superior**

5.3. La autonomía entre las familias nativas amazónicas

El aprendizaje temprano del trabajo familiar, la escasez de recursos y la alta valoración del trabajo como medio de subsistencia muestran que características como la autonomía y la independencia son muy importantes en la crianza. Frecuentemente la participación de niños, niñas o adolescentes en el trabajo es vista desde afuera como una “despreocupación” de los padres en la alimentación y educación de sus hijos, como oímos repetidas veces entre los colonos y algunos nativos con mayor influencia de las ciudades y las instituciones estatales. No obstante, tanto la decisión propia de salir a trabajar como la previa participación de los hijos e hijas en la economía familiar son fuertemente valoradas y estimuladas como una manera de educarlos a valerse por sí solos. Es un aprendizaje dirigido a la autonomía que, a diferencia del entorno urbano, se inicia a una edad temprana porque el contexto de dependencia de mano de obra así lo amerita.

Muchos niños, niñas y adolescentes desde aproximadamente los 11 y 12 años ya empiezan a sustentar parte de sus gastos y se hacen cargo de las labores de la casa entre los hermanos y hermanas, debido a las largas ausencias de sus padres en temporadas de migración laboral o por pasar todo el día en su chacra. Por este motivo, no hay una especial atención en el cuidado y protección de las niñas y niños pequeños en el hogar de parte de sus padres, tempranamente deben manejarse solos o acompañados de hermanos y amigos de sus edades. Es común ver a los niños y niñas moverse libremente por la comunidad, jugando y yendo a sus chacras, pues dicho espacio es visto como propio y relativamente seguro, donde ellos pueden manejarse. Los padres y madres no cuentan con el tiempo para estar pendientes de lo que sus hijos e hijas hacen durante el día.

Del aprendizaje de las labores domésticas y productivas a la inserción en el trabajo agrícola remunerado hay un paso muy corto, pues las habilidades y conocimientos ya los han aprendido en el seno familiar, por lo que pueden desempeñarse laboralmente en este campo, más aún si eso conlleva recibir un sueldo que, aunque mínimo, puede cubrir parte de sus necesidades. De esta manera los padres pueden trabajar para conseguir el alimento básico y cuidar a las hijas e hijos más pequeños de una prole relativamente numerosa, hasta que estos puedan empezar también a desempeñar tareas en el hogar.

La vida reproductiva es un factor a tomar en cuenta en este análisis porque el inicio de la vida sexual y el nacimiento de los hijos e hijas implican asumir responsabilidades familiares como el trabajo. Estos factores influyen en el forjamiento de la independencia temprana porque en las comunidades amazónicas gran parte de los embarazos ocurren durante la adolescencia, alrededor de los 14 años, por lo que tanto hombres y mujeres están conminados a un desarrollo temprano de sus capacidades para la formación de su propia familia. Actualmente hay algunos cambios en esta situación, pues según las madres más jóvenes el número de hijos e hijas se está reduciendo en las últimas generaciones debido a la mayor difusión de conocimientos y programas de planificación familiar y salud reproductiva desde las instituciones públicas y privadas que intervienen en la zona.

Aunque la formación familiar del trabajo es también muy importante entre los campesinos de Huancavelica, el fomento de la autonomía en niños, niñas y adolescentes es mayor en las comunidades amazónicas, mientras que este rasgo entre los campesinos andinos parece ser compensado con la dependencia mutua de redes de apoyo que dinamizan la economía familiar y contribuyen a la inserción laboral de chicos y chicas en la ciudad, tal como vimos previamente.

5.4. Trabajo colectivo y planificación en los Andes

Otra característica contrastante entre andinos y amazónicos es la tendencia de los primeros hacia el ahorro que, como señalamos, es potenciada por cierta reducción de costos de la migración que las redes familiares permiten. Además, la necesidad de planificar y organizar el trabajo, en un contexto de escasez de recursos y de difíciles condiciones climáticas y geográficas, en cierto modo estimula una ética de trabajo particular. En tal sentido, valores como la laboriosidad para el duro trabajo agrícola, la solidaridad para trabajar colectivamente y una visión de futuro para planificar se hacen indispensables.

En contraste, en los casos estudiados en la Amazonía, el manejo de la producción familiar no evidencia planificación ni inversión futura quizás porque la población cuenta con pocos recursos y, por lo general, no organiza el trabajo colectivamente más allá de la familia nuclear. En comparación con los Andes, las comunidades amazónicas parecen trabajar con una visión más inmediatista de su producción, sin una proyección similar de futuro, lógica que quizás responda a una antigua percepción de la Amazonía como espacio fértil y abundante, de recursos cuasi inagotables.

De igual modo, las aspiraciones educativas son mayores, o al menos más enfatizadas, entre las familias andinas que en las amazónicas. Es más visible una proyección a futuro que quizás algo tiene que ver con la planificación como imperativo en las culturas productivas andinas, además de contar con condiciones sociales más favorables que los amazónicos, como una mayor conexión urbana, un mayor acceso a servicios y presencia del Estado en educación, todo lo cual alimenta sus aspiraciones de desarrollo fuera de la comunidad.



5.5. Diálogo familiar y relativización de otros agentes en la socialización adolescente

Como la adolescencia es vista como una etapa relativamente problemática por el comportamiento rebelde de chicos y chicas, sus ganas de salir de la comunidad, pasar más tiempo libre con sus pares y la disminución de su disposición al trabajo familiar, los padres apelan al diálogo como manera de enfrentar estos cambios. Entre las familias amazónicas, las quejas sobre el rechazo a las labores familiares fueron un poco mayores que entre los huancavelicanos, tal vez porque las y los adolescentes shipibos y yáneshas prefieren salir a trabajar e invertir el dinero que ganan en sus propios gastos, mientras que en Huancavelica las y los adolescentes suelen entregar parte de su dinero a sus padres y colaboran

más en los gastos familiares. De otro lado, algunas experiencias de padres de la comunidad ganadera, que tienen a sus hijos e hijas adolescentes viviendo y estudiando en la ciudad de Huancavelica, son ilustrativas sobre estos cambios y alejamiento de la experiencia juvenil frente a la socialización familiar, ya que cuando los visitan, sus hijas e hijos ya no quieren recibir órdenes y los sienten distantes y diferentes a como eran cuando aún vivían en la comunidad. Los cambios así expuestos por las familias responden a un mayor contacto en la adolescencia con el mundo urbano que les provee de nuevas expectativas sociales que los alejan de sus comunidades y que podrían decantar en “perdición” ante la falta de control familiar en la ciudad. Sin embargo, los padres insisten en que lo principal para evitar que los hijos se desvíen del ideal trazado en la

El progreso de los hijos a través de la educación es visto como un mecanismo que ayudará también a la familia

educación y el trabajo, es el constante diálogo y formación familiar que les brindan en casa. Es decir, por un lado los padres son conscientes de que el mundo urbano ofrece mensajes diversos que pueden influir negativamente en el comportamiento de sus hijos, pero por otro lado aún creen que la formación familiar y el diálogo son más importantes que otros espacios de socialización.

Cabe recalcar que los padres tienden a invisibilizar o minimizar la influencia de otros agentes sociales, a pesar de que el cambio generacional y las aspiraciones urbanas son notables. Como ven a la ciudad como un espacio de “peligro moral”, muchos se aferran a la idea del mantenimiento de valores familiares quizás como una forma de sublimar estos

temores porque no pueden impedir el contacto de sus hijos con las ciudades. Queda por ver si estos cambios en la socialización adolescente, hasta el momento evidente en sus aspiraciones de consumo, marcan también un cambio en sus ideales y expectativas de futuro basados en el trabajo y la educación, que es en general la gran preocupación de los padres.

5.6. Ideales de educación

En cada caso, hemos identificado que las aspiraciones de progreso de las familias se centran en la educación de sus hijos. La mayoría de chicos y chicas también muestran sus deseos de acceder a una educación superior, aunque algunos no precisan cuál es su visión de futuro¹⁹. La idea del progreso educativo en las comunidades amazónicas es particularmente fuerte entre los padres de familia más jóvenes. De igual modo también se encontró a un grupo pequeño de padres ya mayores que señalaban como ideal la profesionalización de sus hijos, aunque relativizan su discurso bajo la premisa de que son ellos mismos los que deben decidir qué hacer con su vida (estudiar o trabajar), ya que no se les puede obligar. Probablemente esto sea una muestra del ideal de autonomía en su crianza que los forma para tomar sus propias decisiones. Cabe recalcar que el progreso de los hijos a través de la educación es visto igualmente como un mecanismo que ayudará también a la familia a llevar las cuentas de la venta de sus productos, lo que en el largo plazo será una ayuda a sus padres y al desarrollo de la comunidad.

Yo quisiera que sean algo más que yo. Uno de ellos de mis hijos que sea algo, aunque la mayor no supo valorarnos, no siguió la carrera, no terminó tampoco su carrera. Que sean algo superior, que sepan valorar la familia, salir adelante, que sean profesionales. Comiendo o no comiendo, teniendo o no teniendo, tengo que luchar para ellos.

(Madre, 44 años,
Santa María de Autiki, Junín).

¹⁹ No obstante, hay que ser cauteloso en ofrecer generalizaciones ya que la población investigada es de chicos y chicas que acuden a la escuela, por lo que sus ideas pueden responder a sus propios ideales de profesionalización y a los de sus familias que los envían a estudiar.

Porque debe estudiar, conocer, aprender a escribir. Conocer, porque el estudio es más importante para que ellos puedan sacar las cuentas, ayudar a sus padres a sacar las cuentas. Hoy en día a algunos que no tienen estudios a veces lo engañan, por eso los niños tienen que estudiar.

(Padre, 44 años,
Santa María de Autiki, Junín).

Yo soy muy poco de insistir, yo simplemente les digo, y les digo que de una vez me digan si quieren estudiar porque si no quieren yo no les voy a rogar que estudien. Yo les he dicho cuál es su futuro si quieren estudiar y cuál es si no van a estudiar. Si no quieren estudiar se van a quedar en la chacra de una vez, porque yo no quiero que me hagan tirar mi plata desde ahora para que después no quieran y vuelvan a la chacra. Ellos me dicen que tienen que estudiar.

(Madre, 30 años,
San Francisco, Pasco).

En las tres regiones los padres tienen una visión de la vida campesina como llena de sufrimiento y precariedad por las difíciles condiciones naturales del trabajo y el esfuerzo físico que este demanda. Como hay esta conciencia de necesidad, metas educativas y de desarrollo en general, el discurso de los padres para motivar a sus hijos consiste en visibilizar esos padecimientos. Padres y madres constantemente refieren que no quieren que sus hijos sufran en la chacra como ellos lo hacen, bajo las desgastantes condiciones naturales.

Ellos ya ven, les digo que estudien: “cuando tienes profesión ya, en cambio mira a nosotros, mira a tu papá que trabaja en la chacra, sudándose, machetéándose en pleno sol, le da sed, las hormigas”; así le digo, le hago ver. La vida de la chacra es bien pesada, no es fácil. Ellos se dan cuenta. Yo no quiero que se queden así nomás, sin estudios.

(Madre, 46 años, Impitato Cascada, Junín).

Nosotros siempre le aconsejamos a mi hijo que si no le gusta la chacra, mejor que siga estudiando. Cuando ya sale su profesión ya no va estar en la

chacra, va estar trabajando tranquilo. Por ejemplo, los doctores qué hacen, están sentados en la casa, ya no conocen el sudor del sol. En cambio en la chacra sufres, agarras el machete sudando, llegas tarde y cansado. Mirame cómo estoy yo ahorita, sufriendo, trabajando, no gano nada. En cambio cuando tienes profesión, ganas, así sin hacer nada. Eso le he dicho a mi hijo.

(Padre, 50 años,
Impitato Cascada, Junín).

El ideal educativo tiene un peso mayor en las comunidades de Huancavelica en comparación a las comunidades amazónicas. En las comunidades de Huancavelica insisten en que “los hijos deben ser mejor que sus padres”, quienes no pudieron acceder a la educación y están por ello confinados a la dureza de la vida campesina, e incluso a la discriminación étnica. En Choclococha las aspiraciones educativas se expresan claramente en la mayoritaria migración de los menores para estudiar en Huancavelica porque los padres son conscientes de las deficiencias de la escuela de la comunidad. Algunos solo estudian hasta 4to o 5to de primaria en la comunidad y luego los llevan a la ciudad, por eso hay tan pocos niños en Choclococha. Esto demanda un gran esfuerzo de los padres porque, si bien varios tienen sus casas o familiares donde alojar a sus hijos en Huancavelica, otros deben alquilar viviendas y solventar los gastos que ello implica. De igual modo, los adolescentes de Pampapuquio también tienen aspiraciones de profesionalización y de salir de la comunidad apenas terminen la secundaria.

Por otro lado, algunos padres huancavelicanos ven la educación como una oportunidad para la formación de negocios y hacer realidad el discurso mediático sobre el “emprendedurismo”. Algunos apuntan a que sus hijos se eduquen para crear negocios independientes, mientras otros, en cambio, ven en los negocios una alternativa a la educación universitaria pues prima el deseo de ganar dinero sin depender de un empleador ni de un largo proceso de preparación profesional que saben no garantiza la obtención de un empleo adecuadamente remunerado. Por eso, algunos prefieren dedicarse al comercio en lugar de arriesgar una inversión en educación que quizás no rinda los frutos esperados. Así tenemos que la idea de desarrollar

emprendimientos comerciales se está acrecentando en las familias campesinas como vía de ascenso social, lo que puede tener cierta incidencia en el trabajo infantil como alternativa al trabajo agrícola de la familia, pues estas también comercian sus productos en las ferias locales donde los adolescentes participan como parte de una división del trabajo en el que los padres se dedicarían más a la chacra, mientras los hijos al negocio. Esta aparente división del trabajo, unida a los ideales urbanos de los hijos, puede

estimular la salida más pronta de estos a las ciudades en busca de experiencia en empleos comerciales que sirvan de aprendizaje para desarrollar emprendimientos propios de la familia, tal como sucede cuando se accede a empleos de oficios mediante redes de parientes. Así, es significativo que la mayoría de trabajos que desempeñan las y los adolescentes huancavelicanos en Lima estén ligados a los negocios.

04

Bibliografía

Alarcón Glasinovich, Walter

2011 *Trabajo infantil en los Andes*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos, Fundación Proyecto Solidario y Fundación Telefónica.

Hüber, Ludwig

2014 *Trabajo infantil y programas de transferencias monetarias condicionadas. Opciones para el Programa Juntos*. Lima: Desarrollo y Autogestión, desco - Centro de Estudios y Promoción del Desarrollo y Wolrd Learning.

Instituto Nacional de Estadística e Informática (INEI)

2007 *II Censo de Comunidades Indígenas de la Amazonía Peruana*. Lima: INEI.

Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD)

2012 *Índice de Desarrollo Humano departamental, provincial y distrital del Perú*: PNUD.

Ministerio de Desarrollo e Inclusión Social del Perú (MIDIS)

(s/f) INFOMIDIS. Dirección General de Seguimiento y Evaluación. Disponible en: <http://www.midis.gob.pe/mapas/infomidis/>

SE TERMINÓ DE IMPRIMIR EN LOS TALLERES GRÁFICOS DE

TAREA ASOCIACIÓN GRÁFICA EDUCATIVA

PASAJE MARÍA AUXILIADORA 156 - BREÑA

CORREO E.: tareagrafica@tareagrafica.com

PÁGINA WEB: www.tareagrafica.com

TELÉF. 332-3229 FAX: 424-1582

NOVIEMBRE 2015 LIMA - PERÚ

